

Giorgio Nardone
Emanuela Giannotti
Rita Rocchi

Modelos de familia

*Conocer y resolver
los problemas
entre padres e hijos*

Herder

La familia, a pesar de los ataques recibidos durante los años contestatarios y de las consiguientes transformaciones, ha resistido y es todavía la estructura fundamental de nuestra sociedad. Es una organización que se rige por reglas que protegen y permiten a los hijos crecer, reglas que a veces se vuelven demasiado rígidas, o dejan de adaptarse a una situación familiar en evolución. Todos los padres y los hijos lo saben: éste es el riesgo de la familia, convertirse en una organización cerrada de la que ya no se consigue subvertir los mecanismos. Las relaciones se parecen a un disco que se raya, que produce hasta el infinito el mismo sonido. En este libro, Giorgio Nardone y sus colaboradoras han sintetizado el trabajo de años de investigación-intervención en una serie de esquemas de organización familiar. Los padres y los hijos podrán encontrar la descripción de seis modelos ejemplares de grupos familiares, aquellos que más a menudo destacan en el panorama actual y que en estos últimos años emergen como responsables de la formación de nudos problemáticos dentro de la familia: las descripciones teóricas están siempre acompañadas de historias clínicas que ilustran los modelos. Las estrategias de soluciones son sencillas y claras, las terapias muy rápidas, los ejemplos reseñados ilustran perfectamente la formación de mecanismos negativos y su disolución después de la terapia. El resultado es una fotografía nítida de la situación reciente, pero sobre todo una serie de estrategias de soluciones sorprendentes y geniales que logran vencer la resistencia al cambio de los núcleos familiares, llegando así a despedazar los modelos rígidos formados en el curso de tantos años de protección y cerrazón.





MODELOS DE FAMILIA

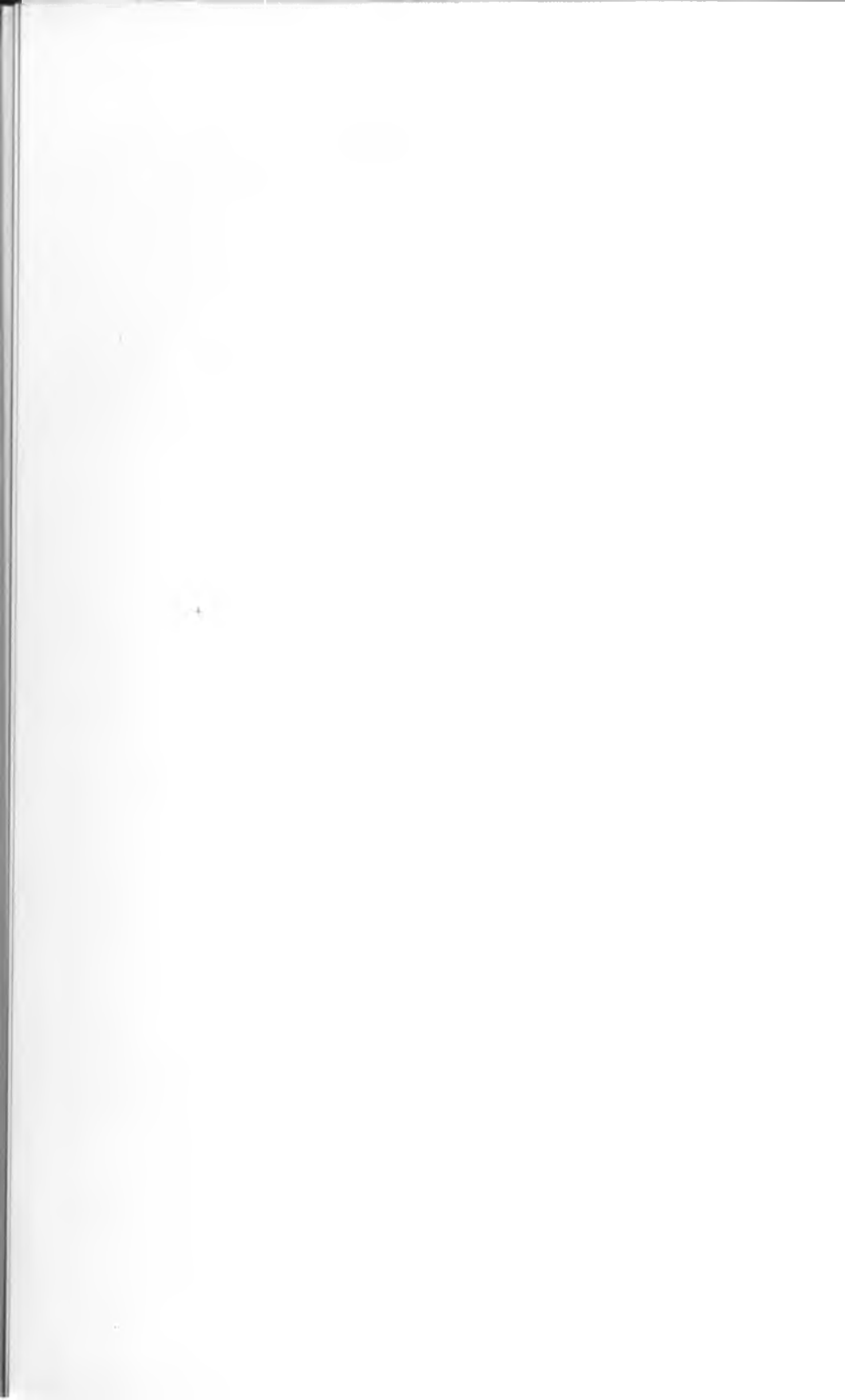
MODE

428

140

140

140



Giorgio Nardone,
Emanuela Giannotti, Rita Rocchi

MODELOS DE FAMILIA

*Conocer y resolver los problemas
entre padres e hijos*

Traducción: Jordi Bargalló Chaves
Revisión: Adela Resurrección Castillo

Herder

Título original: Modelli di famiglia
Diseño de la cubierta: Claudio Bado y Mónica Bazán

1ª edición, 2ª impresión

© 2001, Ponte alle Grazie, srl - Milano

© 2003, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 84-254-2332-5

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Tesys

Deposito legal: B - 16.727 - 2005

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

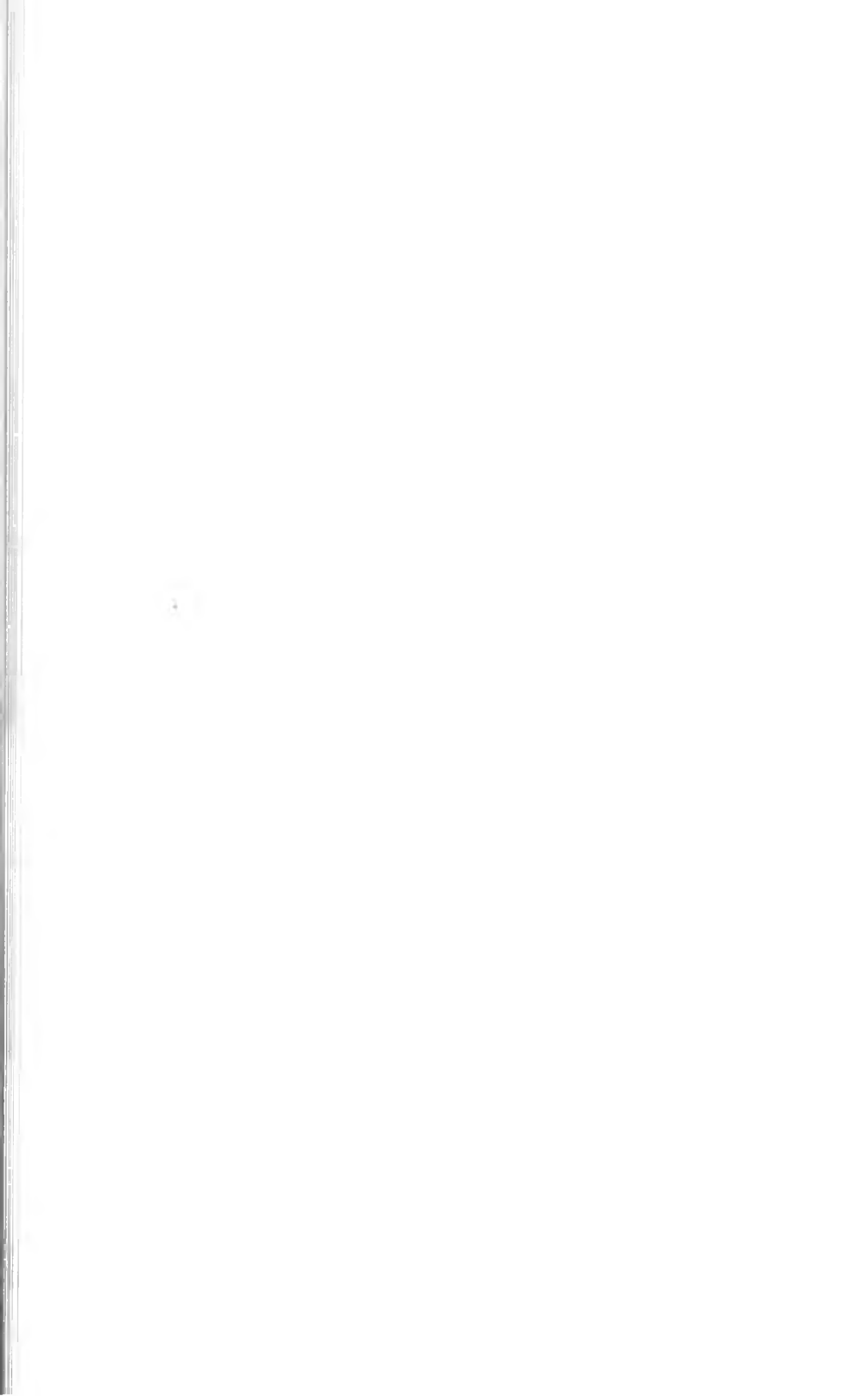
ÍNDICE

<i>Prólogo</i> . EFECTOS PEORES, MEJORES INTENCIONES	13
<i>Capítulo 1</i> . LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA.	
DE LA PRIVACIÓN AFECTIVA A LA HIPERPROTECCIÓN	23
<i>Capítulo 2</i> . REDEFINIR AL ADOLESCENTE Y SU FAMILIA	35
Familia	38
Adolescencia	41
La formación de modelos de interacción	
familiar	44
La génesis	45
Cómo se forma un modelo rígido de interacciones	
entre padres e hijos	47
<i>Capítulo 3</i> . LOS MODELOS ACTUALES DE LA INTERACCIÓN	
FAMILIAR	51
<i>Modelo hiperprotector</i>	54
Modalidades comunicativas	55
Relaciones	55
Las reglas	55
¿Qué significados emergen?	56
¿Cuáles son las consecuencias en las acciones	
de las personas?	57
Relatos	61

<i>Modelo democrático-permisivo</i>	70
Relaciones	74
Las reglas	75
¿Qué significados emergen?	75
¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?	76
Relatos	78
 <i>Modelo sacrificante</i>	 87
Cómo se forma	87
Modalidades comunicativas	88
Relaciones	89
Las reglas	90
¿Qué significados emergen?	91
¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?	91
Relatos	93
 <i>Modelo intermitente</i>	 100
Modalidades comunicativas y relacionales	101
Las reglas	102
¿Qué significados emergen?	102
¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?	102
Relatos	104
 <i>Modelo delegante</i>	 109
Cómo se forma	109
Modalidades comunicativas	111
Las relaciones	112
Las reglas	113
¿Qué significados emergen?	113
¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?	113

Problemas que surgen	114
Relatos	115
<i>Modelo autoritario</i>	119
Modalidades comunicativas	120
Relaciones	121
Las reglas	122
¿Qué significados emergen?	122
¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?	122
Relatos	124
<i>Capítulo 4. EL ADOLESCENTE MODERNO</i>	133
El varón patoso	136
La fémina decepcionada	140
Sugerencias a los hombres en favor de las mujeres ...	143
Sugerencias a las mujeres en favor de los hombres ...	144
<i>Epílogo</i>	147
<i>Bibliografía</i>	153

MODELOS DE FAMILIA



Prólogo

Efectos peores, mejores intenciones

Las ideas que no pensamos no existen.

ABAD DE CONDILLAC, *La lógica*



Oscar Wilde con su brillante sagacidad escribe: «Con las mejores intenciones se obtienen, la mayoría de las veces, los peores efectos».

Este aforismo encaja perfectamente en la evolución de las relaciones entre adolescentes y familias observadas en Italia en los últimos decenios. Para ilustrar mejor la situación me permito un ejemplo esclarecedor.

Hace algunos años, durante un simposio entre periodistas, publicitarios y psicólogos, un representante de la dirección de una famosa revista económica italiana, *Gente Money*, se dirigió a mí para pedirme un consejo en relación con una extraña situación surgida en el ámbito de una sección de su revista. Se trataba de una sección de contacto directo con los lectores, dentro de la cual los especialistas económicos ofrecían asesoramiento gratuito para problemas financieros. Un hecho había trastocado a los redactores: la mayoría de las cartas que habían recibido eran solicitudes de información, por parte de jóvenes, sobre cómo poder heredar legalmente y de forma anticipada el patrimonio de los padres. O sea, cómo obtener en herencia el capital de la familia con los padres aún en vida. Esta solicitud, aparentemente absurda, estaba motivada por el hecho de que los hijos se sentían con pleno derecho de entrar en posesión de aquel dinero que, indudablemente, les podía hacer más felices de jóvenes que de viejos. Por tanto, creían correcto solicitar un asesoramiento sobre cómo obtener de forma anticipada un derecho adquirido naturalmente. El periodista me preguntó: «¿Qué debemos responder? ¿Y cómo se explica usted esta pregunta disparatada?».

Yo contesté que la pregunta no era en absoluto disparatada, vista desde la perspectiva de jóvenes hiperprotegidos a los que todo se les debía por el mero hecho de existir. Añadí que el problema, en mi opinión, estaba en haber cultivado, desde un punto de vista de modalidad social y familiar, una adolescencia privada de responsabilidades y proyectos personales, basándose en un exceso de amor y profunda protección, por parte de los padres, de manera incondicional, es decir, sin ninguna pretensión que los hijos hubieran merecido. Dije, después, que la respuesta más indicada me parecía: «¡Ganaos aquello que queréis gastar!».

Esto podrá parecer al lector un ejemplo extremo, pero no es así: las solicitudes de herencia anticipada eran en verdad numerosas y no representan «una excepción» en el panorama de la familia italiana.

En el transcurso de la presente exposición, a despecho de cuantos están convencidos del hecho de que el afecto profundo no puede hacer más que bien, serán muchas las demostraciones de cómo en realidad el amor puede ser sofocante y que la ayuda no pedida produce más daños que beneficios.

Otro ejemplo esclarecedor en esta dirección lo representa el caso de una madre elegante y culta que se dirigió a mí, hace algunos años, presentándome el problema del hijo, que según ella había sido encantado y sometido psicológicamente por una mujer terrible. La llamada «bruja» había embaucado al chico, que hasta el momento había sido un hijo modelo en los estudios, en el deporte y en la relación con la familia, lo había transformado en una especie de rebelde indomable en las relaciones con sus propios padres y en un dócil hiperdependiente de su propia compañera. La madre procedió a describirme que este hijo había sido hasta entonces una persona muy sensible y delicada, frágil emotivamente y siempre necesitado de sus cuidados maternos; por lo tanto, ella estaba segura de que la «bruja» había sido muy lista en someter una personalidad con tan poca determinación y había inducido al hijo a ser distinto de cómo era naturalmente. En aquel momen-

to le pedí a la madre cuál sería su «peor fantasía» respecto a la evolución de la situación. Me respondió enseguida: «Que se me lo lleve». Hice notar a la señora, utilizando su lógica y su lenguaje, que aquel era un riesgo bien real y que debíamos intervenir ya. Le pregunté también qué había intentado hacer para evitar la nefasta influencia de aquella mujer sobre su hijo. Me expuso todas sus tentativas de disuadir al hijo a que frecuentara a aquella mujer inmoral y peligrosa, que lo estaba alejando de su familia y desviando del camino recto. Todas las tentativas de intervención de la madre resaltaban la «maldad de la mujer» e, indirectamente, la inmadurez psicológica del hijo. No era de extrañar que la situación empeorase.

Mi intervención consistió en hacer reflexionar a la madre, junto conmigo, sobre cómo hasta ahora sus tentativas, perfectamente razonables, habían fallado y sobre la necesidad, con vistas a un cambio real, de adoptar una estrategia completamente distinta y sorprendente. La señora aceptó de buen grado la idea de poner en marcha cualquier cosa diferente, con la condición de que pudiese funcionar. Sugerí a la señora que dijera al hijo: «He ido a un especialista, se lo he explicado todo, me ha dado un tirón de orejas y me ha hecho comprender que, hasta ahora, me he equivocado contigo, no he respetado tus exigencias, no he confiado en tus recursos, te he tratado como una especie de niño deficiente, he sido egoísta al pretender que hicieras sólo lo que me iba bien a mí. Después de una larga entrevista con el médico me he dado cuenta de que debo cambiar de actitud y hacerte asumir todas tus responsabilidades; por lo tanto, haz todo aquello que creas más adecuado y, si quieres hablarme de ello, sabré que debo quedarme al margen, dejándote el peso y los efectos de tus acciones».

Como el lector comprenderá, esta prescripción fue sugerida sólo como una estratagema terapéutica y no como un verdadero análisis de la realidad. Se le hizo entender a la señora que era tan sólo una manera de «hacer subir al enemigo al desván y quitarle

la escalera»,¹ de forma que para ella fuese aceptable y estratégico hacer una declaración totalmente contraria a sus ideas anteriores. La madre volvió después de algunas semanas explicando, con una amplia sonrisa, que en el instante en el que había realizado la demanda-declaración, su hijo, con lágrimas por la conmoción, abrazándola le había dicho: «Eres una madre en verdad extraordinaria, porque has comprendido exactamente lo que necesito». Además, la señora explicó que su hijo había reestablecido con los padres la idílica situación precedente. Después de haberla felicitado por su éxito, le aconsejé continuar por el mismo camino.

La relación con esta madre prosiguió por algunos meses durante los cuales continuó respetando las decisiones del hijo y delegándole sus responsabilidades: lo observó mientras llevaba adelante todos sus proyectos y desarrollaba sus características de joven adulto confiado en sus recursos. Pero lo mejor fue cuando me explicó que había llevado a la «bruja hechicera» a cenar con la familia y había conseguido transformar a aquella persona en una auténtica y verdadera princesa. Mi intervención concluyó con felicitaciones a la madre por lo eficaz que había sido en convertir una situación mala en buena, dándole a ella todo el mérito del cambio.

En el momento en que la madre cesó sus presiones entrometidas, el hijo pudo expresarse más libremente, sin tener que rebelarse con una y aliarse con otra, y la situación había evolucionado naturalmente. Es evidente que también en este caso las mejores intenciones habían conducido a los peores efectos.

Ambos ejemplos ofrecen una imagen de la realidad actual en las relaciones entre padres e hijos que indica que una tendencia a la hiperprotección, ya sea familiar o social, motivada por una propagada actitud benévola, puede realmente llevar a resultados totalmente opuestos. Como esperamos aclarar a lo largo del presente libro, es justamente la evolución de los modelos de inter-

1. Anónimo, *I 36 stratagemmi: l'arte cinese di vincere*, Guida Editore, Napoli 1990.

acción entre padres e hijos la que parece haber provocado un aumento de las problemáticas de la adolescencia.

Sin embargo, es importante poner de manifiesto que esta tipología de relación puede ser patógena también en caso contrario, es decir, cuando los padres tienen miedo de los hijos.

El mejor ejemplo al respecto es el de un matrimonio que se dirigió a mí después del famoso caso «Erica di Novi», la muchacha que asesinó a su madre y a su hermano. La pareja se presentó para pedirme una extraña prestación: hablar con el hijo y diagnosticar si podía ser capaz de asesinar a su familia. La petición se basaba en el hecho de que, varias veces, el chico había manifestado, en su relación con los padres, reacciones de rebeldía, utilizando a veces un lenguaje marcadamente agresivo. Los padres me explicaron también que, en realidad, él nunca había actuado violentamente, ni con ellos, ni con los chicos de su edad. Sin embargo, basándose en todo lo que las noticias habían dicho en los últimos tiempos, se creían en situación de riesgo, por lo que se habían preocupado, antes que nada, de informarse del comportamiento extrafamiliar del hijo. Habían contactado con sus amigos sin que él lo supiera, sin tener en cuenta que, con toda probabilidad, éstos se lo habrían contado todo; además, habían llamado a la policía local y a los «carabinieri» para saber si el hijo había tenido problemas alguna vez. A pesar de que las investigaciones no habían dado resultado, se habían decidido a venir a verme porque el hijo, últimamente, se había vuelto cada vez más agresivo, les acusaba y les insultaba, manifestando el deseo de irse de casa lo antes posible.

Éste es un caso magistral de «profecía que se autorrealiza»: ² los padres, basándose en su turbadora duda desencadenada por el

2. Una profecía que se autorrealiza es una suposición o predicción que por el solo hecho de haber sido presentada consigue que se realice el acontecimiento esperado o predicho, confirmando de esta manera, recursivamente, su propia «exactitud» (Watzlawick 1988).

énfasis con el que los medios de comunicación se habían ocupado de los delitos cometidos por los hijos en su relación con sus padres, pensaban en su propio hijo como si fuese un asesino en potencia. Y la reacción justificada del hijo era de irritación y rabia en su relación. Reacción que venía a confirmar la duda de los padres, que a su vez y en consecuencia insistían en su nefasto comportamiento.

El lector debe saber que en los últimos meses, como consecuencia de la morbosa atención concedida por diarios, revistas y televisión, a actos salvajes de jóvenes en la relación con sus padres, son numerosas las familias que se han dirigido a especialistas para valorar la posibilidad de que el hijo se convirtiese en su asesino. Vale la pena recordar los estudios de Philips sobre lo que se ha definido como el efecto Werther, o el hecho que la gran publicidad de actos salvajes y violentos tiende a producir numerosos actos que los emulan. Exactamente así sucedió después de la publicación y el éxito del libro de Goethe, *Los dolores del joven Werther*, cuando, en toda Europa, se observó una cadena de suicidios que emulaban el comportamiento del protagonista, hasta el punto de que el libro fue retirado en algunos países.

Esta reflexión no quiere limitar el sacrosanto derecho a la libertad de prensa al cual siempre apelan los periodistas, sino sugerir a quien explica estas historias que evite la complacencia en la descripción y la aventura en las interpretaciones, la mayoría de las veces, novelesca, de esta clase de sucesos.

Quiero destacar que la relación entre adolescentes y familia puede ser perturbada por las opiniones que llegan a través de la comunicación de masas. Hay que decir que estos mensajes pueden inducir a actitudes y comportamientos en los hijos o en los padres capaces de originar círculos viciosos en el seno de la familia.

Los contenidos de este texto, que se propone presentar una fotografía de los modelos familiares actuales implicados en la for-

mación de problemáticas de conductas antisociales y psicopatología en el adolescente, son el fruto del trabajo conjunto de 32 investigadores y terapeutas afiliados al Centro de Terapia Estratégica de Arezzo que, en los últimos cinco años, se han reunido una vez al mes para recibir mi supervisión en la aplicación de intervenciones estratégicas en un millar de casos de adolescentes problemáticos.

Gradualmente estos encuentros se han convertido no sólo en ocasión de supervisión de casos difíciles, sino en momentos de relación entre expertos que, proviniendo de todas las regiones de Italia, han puesto en común su experiencia de competencias en la solución de problemas, de tipo clínico o de tipo social.

De esta relación ha surgido una imagen de la situación italiana actual que ha permitido dar forma a una serie de modelos de relación patógena entre padres e hijos: modelos surgidos no de una simple observación, sino más bien del producto de intervenciones estratégicas estructuradas que han llevado a la solución concreta de problemas para las cuales habían sido puestas a punto y aplicadas.

Una vez más, la solución del problema nos permite conocer el funcionamiento del problema mismo. Las afirmaciones y los constructos que se expondrán no son las fantasías nocturnas o las iluminaciones matinales del pensador de turno, ni tampoco las conclusiones extraídas de la observación de un caso singular o de unos pocos ejemplos, sino el fruto de una prolongada experiencia de investigación-intervención sobre problemáticas de la adolescencia y de la familia, dirigida mediante el método empírico-experimental. En consecuencia, se trata de la puesta a punto de instrumentos de intervención para determinar problemáticas, su aplicación, la medición de sus efectos y la reelaboración de ideas respecto a la realidad afrontada: en este caso, la modalidad patógena de interacción entre padres e hijos.

El objetivo de este trabajo pretende, por tanto, exponer con claridad cómo llegan a formarse ciertas problemáticas de los ado-

lescentes modernos y cómo pueden ser prevenidas o resueltas. Por tanto, este volumen quiere ser un libro de puesta al día para especialistas interesados, pero sobre todo un ágil y accesible manual para padres e hijos, con el fin de que ambos puedan evitar la trampa existente en las relaciones descritas de modalidad disfuncional, o sea «corregir las mejores intenciones que producen los peores efectos».

GIORGIO NARDONE

Capítulo 1

La evolución de la familia

De la privación afectiva a la hiperprotección

Una primera ojeada
no nos da las ideas de las cosas que se ven.
ABAD DE CONDILLAC, *La Lógica*



Desde la posguerra hasta hoy, en Italia la organización de la familia presenta una notable evolución, basada en los cambios socioeconómicos y culturales que han caracterizado los últimos 50 años. Asistimos, de hecho, al paso de una tipología de familia puramente «patriarcal» a otra «nuclear». Según las más recientes estadísticas ISTAT, últimamente ha disminuido el número medio de los componentes de la familia, ha aumentado la elección del hijo único y asistimos a la formación de árboles genealógicos invertidos en los que las atenciones de los padres, abuelos, tíos y tías se dirigen exclusivamente en este hijo único.

La disponibilidad cultural y social para hacerse cargo de la formación y del mantenimiento de las nuevas generaciones y el agravante del problema del desempleo retrasan cada vez más la salida de casa de los jóvenes. De hecho, el 70% de los jóvenes hasta 30 años, sobre todo varones, aunque con autonomía económica, continúan cohabitando con sus padres, bajo el ala materna.¹ Se habla, en definitiva, de «familia larga» en la que la convivencia se establece entre personas adultas. Este fenómeno se verifica sobre todo en Italia. En 1999² la revista *Time* dedicó una encuesta a esta realidad entrevistando familias en las que todavía vivían hijos de más de 30 años, a pesar de tener ya una ocupación y, por tanto, ser económicamente independientes. A la pregunta de los motivos que empujaban a esta elección, los treintañeros res-

1. *Quinto cuaderno del informe LARD sobre la condición juvenil en Italia*. El volumen se publicó a finales del 2001 por la editorial Il Mulino.

2. *Time*, 1999.

pondían: «¿Para qué irme a vivir solo? Mi madre me mimaba, ella cocina ella mejor que el restaurante, las camisas las plancha muy bien, encuentro mi habitación siempre ordenada y perfumada; mi padre me resuelve todas las dificultades: va en mi lugar a hacer las gestiones, a la compañía de seguros, a buscar el correo, a hacer cola en los despachos, al banco, lleva y recoge mi coche del mecánico, es fantástico!». Y los padres, por su parte, afirman: «El amor nunca ha hecho daño. ¿Quién mejor que nosotros, los padres, puede ayudarle en sus dificultades? Está con nosotros porque sabe que siempre puede contar con nuestra comprensión».

La complementariedad entre la posición protectora de los padres y la de privilegio que requieren los hijos es perfecta. Pero el hecho es que este tipo de interacción que se basa en una forma de complicidad entre padres e hijos, ambos felices por el mantenimiento de la familia original, es en realidad una forma patógena de relación familiar. Su patogénesis reside en retrasar, e incluso bloquear, el recorrido natural evolutivo del joven, que para llegar a ser adulto necesita volverse autónomo e independiente, y ha de ser capaz de asumir responsabilidad personal y social.

A este respecto nos concedemos una breve digresión a través de la teoría y los estudios sobre la evolución del ser humano y de sus relaciones con sus semejantes y el mundo que le rodea.

En la historia de la psicología de la edad evolutiva encontramos etapas culturales que han distinguido el modo de considerar la infancia en los últimos siglos y han realizado el paso de una visión «centrada en el adulto» a otra «centrada en el niño» típica de nuestra sociedad.³

La teoría del homúnculo resistió hasta el siglo XVII. Esta teoría afirmaba que en el espermatozoide había un adulto en miniatura, que aumentaba en sus dimensiones pero que permanecía inmutable desde un punto de vista físico y psíquico. Esto llevaba, por

3. Damon, W., 1997.

ejemplo, a representar a los niños en las obras pictóricas como adultos poco desarrollados y un poco deformes, y a presentarlos en las obras literarias con intereses, motivaciones y estrategias de resolución de problemas similares a las de los adultos. En consecuencia, al educarlos se tendía a ser poco tolerante y a castigarlos duramente cuando mostraban comportamientos poco responsables.

Fue el filósofo Jean-Jacques Rousseau uno de los primeros en discutir esta visión centrada en el adulto cuando afirmó que la infancia tiene su propio modo de ver, pensar y sentir, y que existen estadios evolutivos con características propias: estadios de desarrollo estudiados después por Sigmund Freud, en lo que respecta al desarrollo afectivo, y por Jean Piaget en el desarrollo cognitivo.

La teoría de las relaciones objetuales (Spitz, Klein, Winnicott, Mahler, Bowlby) puso después de manifiesto la importancia de la relación con la madre y con las figuras de la sustituyen, y estudió los diversos tipos de relación y sus consecuencias para el desarrollo psíquico del niño.⁴

Este desplazamiento hacia un enfoque «centrado en el niño» ha permitido comprenderlo mejor, ha contribuido a mejorar el comportamiento tutelar y educativo del adulto en sus relaciones, ha proporcionado el impulso necesario para abolir la explotación del trabajo juvenil, ha dado vida a métodos de enseñanza menos autoritarios y más orientados al diálogo, favorables a una mejor comunicación entre profesor y alumno; se ha vuelto, finalmente, más sensible a los efectos devastadores que los maltratos, la pobreza, la enfermedad y las privaciones afectivas tienen sobre los niños.

Pero cualquier intuición válida puede convertirse en una caricatura grotesca de sí misma si se exaspera en su aplicación, se simplifica demasiado o se extrapola de su propio contexto. La bibliografía pedagógica de los últimos decenios ha presentado a los padres una serie de conceptos, mitos, afirmaciones pseudocientífi-

4. Véase Oliverio Ferraris, Panier Bagat, Pilleri Senatore, 1985.

cas, posiciones ideológicas no verificadas que han sido divulgadas por los medios de comunicación y legitimadas por aplicaciones erróneas de las teorías y descubrimientos científicos. Esto ha desorientado a los padres que, en vez proporcionar una guía a los hijos a través de la complejidad de la vida, han sido empujados a crear entorno a ellos un zona segura que les protege de la realidad externa, vivida como no controlable y peligrosa.

Una de estas teorías catastróficas es que para salvaguardar las dotes innatas y cultivar la creatividad, primero del niño y después del adolescente, tanto en casa como en el colegio, es necesario un método permisivo sin reglas, incentivos, recompensas o castigos que podrían dañarle porque generan estrés, frustraciones y traumas. Esto reprimiría su vitalidad o, peor, crearía problemas psicológicos al no considerar, como en cambio afirma Piaget, que tanto el niño como el adolescente aprenden a conocer el mundo y sus propias capacidades a través de las propias acciones y de sus efectos. En otras palabras, sólo a través de la experiencia de obstáculos superados puede el joven estructurar la con fianza en sus propios recursos y el propio equilibrio psicológico.

Otra desastrosa asunción teórica es aquella según la cual para resolver el problema del joven basta reforzar la estima que él tiene de sí mismo. Tenemos que asegurarle, cada día, que es «fantástico» en todos los campos, transmitiéndole directamente, a través de las palabras, la autoestima que, en cambio, si no se establece a través una sólida base de conquistas y de éxitos, permanece vacía de significado y puede, por lo tanto, generar un desconfianza del adolescente hacia sí mismo y hacia los mensajes de sinceridad de los adultos. La autoestima se conquista a través de las experiencias personales, no puede ser donada por los demás.

Otra idea deletérea profundamente enraizada en la cultura contemporánea es aquella que considera a la madre como la principal artífice de la vida del hijo. Se le atribuye la culpa de todos sus problemas ya que, si ha tenido privaciones afectivas, la madre no ha sido lo «suficientemente buena». Si no ha existido una «base

segura» o no ha habido el *enfant bonding* (contacto físico con la madre biológica en las horas inmediatamente siguientes al parto), no estará garantizado el desarrollo normal del hijo, surgirán toda una serie de trastornos de la personalidad y del comportamiento que llevarán a verdaderas y profundas alteraciones mentales en personas adultas. Está claro que estas teorías llevan a los padres a desarrollar comportamientos educativos ansiógenos que se basan fundamentalmente en cubrir al hijo de atenciones afectivas. Así, para evitar un riesgo, se crea el opuesto, por miedo a privarle de algo se le hiperprotege.

En las disciplinas que se ocupan de la salud mental, se observa, en este mismo sentido, un exceso de consideración del fenómeno de familias que maltratan y familias que causan privaciones. Se afirma que dentro de un adolescente problemático hay una familia que maltrata. A nosotros nos parece que esto es el efecto de teorías ya obsoletas que tenían validez en los años anteriores a la guerra y en la posguerra, cuando la familia tenía una estructura que se basaba en una rígida jerarquía y en una educación represiva. Hoy estas realidades familiares están claramente en disminución, pero las teorías no han sido puestas al día, ignorando lo que sucede en el mundo y cómo ha cambiado la familia.

Hoy, de hecho, la situación parece haberse invertido completamente: el verdadero problema ya no es la privación afectiva sino la hiperprotección.

Jerome Kagan, un famoso estudioso de la edad evolutiva, se ha ocupado, en un estudio prospectivo que ha durado más de diez años,⁵ de las diferencias entre familias hiperprotectoras —con este término se entiende una familia dentro de la cual existe un clima basado en el hecho que los adultos sustituyen continuamente a los jóvenes, hacen las cosas en su lugar, intentan ayudarles, eliminar sus dificultades por temor a que se conviertan en neuróticos o

5. *Time*, 1997.

enfermos— y otros tipos de organización familiar. Su interés se centraba en la evolución de la estabilidad emocional del miembro joven y ha demostrado que justamente en las familias hiperprotectoras se encuentran más a menudo trastornos psicológicos de la adolescencia, de tipo ansioso, obsesivo, fóbico, depresivo y trastornos alimentarios.

Michel Yapko, uno de los mayores expertos mundiales en el estudio y el tratamiento de la depresión, opina que la familia que evita responsabilidades puede crear el clima ideal para hacer emerger trastornos en la adolescencia.

No es nuestra intención hacer un nuevo proceso a la familia, ya se han hecho muchos; es más, estamos convencidos de que los padres, en cualquiera de sus comportamientos en relación con sus hijos, están movidos por las mejores intenciones, por el deseo de hacer el bien al hijo. Desde nuestro punto de vista, los problemas relativos a la familia se deben, en parte, a la evolución de la sociedad italiana y latina hacia un mundo mucho más cómodo y, en parte, son el fruto de una excesiva culpabilización de los padres localizada en una serie de teorías, de modelos extremadamente difusos. En teoría, si los padres dan una bofetada a un hijo, éste puede llamar al «teléfono del menor» y hacer que los procesen por malos tratos. Si los padres se enfadan y se enfurecen, se llama a los asistentes sociales. Si los padres no ayudan constantemente a los hijos en los estudios, son unos irresponsables, culpables de los fracasos del hijo. La lista de ejemplos podría ser infinita. Hoy, en Italia, se ha llegado a una situación de frecuentes paradojas en la gestión de la relación entre adultos y jóvenes.

En relación con esto son interesantes los datos de un estudio prospectivo, dirigido por expertos de una universidad americana y de una sueca.⁶ Este grupo ha observado los efectos de un cierto estilo educativo y ha medido lo que sucede en las familias

6. *Time*, 2000.

Estudio

en las que no existen determinadas intervenciones punitivas, donde, por ejemplo, los padres nunca se han permitido dar una bofetada a los hijos, y lo que ocurre en las familias en las que los padres usan esta antigua forma de acción correctiva. Naturalmente, aquí no estamos hablando de la represión violenta, de maltratos o de los padres que descargan sobre los hijos toda su agresividad, sino de utilizar un incisivo gesto de comunicación no verbal más útil que mil palabras para restablecer ya sea la jerarquía, ya sea el sentido del límite cuando el hijo parece haberlo perdido. El dato que nos parece interesante es que en el seno de las familias con un estilo educativo que permite el bofetón como correctivo ante acciones incorrectas, resulta que los hijos poseen una estabilidad emocional más sólida y segura, respecto a los hijos de las familias en las que existe un clima permisivo.

¿Cómo es posible? La respuesta es simple y desarmante, y nos viene directamente de los hijos. Jóvenes adolescentes, cuando hablan de los padres, ¿sabéis que dicen a menudo? «No puedo contar con él». «¿Por qué no puedes contar con él?» «No puedo contar con él porque no tiene pelotas». Y así, este adolescente en la búsqueda de modelos fuertes y afirmativos puede encontrarse y quedar fascinado por aquel que lanza piedras desde la autopista o del terrorista del estadio, etc. Justamente porque en la familia no halla modelos de comportamiento, o peor aún, porque no encuentran puntos de referencia seguros, los hijos pueden buscar en otro lugar modelos de fuerza y determinación que imitar; y puesto que, por desgracia, la mayoría de los héroes sociales actuales son negativos, no hay que sorprenderse de que jóvenes de buena familia puedan transformarse en rebeldes violentos o adolescentes antisociales. Unos padres permisivos que se dejan someter por un hijo, que no son capaces de imponerse cuando hace falta, son buenos, dulces y afectuosos, pero no existe un punto de referencia, envían al hijo el mensaje siguiente: mis padres no son capaces de ayudarme, de apoyarme, de ofrecerme protección ya que nunca me demuestran firmeza ni determinación.

Por tanto, la familia italiana, de un modelo rígido basado en una estructura caracterizada también por actos reales de violencia y de privación afectiva, ha evolucionado hacia un estilo que se basa en una permisividad extrema y en la hiperprotección. Además, desde los años setenta ha surgido una extraña forma de búsqueda de la amistad entre padres e hijos: madre e hija: «seamos amigas», padre e hijo: «seamos amigos». Pero un padre no puede nunca ser amigo del hijo: son dos roles diferentes. Se arriesga a ser amigo y ya no se es más padre. Se puede estar en una relación de complicidad, pero no se pueden comportar como iguales, porque de hecho no lo son. Y, si esto ocurre, ya no existe fiabilidad como padres. Ésta, que puede parecer una banalidad, es, sin embargo, la fuente de muchos problemas, clínicos o sociales, del adolescente moderno.

Finalmente, otra característica de la Italia de hoy es la constitución de varias asociaciones de padres que, periódicamente, protestan para proteger a los hijos de una sociedad presuntamente peligrosa y descarriada. Por ejemplo, pretenden adelantar el horario de cierre de las discotecas, pero de todas formas sus hijos se emborrachan, o causan incidentes callejeros porque están cansados. Ninguno de ellos ha pensado que el problema no es tanto el horario de las discotecas como el hecho de que el hijo no hace caso de nada. Y entonces queremos la sociedad de las prohibiciones protectoras porque nuestros hijos no son capaces de escoger: pero esto equivale a declarar que son unos deficientes. Pero lo que es «deficiente» en ellos es la experiencia de obstáculos que superar también a través de la fatiga y de la frustración, que los haga conscientes de sus propios recursos poniéndolos a prueba. Como afirmaba Piaget, el adolescente construye su propio mundo a través de las experiencias concretas que le permiten anticipar las situaciones, construir repertorios, mapas, sistemas perceptivo-cognitivos para afrontar las diversas circunstancias de la vida.

Lo que se observa hoy, y en lo que coinciden expertos e inves-

tigadores que estudian la familia, es que la familia latina es una familia extremadamente distinta de la anglosajona o del norte de Europa. Destaca por su nuclearidad, una cerrazón protectora en torno a sus miembros, un temor a causarles daño, de no hacerles sentir iguales a los demás. Pensemos en las colas de coches delante del colegio a la hora de la salida; con los transportes públicos o a pie, pobrecitos, se mojarían si lloviera, comerían más tarde o podrían tener malos encuentros. Invitamos al lector a reflexionar sobre cuántos padres ayudan a los hijos a hacer sus deberes cada día y a cualquier edad, para evitar que queden mal y sufran. De este modo crecerán alimentando en sí mismos la idea de que solos, sin sus padres, no podrán hacer nada, inseguros de sí mismos y de sus propias capacidades. Piénsese en aquellos padres que solucionan cualquier problema del hijo: ¿la policía municipal les retira durante unos meses el permiso de circulación de la moto porque el hijo conducía sin casco? No hay problema, o le dejamos circular sin permiso o le proporcionamos otra moto, siempre sin casco, porque por otro lado el casco no se lo quiere poner porque le estropea el peinado, en absoluto podemos matarle... Si después pierde el teléfono móvil, o se lo deja robar por prestar poca atención, hay que comprarle otro enseguida: por descontado que no puede estar sin, ¡todos lo tienen! Si tiene un accidente y destroza el coche, y aunque tenga su buena parte de culpa, se limitan a dar gracias al cielo porque no se ha hecho nada. Si un profesor se permite destacar un comportamiento o una vestimenta inadecuada en el contexto escolar se le tacha de interferir indebidamente en una esfera que no le incumbe. Algunos padres, después, se permiten protestar oficialmente valoraciones expresas en disciplinas específicas e incluso llegan a obtener el resultado deseado porque amenazan con recursos legales o inspecciones ministeriales... podríamos continuar hasta el infinito. De esta forma, la hiperprotección se extiende como una mancha de aceite a otros contextos porque pocos tienen la firmeza de oponerse y el que intenta hacerlo se queda usualmente aislado y tachado de peligroso.

Una vez más, es la mejor intención, pues, la de garantizar a los hijos una vida siempre mejor, la que produce los peores efectos: es decir, jóvenes adultos inseguros e incapaces de asumir responsabilidades con plena autonomía.

Capítulo 2

Redefinir al adolescente y a su familia

Porque observando de esta manera
se desunen las cosas para volverlas a unir.

ABAD DE CONDILLAC, *La lógica*.



Continuando en nuestra observación y valoración de las dificultades que surgen en la moderna adolescencia y de cómo éstas pueden nacer, nos parece oportuno partir de una reflexión preliminar sobre los términos «familia» y «adolescencia». Desde nuestro punto de vista, hay que aclarar que el origen de los problemas no reside en los individuos, entendidos como «monadas», separados del mundo que hay en torno a ellos y guiados por instintos connaturales, sino en la calidad de las relaciones que éstos crean y hacen evolucionar en sus propios contextos de pertenencia y en las interacciones que cada uno establece consigo mismo, con los otros y con el mundo.

El primer presupuesto del que partimos es que no existen estructuras fijas de personalidad. Desde nuestra perspectiva, el comportamiento no se deriva ni de cualidades de carácter biológicamente innatas, visión propia de la psiquiatría organicista; ni de improntas difícilmente modificables, fruto de las experiencias maduradas en el curso de la infancia, como sostiene el psicoanálisis. Hacemos referencia a sistemas individuales de percepción y de reacción a los contextos; de tendencias o potencialidad biológicamente determinadas, que varían de persona a persona y que asumen configuraciones diferentes según el sistema de relaciones en el cual cada individuo está inserto y se mantiene, por medio de mensajes redundantes por parte del adulto con el que es educado.

Como sostenía el abad de Condillac: «el hombre es el fruto de su educación».

El clima social en el que un individuo crece y se desenvuelve desempeña, según esta perspectiva, un papel fundamental: envía

mensajes de conformidad o disconformidad a los indicios apenas delineados de formas de percibirse a sí mismo, a los otros y al mundo, con dos consecuencias importantes: 1) Contribuye a consolidar el esquema de actitud y comportamientos definidos, «personalidad» o «carácter». 2) Puede impedir o incentivar la experiencia y la exploración de situaciones que hagan emerger la adquisición de confianza en los propios recursos personales. El primer y más decisivo contexto en el cual el individuo vive estas experiencias es, sin duda, la propia familia.

Familia

La familia es el sistema de relaciones fundamentalmente afectivas, presente en todas las culturas, en el que el ser humano permanece largo tiempo, y no un tiempo cualquiera de su vida, sino el formado por sus fases evolutivas cruciales (neonatal, infantil y adolescente).

Los aspectos significativos de este contexto que más nos interesa tratar son los siguientes: 1) es el primer ambiente social del cual el ser humano depende por entero por un periodo más bien largo; 2) es el ambiente social en el que mentes adultas, los padres o sus sustitutos, interactúan de forma recurrente, y en ciertos momentos exclusiva, con mentes en formación, los hijos, ejercitando un gran poder de modelado;¹ 3) es en este ambiente donde las frecuentes interacciones, intensas, duraderas en el tiempo, crean un alto grado de interdependencia que puede configurarse como exceso de implicación, o por el contrario de rechazo.

Para discutir el concepto de familia como organización, hare-

1. Con el término «modelado» se indica una forma de aprendizaje caracterizada por la observación del comportamiento de una persona que hace de modelo; si el modelo nos gusta nos llevará a hacer lo que éste hace; si no nos gusta, será mucho más probable el rechazo de aquel comportamiento.

mos referencia al modelo utilizado por la cibernética.² La describiremos, por tanto, como un sistema cibernético gobernado por reglas, en el interior del cual los miembros tienden a comportarse de forma organizada y repetitiva.

La adopción de reglas, es decir, aquellas normas implícitas y explícitas que limitan los comportamientos individuales, organiza las interacciones de modo que se conserve la estabilidad, con el fin de convertir la familia en una organización fundamentalmente protectora.

Entre las múltiples interacciones familiares que se producen (alimentar, proteger, mimar, instruir, renunciar, sacrificarse, etc.), cada sistema familiar tiende usualmente a organizarse en torno a aquel que se revela más útil para el mantenimiento de la unidad familiar, a crear relaciones permanentes.³ En nuestra experiencia hemos observado que se favorecen las relaciones que mejor concuerdan con las convicciones ideológicas personales de uno o ambos progenitores.

Si las reglas llegan a ser demasiado rígidas se generan «juegos sin fin»,⁴ círculos viciosos de los que no se consigue salir porque

2. La cibernética es una ciencia interdisciplinaria; aplicada a los sistemas prescinde de las características individuales de sus componentes y se interesa exclusivamente por el funcionamiento y los comportamientos que emergen cuando las partes del sistema interactúan entre ellas. En otras palabras, en lugar de preguntarse «¿qué es esto?», se pregunta «¿qué hace esto?».

3. Nos parece oportuno aclarar los significados de interacción y relación que aparecerán a menudo en nuestro tema. Una interacción es un acto comunicativo entre dos o más personas que se desarrolla en el presente y puede ser breve; como toda comunicación transmite ya sea un contenido, ya sea el modo en que los interlocutores entienden su vínculo. Si una de estas interacciones persiste de forma redundante por largo tiempo entre individuos que viven juntos, se generan relaciones duraderas como la relación simétrica o la relación complementaria. Para una mayor profundización remitimos a Bateson (1988).

4. Watzlawick, Beavin y Jackson, en su *Teoría de la comunicación humana*, introducen el concepto relacional de «juego sin fin» para describir un sistema gobernado por reglas que se vuelven siempre más rígidas e impiden el buen funcionamiento, sin que ninguno de los participantes encuentre el modo de cambiarlas.

nadie es capaz de cambiar las reglas: el sistema se vuelve patológico y nos recuerda un disco que se raya, que no consigue avanzar y produce hasta el infinito el mismo sonido. Estos comportamientos repetitivos son, a menudo, para quien los desarrolla, procesos inconscientes. Para el observador exterior, el experto, se convierten en verdaderos y auténticos «reductores de complejidad», es decir, fundamentos para la lectura de aquel modelo particular de relaciones familiares que guiará, como veremos, a la construcción y aplicación de una intervención terapéutica.

En el transcurso de los últimos cinco años, nuestro grupo de investigación ha podido observar correlaciones significativas entre trastornos presentados por los hijos (interrupción de los estudios, problemas fóbicos, obsesiones, conductas problemáticas, trastornos de la alimentación, etc.) y modelos particulares de comunicación familiar. Por tanto, la intervención orientada a la solución de los problemas presentados ha hecho necesario, la mayoría de las veces, modificar estos modelos de relación familiar, con el fin de conducir a los hijos que presentaban el trastorno, o a los padres, a desbloquear su dificultad. De esto ha quedado claro que estos modelos de interacción eran parte esencial en la persistencia de los trastornos del adolescente sobre quien se intervenía. Como ya hemos señalado anteriormente, ha sido la estrategia de solución la que, cuando ha funcionado, nos ha indicado la relación entre el problema y el modelo de interacción que lo alimentaba.

Sobre la base de esta experiencia de investigación-intervención hemos llegado a determinar y a describir una serie de modelos de interacción patógena entre padres e hijos que se expondrán con detalle en el capítulo siguiente. Obviamente, no pensamos haber llegado a una forma definitiva de conocimiento de la actual organización de las modalidades de relación familiar, sino solamente a trazar un mapa que pueda ofrecer al lector las coordenadas para navegar en este complejo océano de interacciones entre personas vinculadas por relaciones de sangre y afecto.

Adolescencia

Por lo que concierne a la adolescencia, es necesaria una reflexión aún más detallada, puesto que respecto a este periodo evolutivo los conocimientos tradicionales se enfrentan con la situación actual.

El término «adolescencia» designa comúnmente el periodo de la vida de una persona en el que todavía no posee ni un cuerpo ni una mente bien definidos y no es autónomo en la organización de su existencia.

Como sabemos, esta fase de la vida, en el curso de la época industrial y postindustrial, y sobre todo en la sociedad italiana, ha sufrido una progresiva ampliación cuantitativa con el consiguiente alargamiento del tiempo de permanencia de los jóvenes en el seno del contexto familiar, dilatando y disminuyendo enormemente el proceso de conversión en adultos. Hoy se hace referencia a una larga adolescencia, hasta los 35 años, y es una realidad cotidiana encontrar jóvenes adultos con problemáticas de adolescente.

Tanto la medicina oficial como la psiquiatría y las diferentes escuelas de psicología más acreditadas están de acuerdo en considerar que la adolescencia es una edad difícil y atormentada por los siguientes factores internos de la persona:

- Los cambios corporales ligados a la maduración sexual.
- Las tormentas emocionales derivadas del aumento de secreciones hormonales que orientan la afectividad hacia el grupo de semejantes y del sexo contrario.
- Los progresos cognitivos que permiten las primeras formas de razonamiento abstracto y, por lo tanto, la posibilidad de representarse una realidad distinta de la vivida, de emprender críticas y desacuerdos, discusiones a la experiencia cotidiana.

Pero todo esto ya no puede ser considerado válido cuando la adolescencia resulta ser tan dilatada. Desde nuestro punto de vista, los problemas y las patologías surgen, en la relación entre el adolescente y su familia, cuando la comunicación se vuelve disfuncional y obstaculiza en vez de favorecer el proceso de autonomía e independencia del joven.

Desde un punto de vista estrictamente evolutivo, es evidente que el ser humano llega, entre los 12 y los 19 años, a un momento de fuertes cambios físicos y psicológicos, pero no hay que dar por descontado que esto conlleve consecuencias catastróficas. El adolescente se esfuerza en la revisión de la imagen de sí mismo y en la definición de su nueva posición en el mundo. Para dar respuesta a preguntas como «¿quién soy yo?, ¿qué hago aquí?»; por primera vez en sus «elucubraciones» hace intervenir la lógica y la abstracción, es decir, opera con símbolos además de con experiencias concretas, lo que le permite construir una red de pensamientos y de ideas, solamente suyas, que guiarán sus acciones futuras.

La construcción de este mapa mental, útil para orientar su camino en el mundo, se realiza con la contribución fundamental de mensajes que provienen de los contextos de pertenencia más importantes, entre los cuales la familia desempeña un papel determinante.

A menudo, en esta fase delicada, entre padres e hijos se establecen formas patógenas de relación y habitualmente los padres, animados por las mejores intenciones, intentan facilitar a sus hijos mapas preconfeccionados con premisas y creencias maduradas en el curso de su vida. Están tan implicados, que olvidan lo fundamentales que han sido, en su adolescencia, aquellas enseñanzas que han tenido sus raíces en experiencias hechas en primera persona. De hecho, a menudo con su excesiva presencia, solicitada —quede bien entendido— por el mismo adolescente por su propia inseguridad, limitan el proceso natural de adquisición de confianza en la propia capacidad. Este proceso requiere obligatoriamente que el adolescente se enfrente a los obstáculos de la vida

y a través de intentos y errores supere las dificultades, para construir con experiencias sucesivas la confianza en sus propios recursos personales.

La madurez sexual, por ejemplo, es una gran oportunidad de evolución biológica y afectiva; pero puede convertirse en un terreno minado y conducir al desarrollo de síntomas, si los obstáculos naturales y el desafío que presenta se inundan de un flujo de mensajes desequilibrados, sobre todo hacia aspectos de riesgo como pecados, experiencias de fracaso, abusos, embarazos indeseados o enfermedades venéreas.

Hemos notado que, en el campo de la socialización, el impulso hacia el grupo de semejantes y la emergente propensión del adolescente hacia la búsqueda de una pareja podrían inhibirse si, con la intención de alejar a los hijos de los más tremendos virus de la sociedad actual (drogas, conductas problemáticas), los padres intentan mantenerlos protegidos bajo una especie de campana de cristal.

El progenitor observa todos los cambios que le ocurren al hijo, comprende que estos cambios lo llevarán a levantar el vuelo y siente inevitablemente el impulso de darle enseñanzas y advertencias que puedan ahorrar al hijo fatigas, desilusiones, fracasos. Pero en nuestra experiencia, hemos observado que «observar sin intervenir», en el sentido de devolver al hijo la responsabilidad de sus acciones, representa el fundamento de una interacción funcional entre padres e hijos.

El adolescente, por su parte, advierte con intensidad nuevas cargas de energía, las ganas de novedad y de experimentar el mundo y de luchar contra la «injusticia»; quiere poner a prueba los nuevos poderes del cuerpo y de la mente, favoreciendo el impulso a reconstruir una imagen de sí mismo, de los otros y del mundo. No soporta los consejos de los padres y, por esto, a menudo se rebela, a veces hasta formas extremas de conducta antisocial y violencia. O bien, asustado por el mundo exterior, manifiesta su completa aceptación a la protección familiar, evitando ponerse a prueba

y siguiendo las demandas familiares de ser «bueno» desde todos los puntos de vista. Hasta el momento en que explota con una forma de patología psicológica.

Pero, ¿cuál podría ser un modo eficaz para dar o pedir ayuda? Esperamos que la lectura de todo lo que sigue proporcione motivos de reflexión útil para activar en cada núcleo familiar la búsqueda de sus respuestas.

La formación de modelos de interacción familiar

Nuestro análisis relativo a los modelos de comunicación y organización familiar patógenos se pone en marcha al observar lo que ocurre cuando las familias intentan resolver los problemas en los que están metidos. Del tejido variable de las interacciones verbales y no verbales que se registran en la entrevista de consulta y en la terapia, hemos seleccionado la trama de las «interacciones fuertes», las más frecuentes, las más repetidas, aquellas que parecen ser el estribillo que se repite. Es decir, la redundancia de comportamiento y de comunicación en las interacciones entre padres e hijos.

La repetición de algunos tipos de interacción indica el nivel de rigidez que se ha alcanzado en el seno de la comunicación entre los miembros de la familia. La mayoría de las veces esto sucede entre las diferentes generaciones, o sea, entre padres e hijos, estableciéndose una forma de *ping pong* de acciones y reacciones. Para pasar a un nivel concreto, pruebe el lector de imaginar la clásica situación de los padres que, preocupados por los problemas del hijo, activan toda una serie de tentativas, de correctivos sobre los modos de actuar del hijo, que consideran peligrosos. Éste, por su parte, vive estas intervenciones como insoportables injerencias paternas en su espacio de vida. Por lo tanto, reacciona rebelándose y rechazando las indicaciones, comportamiento que reafirma en los padres la necesidad de intervenir correctamente, a lo

que obviamente seguirá una posterior y más intensa rebeldía del hijo. Habitualmente esta escalada simétrica conduce a efectos deletéreos. Pero, como veremos a continuación, también una situación opuesta —de acuerdo, de connivencia— puede llevar a comportamientos patológicos. No se puede definir como sana, *a priori*, ni una situación de acuerdo entre padres e hijos ni tampoco una de desacuerdo, ya que tanto la una como la otra pueden evolucionar en la patología de las relaciones si se convierten en modelos rígidos e inmutables de interacción familiar.

Concedámonos en este punto una presentación esquemática de la formación usual en el tiempo de un modelo de relación familiar que, de por sí, no es ni sano ni enfermo, pero puede convertirse en patógeno, como ya se ha dicho, si en el proceso de autocorrección no se mantiene la elasticidad, sino que impera la rigidez.

La génesis

El acontecimiento que instiga la configuración de un modelo familiar es el nacimiento del primer hijo,⁵ elemento que perturba equilibrios anteriores, que impone a la pareja una revisión de la convivencia y nuevas asunciones de responsabilidad.⁶

Desde aquel momento dos categorías de acontecimientos pueden originar lo que los expertos llaman «alternancia entre homeostasis y morfogénesis» o más sencillamente entre periodos de estabilidad-crisis-nuevo equilibrio.⁷ La primera categoría de aconte-

5. El nacimiento del primer hijo en la sociedad actual produce un proceso de transformación familiar a más niveles, sea en la simetría de los roles masculino y femenino, con una marcada distinción por sexo, sea en la gestión de las relaciones familiares, por lo que el esfuerzo de los hombres disminuye con el nacimiento de los hijos (Binda, 1996).

6. Sobre este tema, véase Fiorenza (2000).

7. Una familia alcanza un equilibrio siguiendo de modo consciente o inconsciente reglas no escritas. Se define la *homeostasis* como la tendencia a mantener siem-

tecimientos la constituye el ingreso del hijo en las diversas fases de la vida, o bien el nacimiento de otros hijos; la segunda categoría comprende incidentes, divorcios, enfermedades, muertes.

Todas las acciones, reacciones, los mensajes, fugas, iniciativas puestas en acción por los protagonistas para mantener o rehacer la paz en la familia, inician el funcionamiento cibernético.

Aparecen las redundancias, las repeticiones siempre más previsible y siempre menos evitables, se delinea un determinado modelo de relaciones que puede tender con el tiempo a la rigidez y forma lo que muchos terapeutas de familia han tomado por estructura familiar.⁸

El riesgo de rigidez está siempre presente, asoma la cabeza cuando las antenas de recepción y transmisión permanecen sintonizadas siempre en el mismo programa y un nuevo problema recibe una respuesta vieja.

La pérdida de flexibilidad es siempre dañina, pero lo es particularmente cuando se avecina uno de los terremotos más peligrosos para la familia, el ingreso de un hijo en la adolescencia.

pre las mismas reglas e impedir el cambio. Cuando, por el contrario, la familia consigue configurar de modo diferente las relaciones entre sus miembros y, por consiguiente, evolucionar se habla de *morfogénesis*.

8. Los terapeutas definidos como estructuralistas (Mínuchin, Whitakerm, Haley) hacen referencia a una estructura óptima que cada familia habría de tener para cumplir lo mejor posible sus deberes (sostén, socialización, educación de sus miembros). Esta estructura comporta una subdivisión jerárquica en subsistemas (la pareja, los padres, el hijo, los hermanos); reglas precisas prescriben los límites, las jerarquías y los poderes. Desde nuestro punto de vista, no existe ninguna estructura ideal que garantice el buen funcionamiento de la familia; cualquier modelo de relaciones familiares puede ser funcional, pero se convierte en patógeno cuando ya no es capaz de alternar interacciones complementarias e interacciones simétricas en relación con la dificultad que debe superar y al cambio de contextos.

Cómo se forma un modelo de interacción rígido entre padres e hijos

1) LA DUDA: un comportamiento real o presunto del hijo (mentir, fumar, encerrarse en su habitación, hacer campana, etc.) adquiere una dimensión y una importancia insólitas, se habla a menudo de ello con o sin su presencia. Esto acostumbra a disparar en los padres una sensación de alarma, o una duda respecto a su normalidad en cuanto a salud psicológica, o bien, si está en contraste con ideas políticas, religiosas o morales que han sido transmitidas, se percibe como peligroso, pecaminoso e indigno.

2) REACCIONES EN CADENA: se inician las investigaciones sobre el presunto problema, los interrogatorios, los consejos, las protecciones, a menudo la consulta con especialistas. Todos los esfuerzos de los padres tienden a combatir o a compensar las debilidades del hijo (lo que por desgracia confirma al hijo su debilidad en lugar de aliviarla), a corregir o eliminar los comportamientos ilícitos, si se han iniciado, a través de sermones: éstos, usualmente, provocan la huida, las barricadas, los silencios, las broncas, las acusaciones recíprocas.

3) CÍRCULO VICIOSO: los padres insisten en las tentativas que fracasan, recurren a mensajes, acciones que han funcionado en el pasado y están presentes en sus sistemas educativos. El adolescente, que aún no posee un repertorio de respuestas originales, se defiende de estas presiones, pero de esta forma alimenta presiones posteriores. El adolescente puede, en este punto, intentar cerrarse en sí mismo o buscar en el exterior movimientos alternativos, configurando así un escenario de lucha entre dentro y fuera de su casa, entre lo viejo y lo nuevo. O bien pueden emerger formas de psicopatología. De esta forma, simples dificultades pueden estructurarse como problemas. En esta fase de búsqueda, más o menos larga, la puesta en acción de algunas actitudes y com-

portamientos puede parecer eficaz y obtener el efecto deseado, tanto por lo que respecta a los padres como al hijo. Por consiguiente, parece una solución y, como tal, se aplica como panacea en cada situación problemática. Esta adopción indiscriminada hace que la solución se convierta en algo que agrava el problema en vez de resolverlo.

4) EL PROBLEMA SE CONVIERTE EN REALIDAD: los problemas se complican, las soluciones requieren ajustes más pesados y tortuosos. La repetición rígida de los mensajes y el estilo de reacción se convierten en un mecanismo automático y espontáneo con la consiguiente pérdida de la conciencia de cómo se ha iniciado el proceso y se crea una posterior rigidez del modelo de interacción patológica.

En este punto, se ha construido el modelo de interacción familiar en el cual cada uno de sus miembros percibe la realidad familiar según perspectivas rígidas y disfuncionales. Se llega a crear así una especie de círculo vicioso que alimenta el problema, estructurado sobre la base de las soluciones intentadas que no funcionan pero que incrementan la persistencia del conflicto. Es decir, las mejores intenciones que producen los peores efectos.

Después de esta esquemática exposición, esperamos que sea más sencillo para el lector comprender que, de las diferentes soluciones intentadas disfuncionales de un problema, puede generarse un sistema de interacciones familiares rígido y potencialmente patógeno para la salud psíquica de sus componentes, pero creemos indispensable dar un nuevo ejemplo concreto.

Tomemos el ejemplo de un muchacho que va mal en los estudios. Sus padres empiezan a pensar que está poco motivado y que es culpa de los profesores porque explican mal, les tienen manía, etc.

Lo que intentarán hacer será animar al hijo, ayudarle a estudiar y a hacer los deberes o ponerlo en manos de profesores par-

ticulares para clases de refuerzo. Todo esto, directa o indirectamente, deja entrever una crítica en la relación con los profesores, que probablemente pretendían demasiado, y de esta forma se quita responsabilidad al hijo, pobrecito, ¿qué puede hacer con profesores así?

Los padres aumentarán su tendencia a ser hiperprotectores y a allanar el camino al hijo.

El hijo, por su parte, considerará legítimo no esforzarse demasiado porque tiene derecho a ser comprendido y ayudado.

Todo esto, habitualmente, no sólo no hace que el hijo consiga mejores resultados escolares, sino que incrementa su tendencia a no esforzarse. Lo trágico es que, a pesar de este efecto deletéreo, los padres no cambian de táctica sino que insisten en el mismo modelo: está poco motivado y hay que animarle, ayudarle y hacer que le ayuden aún más.

O bien los profesores son demasiado rígidos con él, y entonces harán reclamaciones contra ellos, o procederán a cambios de clase o de instituto.

La tragedia final es que los padres, dentro de esta espiral disfuncional de intentos fracasados de ayuda, se sentirán buenos padres (¿qué pueden hacer más?) y los hijos se sentirán sin responsabilidad ya que de todas formas son víctimas.

En este punto, los padres percibirán al hijo como una persona problemática, a la que hay que continuar ayudando, en todo y por todo. Por tanto, generalizarán a todas las situaciones su intervención protectora. Por su parte, el hijo puede aceptar estas dulces pero urgentes atenciones sintiéndose protegido, pero siempre más incapaz de afrontar autónomamente los obstáculos de la vida.

En otros casos, el hijo podrá rebelarse y poner en acción comportamientos de rechazo, a veces también violentos. Por desgracia, esto confirmará a los padres la necesidad de posteriores correctivos, los cuales originarán, a su vez, una rebelión aún más feroz. La escalada simétrica, de este modo, puede llegar al extremo de la violencia.

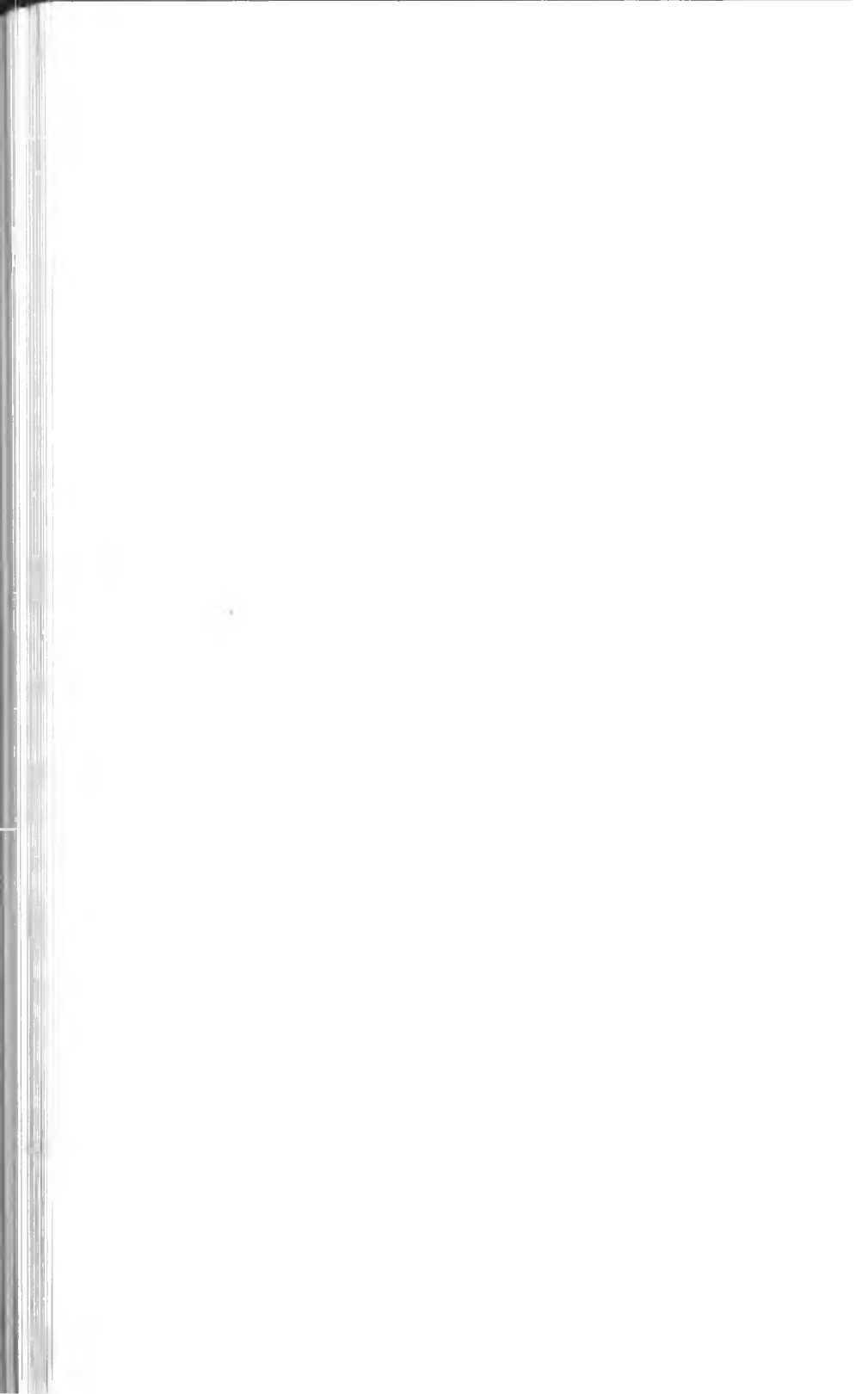
En el primer caso tenemos una forma de patología complementaria entre padres e hijos; en el segundo caso, una forma de patología simétrica. Esto significa, como ya pusieron de manifiesto Bateson y Watzlawick, que en la comunicación en el seno de una familia se pueden estructurar dos formas antagonistas de relación: la complementaria y la simétrica, o bien una basada en el acuerdo y otra en el contraste. Ninguna de las dos es, por definición, sana o enferma. Ambas pueden ser patológicas o sanas basándose en el nivel de rigidez que se establezca. Cada una de ellas se convierte en patógena cuando se vuelve rígida sin posibilidad de cambio.

Como escribía Nietzsche: «todo lo que es absoluto pertenece a la patología».

Capítulo 3

Los modelos actuales
de la interacción familiar

Las ideas para ser exactas son incompletas.
ABAD DE CONDILLAC, *La lógica*



En este punto de nuestra exposición, después de haber puntualizado los temas y, sobre todo, los criterios metodológicos que han guiado nuestro trabajo de investigación-intervención sobre la adolescencia y la familia, es oportuno presentar el fruto de nuestras reflexiones. Para hacer esto más claro hemos recurrido a la formulación de una serie de modelos recurrentes de organización de las relaciones entre padres e hijos adolescentes que aparecen como responsables de la constitución de problemas.

1 Hiperprotector: ponerse en lugar de los hijos considerados frágiles, o la profecía que se autorrealiza.

2 Democrático-permisivo: padres e hijos son amigos, o la falta de autoridad.

3 Sacrificante: los padres se sacrifican constantemente por dar el máximo a los hijos y viceversa, o el sacrificio te hace bueno.

4 Intermitente: los miembros de la familia oscilan de un modelo al otro, o de todas formas estás equivocado.

5 Delegante: los padres delegan a los demás su papel de guía, o no cuentas conmigo.

6 Autoritario: los padres ejercen el poder de forma decidida y rígida, o el más fuerte es el que manda.

Para describir con claridad los modelos de organización familiar citados es necesaria una descripción de sus reglas (sintaxis), de los significados que surgen de su aplicación (semántica) y de las acciones y comportamientos que éstos originan (pragmática).

De cada modelo, por tanto, además de ofrecer la definición que lo distingue, presentaremos:

- Las modalidades de comunicación usuales.
- Los tipos de relación.
- Las reglas.
- Los significados que surgen.
- Las consecuencias en las acciones de las personas.

Después de la exposición de cada modelo se relatan ejemplos de casos sobre los que se ha intervenido, desbloqueando la situación problemática.

La secuencia expositiva de los modelos no es casual ya que ha sido organizada basándose en su mayor frecuencia. El primer modelo es el que aparece de forma más reiterada en nuestras observaciones, seguido en la clasificación por los demás.

MODELO HIPERPROTECTOR

Con esta definición hacemos referencia a lo que aparece como la tendencia dominante de la familia italiana de los últimos años. Una familia cada vez más pequeña, cerrada y protectora, en la cual los adultos sustituyen continuamente a los jóvenes, hacen su vida más fácil, intentan eliminar todas las dificultades, hasta intervenir directamente haciendo las cosas en su lugar.

En la práctica de nuestro trabajo, así como en nuestras discusiones durante los encuentros mensuales en el C.T.S. de Arezzo, en los que se ha confrontado la experiencia de los numerosos centros afiliados esparcidos por toda Italia, se ha observado que, detrás de los adolescentes y de los jóvenes adultos presentados como «problemáticos», ya sea por los padres o por el colegio, aparece muy a menudo un clima familiar y social hiperprotector, que nos

ha llevado a reflexionar mucho sobre este fenómeno, hasta la formulación de una clase de modelo de las tipologías de interacción entre padres e hijos que lo definen.

Modalidades comunicativas

En la familia donde la modalidad de relación que prevalece es la hiperprotección se notan las siguientes redundancias comunicativas.

Las palabras y los gestos de los padres enfatizan la dulzura, el cariño, el calor, la protección, el amor. La modalidad no verbal más significativa es «la asistencia rápida», es decir, la intervención inmediata del adulto a cada mínima dificultad del hijo.

Los objetivos de la comunicación son la preocupación por la salud física, la alimentación, el aspecto estético, el éxito y el fracaso escolar, la socialización y el deporte.

Los padres hacen muchas preguntas al hijo en relación con dónde van y qué hacen, buscando continuamente posibles dificultades para anticipar y prevenir.

Si el hijo intenta rehuir el control de los padres explicando cada vez menos, con secretos, será objeto de suaves reproches y conductas no verbales que lo descalifican: silencios y «malas caras» que llevan a un sentido de culpa.

Relaciones

La relación es constantemente de tipo complementario, con los padres situados *one-up* (posición de superioridad) y el hijo *one-down* (posición de inferioridad).

Los intentos del hijo en tomar iniciativas son, la mayoría de las veces, desalentados de forma mórbida, como: «dinos lo que te falta y nosotros te lo daremos».

Las reglas

1.^a regla: la madre aún es la «responsable designada culturalmente» (preocupada constantemente por no ser una madre lo «suficientemente buena») de la educación y de los comportamientos del hijo.

2.^a regla: el padre es, a menudo, como la madre, por lo que ambos están perfectamente de acuerdo sobre su misión de padres y olvidan que antes que nada son una pareja. O bien el padre ya no representa las reglas sino que es un observador externo que nadie escucha, frecuentemente descalificado por la mujer por su escasa intervención.

3.^a regla: hacer todo lo posible para que el hijo esté a la altura del *status symbol* que prevalece (ir vestido a la moda, hacer actividades extraescolares, tener una moto, por supuesto un móvil: ser no sólo como los otros, sino tener más).

4.^a regla: los padres raramente son capaces de intervenir con correctivos autoritarios. En otras palabras, no son capaces de castigar.

5.^a regla: por lo que respecta a las reglas, cada regla puede cambiar, sobre todo cuando resulta muy punitiva o frustrante para el hijo.

6.^a regla: la solicitud principal que recibe el hijo es la de aceptar los privilegios que la situación ofrece con el único vínculo de no ofrecer resistencia.

7.^a regla: quien se opone no pierde ningún privilegio ni el amor de los padres, se arriesga solamente a hacerlos sufrir.

¿Qué significados emergen?

- 1) No se afrontan consecuencias temibles.
- 2) Los padres o los abuelos pueden intervenir y resolverlo todo.
- 3) Los premios y los regalos no dependen de lo que hago o de

los resultados que obtengo, puesto que existo y soy extraordinario, las cosas me corresponden por derecho y no me he de cansar para conseguirlas.

Se observa una posición exagerada del hijo, elevado a símbolo del valor positivo o negativo del núcleo familiar entero; su éxito o su fracaso o una anomalía suya (dientes «torcidos», demasiado gordo, etc.) califica o descalifica a los padres. Las personas individuales no valen por sí mismas, sino como parte de un todo que le trasciende: la familia.

La sobreabundancia de cuidados y sobre todo aquello que hemos definido como «asistencia rápida» se manda como mensaje de amor: «lo hago todo por ti, porque te quiero», pero contiene una sutil e inconsciente descalificación: «yo lo hago todo por ti porque quizás tú solo no podrías», que puede transmitir al hijo la sensación o la sospecha de que es un incapaz. Frecuentemente, esta duda (profecía) se convierte en realidad y puede acarrear graves problemas al adolescente.

En una situación de comodidad como ésta, en la gran mayoría de estas familias, los hijos acaban por rendirse sin lucha, renunciando al pleno control de su vida y confiándola cada vez más a los padres.

Su vida se desarrolla en la jaula dorada del privilegio de la que es difícil salir, ya sea por deuda de reconocimiento ya sea por incapacidad.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

La madre, habitualmente, alimenta, viste, le hace sus compras, se interesa por sus estudios y va a hablar con los profesores, participa en las reuniones para padres, lee libros sobre educación,

se ocupa de la salud de los hijos llevándolos al médico, al dentista, hace de taxista en sus actividades extraescolares.

El padre, la mayoría de las veces, o se conforma con la intervención materna, o se esfuma, o se vuelve permisivo para evitar ser menos querido o a veces se comporta como amigo del hijo.

El hijo está cada vez menos obligado a pasar cuentas de sus acciones. Pide muy a menudo la ayuda de sus padres en las tareas escolares y en los conflictos con sus compañeros. Se desanima a la más mínima dificultad. No acepta las frustraciones y reacciona con agresividad si sus necesidades y sus deseos no son satisfechos por el solo hecho de haber sido expresados. Cada vez tiene menos responsabilidad y se pretende menos de él.

No es raro que esto conduzca a una sensación de estúpida omnipotencia.

Hay que subrayar, como veremos con detalle en el capítulo siguiente, que durante la adolescencia existe disparidad en la evolución y en la madurez, sobre todo en el sentido de la responsabilidad, entre hombres y mujeres. Éstas, debido a su naturaleza y a estructuras socioculturales, se encuentran antes e inevitablemente expuestas a la dificultad y a la responsabilidad (basta pensar en la menstruación y en la maternidad) y son educadas con menos privilegios en relación con los hombres, quienes acaban por crecer más frágiles. Lo que caracteriza a los jóvenes entre 20 y 30 años es que un buen número de varones pertenece a la categoría que nos gusta definir como «varones patosos», que no saben tomar responsabilidades porque no están habituados, y un buen número de féminas a la categoría de las «mujeres desilusionadas», a la búsqueda de un hombre que sepa protegerlas (que, ¡ay de mí!, parece una raza en peligro de extinción).

Aquellos hijos, no muchos en verdad, que se rebelan a esta superimplicación, también afectiva, de los padres, intentarán eludir el control con comportamientos como ser evasivos sobre dónde van, con quién salen y lo que hacen, contar mentiras, tener apagado el móvil o no contestar las llamadas de casa cuando están

dando una vuelta, hablar muy poco, cortar por lo sano en familia para evitar el riesgo de soportar un alud de preguntas, asumir actitudes y conductas que contrastan con el modelo familiar.

Este comportamiento de los hijos hará que aumente el comportamiento de control y protección por parte de los padres, ya sea a través de informaciones obtenidas por amigos de los hijos, ya sea a través de vigilancia, la mayor parte de las veces llevada a cabo por el padre (por insistencia de la madre) para verificar si lo que ha dicho corresponde a la verdad o no. Cuanto más quieran saber los padres, menos explicarán los hijos. Cuanto más intenten los padres limitar la libertad, más intentarán los hijos escapar; cuanto menor sea la libertad de acción que la familia concede al joven, más tenderá éste a tomársela, con rebeldías a veces realmente violentas que pueden conducir a comportamientos problemáticos.

Con todo el amor, la disponibilidad, la paciencia, la dedicación posible e imaginable, estas familias forman personas en las que el talento y la capacidad tienden a atrofiarse porque no son puestos a prueba ni se ejercitan.

Se observa en la adolescencia la aparición de toda una serie de problemas o trastornos psíquicos y de comportamiento sobre la base de la incertidumbre, inseguridad y menosprecio, porque estos jóvenes, conscientes o inconscientes, no creen en sus capacidades y, por consiguiente, no logran asumir riesgos ni, aún menos, responsabilidades.

Los padres, a menudo, se dirigen a especialistas justamente para lamentarse o para pedir ayuda: los hijos (especialmente los varones), frente a un obstáculo, la mayoría de las veces, o se rinden o intentan evitarlo, y los padres no comprenden por qué sucede, visto todo el afecto, el amor, los cuidados tan profusos en educarlo. La reacción será, sin embargo, ayudarle aún más.

Los problemas que llevan a la familia o a los mismos hijos a pedir la ayuda del experto van desde los problemas escolares (aban-

dono o dificultad general, ya sea en el aprovechamiento ya sea en el comportamiento en el colegio), a la neurosis de ansiedad, de las depresiones a los problemas en la esfera afectiva (desilusiones amorosas que no logran superar o relaciones amorosas interrumpidas constantemente), trastornos de la sexualidad y de la alimentación.

Como a menudo los autores hemos constatado en conferencias o en cursos de reciclaje a padres y a profesores, es muy difícil hacer entender que la semilla de la patología puede anidar en el amor excesivo. La bondad imperante, como la filosofía de Hegel, se muestra resistente a los asaltos de la evidencia. Para muchas personas no es asumible pensar que el amor pueda corromper. Y «si los hechos no concuerdan con la teoría, tanto peor para los hechos» (Hegel).

A este propósito es representativa la afirmación de una madre durante una entrevista: «cómo puedo dañar a mi hijo con demasiado amor, el amor nunca ha hecho daño, es su falta lo que hace daño».

Desgraciadamente, en cambio, por todo lo que hemos observado, el amor excesivo que acepta sin condiciones cualquier comportamiento, y sobre todo aquellos que nos dan fe de alguna debilidad, se transforma en compasión que refuerza el trastorno en vez de combatirlo eficazmente.¹

La consecuencia más dañina es que el hijo, en esta fase crucial de su autoconstrucción, puede ser obstaculizado, con su misma complicidad, en la construcción de la autonomía y el sentido de independencia que debería ser el cimiento de su integridad psicológica. Todo esto tiende a producir personas cada vez menos responsables y capaces de asumir en primera persona el peso de sus vidas. En otras palabras, disminuye lo que los filósofos defi-

1. Si esta madre se pone en lugar del hijo y hace lo que éste debería hacer, en efecto, le impide activarse, buscar y encontrar en sí mismo recursos útiles para superar sus límites, volviéndolo cada vez más dependiente y débil.

nen como «el libre albedrío», o la capacidad de escoger, asumiendo la responsabilidad de las propias acciones. Y a la responsabilidad de escoger nadie puede sustraerse en el transcurso de su propia vida.

Como escribe José Ortega y Gasset, «el hombre no tiene una naturaleza, sino una historia. El hombre no es otra cosa que un drama. Su vida es algo que escoger, construir, mientras avanza. El ser humano consiste en aquella elección y en aquella inventiva. Cada ser humano es el novelista de sí mismo y si bien puede escoger entre ser un escritor original o uno que copia, no puede evitar escoger. Está condenado a ser libre».²

La reflexión sobre estas palabras invita a una atenta consideración de cuán llena de consecuencias puede estar una condición familiar en la que parece que la elección es la de no dejar elegir a las nuevas generaciones. Aunque todo esto se persigue con las mejores intenciones de ayudar a los hijos a crecer mejor y sin problemas. Todo esto, si se realiza como se ha descrito anteriormente, también gracias a la nefasta complicidad de una pedagogía retrasada, moralista e ideológica que lleva a los padres a sentirse culpables cada vez que asumen una posición que pueda crear dificultades a los hijos.

Relatos

Se dirigió a nuestro centro de Arezzo una familia, compuesta por la madre, médico, el padre, ingeniero, y la hija de 14 años, derivada por un psiquiatra que al haber encontrado marcadas dificultades al tratar el trastorno anoréxico de la niña, decidió solicitar nuestra intervención.

2. Extraído de Heinz Von Foerster en *Ética y cibernética de 2º orden*, compilado por Watzlawick, P., y Nardone, G., 1997, pág. 49.

La familia se mostró desde los inicios de nuestra interacción como la llamada familia «modélica», es decir, una bella pareja de padres, en armonía entre ellos, y una hija que conservaba una notable belleza aunque por debajo de los 40 kilos. Los padres, al describir la situación que les había llevado hasta nosotros, destacaron que todo lo que hasta aquel momento habían intentado hacer, basándose en los conocimientos médicos de la madre, y mediante la ayuda de un colega suyo nutricionista y de un psiquiatra, no había producido ningún efecto; al contrario, seguía perdiendo peso, reducía su alimentación y se aislaba completamente. La madre, vista la situación, había solicitado la baja temporal y ahora pasaba todo el día con la hija, la cual le pedía una atención continuada y la seguridad de que la poca comida que conseguía comer no la hiciese engordar. La madre médico había entrado en una verdadera condición de complementariedad patológica con el trastorno de la hija, ya que sus atenciones cada vez mayores correspondían a las cada vez mayores exigencias de la hija, hasta el punto de que el marido había sido expulsado de su lugar en la cama al lado de la madre, porque la hija le había pedido a ésta tenerla a su lado por la noche para protegerla de las pesadillas que no la dejaban dormir.

El padre había aceptado esta condición porque la creía de ayuda para su hija. Pero, como sucede a menudo en estos casos, los intentos de solución agravan el problema en lugar de resolverlo. La actitud cálida, acogedora y protectora de los padres estaba alimentando, en realidad, la patología de la hija.

Era indispensable romper la condición de complementariedad patológica. Decidimos hacer salir a la hija para hablar sólo con los padres, pero lo hicimos anunciando que estábamos observando algo extraño en su madre que queríamos descubrir. Ésta, como el lector enseguida comprenderá, fue una maniobra para crear en la hija una expectativa de preocupación en su relación con la madre. Una vez solos con los padres, que eran personas francamente colaboradoras, explicamos lo que habíamos observado y que con las mejores intenciones se estaban produciendo los peores efectos.

Después les prescribimos que pusieran en acción una estrategia aparentemente extraña: le pedimos a la madre que declarara a la hija su estado de profundo malestar, que los médicos habían diagnosticado como un estado depresivo agudo. Subrayamos que estábamos convencidos de que esto no le iba a ser difícil ya que ella efectivamente se hallaba en un estado de fuerte malestar emocional. Dijo que por supuesto que lo iba a hacer porque era lo que realmente experimentaba; a esto le siguió la indicación de representar al menos una vez al día una escena de agresión verbal en su relación con la hija, en la que debería echarle una sermón en su contra, seguido de una posición de indiferencia hacia ella. La madre, otra vez de acuerdo, afirmó que en realidad estaba experimentando también mucha rabia con su hija, que la había puesto contra las cuerdas como madre, a pesar de todo lo que hacían por ella. Al padre, en cambio, le sugerimos que cogiera aparte a la hija y le dijera: «Me preocupa decirte que, por desgracia, mamá ha entrado en un estado real de patología, por lo que debo advertirte que muy probablemente podrá tener reacciones de fuerte rechazo y agresividad, porque te hace responsable de su estado».

Después de haber dado estas indicaciones, hicimos entrar de nuevo a la niña, que manifestó enseguida su preocupación porque la madre, que durante la entrevista había llorado, al salir del estudio la había evitado fríamente. Explicamos a la hija, de acuerdo con la estrategia adoptada, que por desgracia para ella su madre estaba atravesando un periodo de crisis depresiva porque le obsesionaba el hecho de que su propia hija pudiese convertirse en anoréxica. Para ayudar a su madre necesitábamos su ayuda, que tenía que consistir en tranquilizarla con respecto a sus «paranoias» y aceptar el hecho de que en los días siguientes la rechazase y quizás la agrediese de palabra. La niña, con los ojos llenos de lágrimas, dijo que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para ayudar a su madre con tal que no se alejara definitivamente de ella.

Al cabo de quince días vimos de nuevo a la familia. Hicimos entrar primero a los padres, que con una gran sonrisa expusie-

ron toda su satisfacción: la hija había aumentado dos kilos, había vuelto a comer con regularidad, sin pedir que la tranquilizaran ni hacer cuento. Además, había vuelto a ver a los amigos anteriores que había abandonado y, finalmente, había ido a la fiesta de cumpleaños de una amiga. El padre, divertido, dijo que su mujer había sido realmente buena en representar su papel de «depresiva desenfrenada» y que cuando, cada día, había puesto en acción su escena de agresión verbal con la hija no parecía que lo estuviese representando. La madre, por su parte, comentó que todo aquello le había venido muy bien y que, es más, le había servido para descargar su tensión. Los padres continuaron con la descripción de otros cambios, diciendo que la hija en aquellas dos semanas había acudido mucho a su padre solicitando noticias respecto al problema de la madre; además, ella misma había pedido a su padre que volviera a la cama con la madre porque era ella ahora la que más lo necesitaba.

Después de los padres, nos entrevistamos nuevamente con la hija a la que felicitamos por haber sido capaz de afrontar las agresiones maternas y, sobre todo, por habernos echado una mano para ayudar a su madre, a la que habíamos encontrado mejor. Por tanto, le aconsejamos continuar por ese mismo camino; ella dijo sonriente que estaba muy contenta y que sin dudarle seguiría en la misma dirección. En el transcurso de dos meses, la muchacha recuperó completamente su peso y su vida interpersonal fuera de la familia, estableciendo paralelamente una nueva relación con sus padres, basado, esta vez, no en una complementariedad patológica sino en una complementariedad que hacía funcionar la relación.

La intervención estratégica efectuada por nosotros fue la de derribar un modelo de interacción patógeno transformándolo en terapéutico. De una situación de morbosa hiperprotección de la madre en sus relaciones con la hija, se pasó, gracias a la intervención, a una condición de protección de la hija en su relación con la madre. Se trastocó completamente el sistema anterior de interacción, hasta conseguir al final de la intervención, una dimen-

sión relacional de la familia basada en una sana complicidad, dentro de la cual llegaron a distinguirse claramente los roles, el de la pareja y el de la hija.

Se dirigió a nosotros una pareja de padres que solicitaban ayuda para gestionar la relación con dos hijos con los que, a pesar de su esfuerzo, las cosas no iban justamente por el camino correcto. La suya, nos dijeron, era una familia donde nunca había habido problemas graves, ni de tipo económico ni de tipo relacional, hasta que ambos hijos, uno de veinticinco y otro de veintiocho años, habían comenzado a manifestar actitudes de rechazo y desinterés en sus relaciones, lo que obviamente les había sumido en una crisis profunda. La situación que nos presentaron era la siguiente: el mayor de los hijos, a pesar de las presiones paternas y la ayuda constante, había abandonado los estudios, interrumpiendo la universidad para dedicarse a un empleo que los padres consideraban de bajo nivel: trabajar en una comunidad para la recuperación de toxicómanos. El padre, profesor universitario, lo desaprobaba profundamente, también porque dijo que había hecho de todo por ayudar a su hijo en los estudios, hasta el punto de pedir a sus colegas que lo ayudaran. Pero todo esto sólo había conseguido irritar muchísimo al hijo y acelerar el abandono de sus estudios. Además, describieron a este hijo como un joven muy dulce y refinado, manifestaba agresividad únicamente en sus relaciones con ellos, mientras que con el mundo exterior se mostraba como una persona delicada. Añadieron que, según ellos, los problemas del hijo se debían a una extraña relación que éste había establecido con un amigo suyo, más joven, al que parecía completamente sometido psicológicamente y al que seguía en todo y por todo, sometiéndose a todas sus demandas y llenándolo de atenciones y frecuentes regalos. Finalmente, dijeron que este hijo, desde hacía unos años, se había ido a vivir a un apartamento, no lejos de su casa, pero, como sus ganancias eran muy exiguas, la madre le proveía de todo, desde los gastos diarios a

sus ropas, y le pasaba semanalmente una cierta cantidad de dinero. Como el lector podrá comprender, nos hallábamos frente a una situación de hiperprotección extrema, ya que la familia continuaba manteniendo económicamente al hijo fuera de su casa y, a pesar de su rechazo, ayudándolo hasta el extremo de dirigirse a un especialista para poderlo hacer mejor. El otro hijo, en cambio, continuaba sus estudios, estaba fuera de casa muchas semanas, había escogido una universidad lejos de la ciudad de la familia —aunque allí podía cursar sus estudios— y se había presentado a muy pocos exámenes. En la práctica, se daba una buena vida a expensas de sus padres, estudiando poco y divirtiéndose mucho, a decir de la madre, puesto que tenía a su disposición toda una casa para él, un coche, una moto y todo el dinero que quería. Está claro que en esta situación sólo una persona muy motivada para el éxito hubiera podido resistir la tentación de dejarse llevar por el placer desenfrenado. Los padres contaron que, a veces, habían asumido una actitud ligeramente más dura con los hijos, pero habían observado en el primer hijo una reacción de sufrimiento, tan insostenible para ellos, que habían puesto en marcha de nuevo su comportamiento hiperprotector. El segundo hijo había comenzado a manifestar reacciones de rebeldía violenta a las restricciones. Los padres entonces se habían asustado mucho y, temiendo que pudiera meterse en problemas y buscar el dinero de otra manera, habían reactivado sus indiscriminados donativos.

Las indicaciones para estos padres tenían que seguir los pasos de su propia lógica protectora como vehículo de cambio; de nada hubiera servido someterlos a un proceso con la acusación de ser culpables de haber producido, con su exceso de atenciones y protecciones, dos situaciones que luego se habían vuelto contra ellos. Así que les sugerimos que comenzaran a pensar que toda su anterior capacidad en ayudar a los hijos, en esta situación, no bastaba; sería necesario un ulterior esfuerzo por su parte para ayudarlos a salir de aquella situación inacabable.

Es muy importante subrayar que si se quiere hacer cambiar de actitud a alguien, para cambiar su resistencia, hay que utilizar su misma lógica, sus mismos argumentos y su mismo lenguaje (Nardone, 1991, Nardone, Mariotti, Milanese, Fiorenza, 2000).

En esta línea, afirmamos que se trataba de esforzarse en conseguir que estos dos hijos fueran capaces de afrontar las dificultades de su vida, que confiaran en sus propios recursos personales y no tan sólo en la ayuda de la familia. Para obtener esto, los padres tenían que poner en acción un último sacrificio, representado por la antigua estratagema china «lanzar el ladrillo para obtener el jade». En otras palabras, tenían que iniciar unos pequeños boicots voluntarios en sus acciones protectoras con relación a los hijos. Por ejemplo, en relación con el «pequeño príncipe» universitario, ingresar en su cuenta bancaria, como si fuese un error, una cifra mucho más baja de la que él solicitaba, disculpándose por el error, pero continuar cometiendo el mismo «error sistemático».

En relación con el otro hijo, equivocarse de forma voluntaria en cualquiera de los recados que la madre hacía por él, olvidarse de dejarle el dinero, etc.

Los padres objetaron que, de este modo, los hijos les tomarían por tontos. Les explicamos que ésta era una manera suave para que asumieran responsabilidades de forma gradual, pensando justamente que ya no podrían contar con ellos como antes. Puesto que nos parecía improbable una posición de deliberada reducción de ayuda por su parte, esta estrategia resultaba ser la más indicada. A esta indicación le añadimos la prescripción de la «conjura del silencio» en relación con su preocupación por los hijos. En otras palabras, invitábamos a los padres a que interrumpieran cualquier tentativa de exhortación puesta en acción en los últimos años para hacer cambiar a sus hijos. O sea, observar sin intervenir, cualquiera que fuese la reacción de los hijos, disculpándose de todas formas por los errores cometidos en el caso de que hubieran reclamado.

Utilizando una comunicación suavemente persuasiva habíamos pedido a los padres que cambiaran radicalmente su actitud en relación con los hijos, es decir, que pasaran de un comportamiento hiperprotector a otro de desinterés y ligero boicot, que pudiera transformar su relación de patológicamente complementaria a benévolamente simétrica.

En la siguiente entrevista, después de un mes, la madre comenzó afirmando que aquel había sido el mes más intenso de su vida, ya que le había costado mucho evitar el contacto con sus dos hijos y resistir la tentación de intervenir inmediatamente a sus demandas. Sin embargo, lo extraño era que, por primera vez, habían sido ellos quienes la habían buscado y no sólo para reclamarle algunos errores cometidos por ella y por su marido, sino sobre todo para manifestarle su preocupación o para charlar un poco. Después de las primeras reacciones de sorpresa, ambos hijos habían asumido una nueva actitud hacia sus padres, basada en la búsqueda de contacto en lugar del rechazo.

La otra cosa curiosa destacada por el padre era que, por primera vez, los hijos habían empezado a hacer ellos solos algunas cosas para las que antes pedían su ayuda. Además, el padre expuso una realidad que, por lo visto, antes habían rehusado ver o de la que por lo menos no habían hablado: durante este mes, en el que él y su mujer habían estado más tiempo juntos como pareja y habían observado el comportamiento de los hijos sin intervenir, había surgido la duda de que el hijo mayor no hubiese sido sometido psicológicamente por su amigo, como habían declarado antes, sino que fuese homosexual. La duda se había reforzado por el hecho de que en los últimos días el hijo había solicitado a su madre permiso para celebrar una fiesta con sus amigos en casa de los padres, pidiendo, además, a la madre que preparara las cosas e hiciera la comida. A esta sorprendente petición, pues era la primera vez que el hijo pedía llevar a sus amigos a casa de los padres, éste había añadido: «No os sorprendáis si mis amigos son un poco extraños y sobre todo sin son todos varones».

La madre, muy impresionada, dijo que, quizás, ella y el marido habían rehusado siempre mirar de frente la realidad por ser muy turbadora para ellos. A esta afirmación le siguió la descripción de muchos pequeños detalles de la vida del hijo que ahora parecían claros, mientras que antes, a sus ojos, parecían solamente intentos de huida. La madre añadió que estaba dispuesta a hacer todo lo que el hijo le pedía ya que observaba un primer e importante acercamiento entre ambos.

Felicitamos a los padres por su gran capacidad en conseguir poner en acción un guión de comportamiento completamente distinto al que hasta el momento habían seguido y, obviamente, lo hicimos de forma que se sintieran los auténticos responsables de los cambios observados. Concluimos la sesión prescribiendo a los padres que continuaran con la estrategia de observar sin intervenir y de cometer pequeños errores voluntarios, para después pasar a pequeñas demandas de favores expuestas en forma de solicitud de ayuda.

Al mes siguiente los padres nos describieron una situación radicalmente distinta a la presentada en el primer encuentro: explicaron que el hijo universitario había pasado con éxito un examen sin haber pedido ayuda a su padre. Ambos hijos no sólo habían aceptado de buen grado las demandas de ayuda de los padres, sino que telefoneaban a menudo e iban tranquilamente a comer o a cenar con sus padres. Obviamente, esta nueva atmósfera familiar hacía a los padres muy felices.

Por lo que respecta al hijo mayor, la madre explicó que al silencioso conflicto anterior lo estaba sustituyendo una especie de complicidad. Ella interpretó este cambio como el efecto de haber visto y aceptado, por primera vez, las características del hijo. Nos contó lo bien que había ido la fiesta y lo afectuoso que había estado el hijo con ella en aquella ocasión, presentándola a todos sus amigos como una madre extraordinaria.

Nos entrevistamos algunas veces más con esta pareja y continuaron refiriéndonos que la espiral viciosa de la interacción fami-

liar anterior había evolucionado hacia una espiral virtuosa. Esto significaba que cada uno de los hijos había comenzado a asumir cada vez más responsabilidad personal y a disminuir las peticiones, y a aumentar las atenciones y los cuidados en la relación con sus padres.

Lo que hizo posible el cambio fue guiar a los padres a originar pequeños cambios que condujeron a una reacción en cadena hasta el completo giro de la situación relacional entre ellos y los hijos. Su hiperprotección fue reorientada sin ningún conflicto hacia una forma colaboradora de relación. Las intervenciones estratégicas realmente eficaces son aquellas que se basan en pequeñas intervenciones que producen grandes efectos.

Por lo demás, como la teoría de las «catástrofes» (Thom, 1990) nos enseña, todo esto es realmente natural.

Tanto en la naturaleza como en las relaciones humanas se observan a menudo fenómenos basados en el «efecto mariposa», por el que el batido de las alas de una mariposa ocurrido en un determinado espacio y tiempo origina una reacción en cadena de acontecimientos hasta producir un tornado a muchas millas de distancia.

MODELO DEMOCRÁTICO-PERMISSIVO

La característica que mejor distingue este modelo es la ausencia de jerarquías. Ya en el momento en que se forma la pareja, habitualmente, el contrato prevé un amplio margen de libertad para los cónyuges, a menudo diplomados o licenciados, y ambos insertos en el mundo del trabajo. La mayoría de las veces se observa una situación paritaria desde un punto de vista económico y la tendencia a una distribución de las competencias en la gestión de la vida cotidiana.

A menudo este modelo es el fruto de premisas ideológicas que puede madurar en el seno de la familia de origen en la que ya estaba en vigor un estilo educativo democrático; o bien en contextos juveniles de compromiso social, cultural o político; o aun como rebelión al modelo de la propia familia de origen.

Los presupuestos que hemos notado con mayor frecuencia son los siguientes:

- Las cosas se hacen por convencimiento y consenso, y no por imposición.
- El consenso se obtiene a través del diálogo fundado en argumentos válidos y razonables.
- Las reglas se pactan.
- El contrato es el único enemigo de la prevaricación.
- La finalidad principal que se debe perseguir es la armonía y la ausencia de conflictos.
- Todos los componentes de la familia tienen los mismos derechos.

La relación de pareja tiende a una alternancia flexible de interacciones complementarias según los ámbitos de competencia y las situaciones. Cuando se prefigura una escalada simétrica, un conflicto, un litigio, el acuerdo se busca a cualquier precio en nombre de la armonía y es justamente en ese momento cuando la flexibilidad puede transformarse en sumisión.

Se entrega, habitualmente, el que posee una menor habilidad de comunicación y de argumentación, pero también quien menos tiende a la autoafirmación y quien más teme la aparición de la agresividad. Apenas se perfila un conflicto no combate, cede, se desliza de una manera inconsciente a una *down-position* (posición de inferioridad), rápida pero no estratégicamente escogida en nombre de la salvaguardia de la «paz familiar». En el momento en el que las relaciones de vuelven más complejas por el nacimiento de un niño, los hijos se convierten en dominantes y los padres sufren sus deseos y caprichos.

Pero, ¿cómo es posible que padres tan preparados y atentos en no convertirse en dictadores se conviertan en rehenes de los hijos y que éstos se transformen en «pequeños tiranos»?

Es uno de estos casos clarísimos en los que la «mejor intención», en este caso la salvaguardia de la democracia, produce una consecuencia opuesta.

Con la llegada de los hijos aumentan las «insidias» al equilibrio familiar. El desafío de la complejidad requiere nuevas estrategias, tácticas e instrumentos, y por el contrario, la pareja recurre a la situación del sometimiento, sobre todo si ha funcionado en la relación a dos.

El estilo de comunicación democrática de la pareja nace de una situación paritaria, ya sea en relación con la fuerza contractual, ya sea por el hecho de compartir las premisas, y no puede traspasarse sin ser adaptado y reelaborado en el contexto ampliado de la familia con hijos, ya que perdería su connotación democrática para convertirse simplemente en estilo permisivo.

Por utilizar una analogía con el gobierno de un país, estas familias admiten a los hijos en el parlamento como si ya fuesen adultos maduros y responsables.

LOS HIJOS EN EL PARLAMENTO En la democracia, las reglas se discuten entre iguales. El hijo, al ser admitido en la discusión o en la elección autónoma en edad precoz, queda cargado por una responsabilidad demasiado grande para él, ya que no posee ni mapas conceptuales, ni competencias adaptadas para orientar sus propios comportamientos hacia su bienestar fisiológico (nutrición, ritmos de sueño y vigilia, movimiento y paro, o uso de los medios de comunicación) ni psicológico (valoración seguridad o peligro, calibración de las experiencias emocionales y afectivas, cariño o desinterés).

LOS TRIBUNALES NO EXISTEN En la democracia, una vez establecidas las leyes, su falta de respeto prevé sanciones y penas. Por

el contrario, las premisas de la familia democrático-permisiva no prevén que las reglas sean impuestas con firmeza y decisión, y tampoco prevén sanciones: las reglas sólo se enuncian, se explican y argumentan con suavidad y con palabras. Una regla sin consecuencias pragmáticas puede definirse como un consejo o advertencia, pero no como una regla o norma, ya que su trasgresión no prevé ningún efecto práctico sobre el comportamiento. Conclusiones: la familia democrático-permisiva vive en una constante fluctuación y transformación de las reglas.

LA MINORÍA SIEMPRE GANA La tolerancia al conflicto y a la discusión es muy baja, así como está poco desarrollada la capacidad de contener las emociones y superar la ansiedad; en el momento en que el deber educativo provoca tensiones y resistencia por parte de los hijos, aparece la solución del sometimiento que, en aquel momento, reporta la «paz familiar».

Pero nosotros invitamos a reflexionar sobre el mensaje que este tipo de interacción sobrentiende. ¿Qué consecuencias extraerá un adolescente de un comportamiento de continua rendición por parte de los padres?: «Cuanto más prepotente soy, más consigo».

Y el padre que frente a pequeñas muestras de prepotencia no ha sabido hacer otra cosa que rendirse, ¿qué hará frente a grandes muestras de prepotencia?

Llegan los momentos difíciles, los padres notan malas costumbres, el hijo empieza a tomarse demasiadas libertades: en las salidas nocturnas, al faltar a clase, o al frecuentar compañías poco conocidas. En este punto puede construirse o una simetría o una complementariedad patógenas. Se puede establecer una complementariedad patógena cuando los padres comienzan a disuadir al hijo con razonamientos, ejemplos y presuposiciones de graves consecuencias, sin darse cuenta de que al hijo le llega un mensaje de incapacidad de pasar a la acción. En particular, el padre no consigue convertirse en un héroe, más que sin man-

cha sobre todo sin miedo, que lo pueda salvar de los peligros en los que se va a meter. Mientras más insistan los padres con los mítines, más harán probable los comportamientos de riesgo. En este momento, los hijos podrán buscar fuera de los muros domésticos, entre compañeros ya metidos en contextos de transgresión, aquellos héroes fuertes y sin miedo que sean ejemplo y guía para ellos, ya que en los padres dóciles no se puede confiar en el momento de la necesidad.

La docilidad no es una solución, sino un intento de solución, que no elimina el problema sino que lo aplaza y crea las condiciones para hacerlo resurgir ampliado. De esta forma, el estilo de comunicación democrático-permisivo, que puede tener una validez funcional y positiva en la vida de pareja, traspasado al contexto amplio de la familia se transforma en un estilo que crea el clima ideal para que crezcan los jóvenes tiranos.

Relaciones

Habitualmente, no existen jerarquías preestablecidas porque la tendencia se dirige hacia el diálogo y la estipulación de acuerdos. En los momentos en que surge la necesidad de una intervención educativa, se instaura la siguiente dinámica: escalada simétrica hasta el punto en que los padres pierden la calma pero evitan el conflicto cediendo.

Los padres conquistan el poder un poco como ocurre entre coetáneos, se vuelven confidentes y cómplices cuando es posible; en definitiva, se comportan más como amigos de los hijos que como guías con autoridad.

En la organización de la vida familiar se tiende a crear una situación de equilibrio con una distribución de tareas entre todos los miembros, pero se tolera con mucha facilidad que los hijos no lleven a término los trabajos que les competen.

Estos padres son tan tolerantes en relación con el comporta-

miento de su núcleo familiar como hiper-críticos respecto a los comportamientos de otros núcleos familiares, sobre todo aquellos que destacan por actitudes y conductas en contraste con sus valores democráticos.

Las reglas

1.ª regla: El bien supremo que se debe perseguir es la «paz familiar», la armonía, la amistad.

2.ª regla: Todos los miembros de la familia forman parte, con los mismos derechos, del consejo familiar, desde el nacimiento.

3.ª regla: Toda decisión debe originarse del deliberado y unánime consenso de todos.

4.ª regla: Hacer de padre no es solamente un hecho instintivo y natural, sino que comporta un proceso de información-formación.

¿Qué significados emergen?

- El desacuerdo de uno puede bloquear cualquier decisión.
- Todos pueden modificar una regla a su propia conveniencia.
- Si no se respetan las reglas no sucede nada grave.
- Lo que quieren los hijos y lo que quieren los padres está en el mismo plano.
- Si uno juega la carta del obstruccionismo y de la amenaza al equilibrio, tiene muchas posibilidades de salirse con la suya.
- Los comportamientos no son instintivos, sino que provienen de la elaboración personal de teorías científicas, pedagógicas, filosóficas e ideológicas.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

Los padres, en general, asumen y ejercitan conscientemente su papel: se informan con lecturas de textos divulgativos sobre los problemas de la edad evolutiva, proporcionan a los hijos oportunidades de socialización con visitas, comidas, cenas con parientes y amigos, invitan a fiestas a sus amigos, frecuentan círculos culturales y asociaciones de voluntariado con el fin de implicar a los hijos en experiencias análogas, mantienen contactos frecuentes con las instituciones escolares incluso como representantes en los órganos colegiales.

El fenómeno más interesante que se pone de manifiesto es el comportamiento de los padres que se destacan por su colaboración activa con la madre, ya sea en el periodo neonatal (se levantan por la noche, organizan turnos de trabajo para garantizar su presencia),³ ya sea a continuación, pasando parte de su tiempo libre con los hijos.

Sin querer infravalorar esta importante ruptura de esquemas arcaicos, puesta de manifiesto por la reciente bibliografía psicológica sobre los nuevos padres,⁴ es obligado señalar que las tareas inherentes a la satisfacción de necesidades materiales competen todavía en gran parte a la mujer.⁵

No obstante la repetida afirmación teórica de que «la ley es igual para todos», a los hijos no se les impone ninguna prestación que se relacione con el desarrollo de tareas domésticas. Y es real-

3. Aún no es muy elevado, pero sí apreciable el número de padres que se benefician del artículo 7 de la ley 903/1977 que extiende al padre el derecho a la baja por paternidad y a otros permisos especiales para el cuidado al hijo pequeño.

4. Ejemplos significativos son los textos de Scaparro (1996) y Pietropolli Charmet (1999).

5. Giani Galino (2000) pone de manifiesto, en una publicación reciente, que muchos jóvenes adolescentes todavía perciben y representan preferentemente a la madre dedicada a desarrollar tareas domésticas, con independencia de su nivel cultural y de su esfuerzo en el mundo del trabajo.

mente improbable que los niños acepten por convencimiento o por consenso actividades tan poco divertidas como poner y quitar la mesa, limpiar la casa o su habitación, sobre todo si alguien lo hace poniéndose en su lugar. Parece todavía útil e importante repetir una vez más que, en la práctica, la falta de asunción de deberes y responsabilidades no sólo es posible, sino que está incentivada por la impunidad.

Los padres intentan poner en vigor normas de comportamiento y a este respecto es claramente visible la escalada simétrica entre hijos y padres: las reglas no se respetan, los padres proponen otras más blandas, en teoría aceptadas pero puntualmente desmentidas en la práctica y seguidas por otra regla nueva.

Como en el modelo hiperprotector, es como si las reglas no existieran, porque carecen de toda sanción y de sentido de responsabilidad para el adolescente.

Para parecer modernos, con el paso del tiempo, puede suceder que los padres imiten a los hijos en su modo de vestir, en sus gustos musicales o en la práctica deportiva. Sólo muy rara vez se dan cuenta de que con estas acciones, sobre todo, se llega a un aplastamiento de las jerarquías y a una confusión en la distinción de roles. Algunas veces el padre o la madre se dejan implicar en comportamientos que comunican vitalidad, proyectos, esperanzas: parece que persigan ocasiones perdidas, a la búsqueda de aquellos espacios nuevos que se han creado con el alargamiento de la expectativa de vida. Esta ansia de juventud les puede hacer poco creíbles ya sea como amigos ya sea como apoyo y brújula en las dificultades.

El adolescente dentro de este sistema acostumbra a adherirse al modelo y afirma estar en óptima relación con sus padres. Todo esto hasta que surgen dificultades o problemas en su vida personal, por ejemplo en la relación con el otro sexo o en el rendimiento escolar, o cuando el joven muestra problemáticas psicológicas relacionadas a su escasa autoestima. En este momento surgen las dificultades también en las relaciones familiares, porque a menudo el

hijo no encuentra en los padres aquel sostén estable y tranquilizador y se inician las discusiones, las incomprendiones y los primeros enfrentamientos. Habitualmente, el joven manifiesta comportamientos de rechazo y rebeldía, pero no consigue llegar a ser autónomo. Parece que haga pagar a sus propios familiares parte de sus dificultades y no es raro que se conviertan en auténticas patologías psicológicas (obsesiones, fobias, trastornos alimentarios, etc.).

Relatos

Llegaron a nuestro centro un padre y su hijo de diecinueve años. El padre, que tendría unos cincuenta años, vestía de manera muy juvenil, parecida a la del hijo. Eran muy amables y educados en su trato y daban una idea de relación ideal entre padre e hijo. El padre expuso el problema del hijo: una irrefrenable enuresis nocturna, es decir, que se orinaba en la cama. Cada noche tenía más episodios de enuresis. La situación se producía desde hacía algunos años y todas las soluciones intentadas hasta la fecha (tratamiento farmacológico, psicoterapias diversas, etc.) no habían surtido ningún efecto. El último diagnóstico que les habían dado era uno que describía al hijo como una persona con un sueño tan profundo que le impedía sentir el estímulo para orinar que le hubiera permitido despertarse e ir al baño. Pero, por lo que parecía, nada funcionaba para aligerar el sueño del joven o reducir su tendencia a la enuresis. Finalmente habían intentado una drástica reducción del aporte diario de líquidos, pero tampoco en este caso había cambiado algo, en el sentido en que, aunque reducía el volumen de orina expulsada por la noche, el fenómeno permanecía del todo invariable.

La curiosa dinámica relacional observada en este coloquio era la típica de un padre y su hijo en una especie de relación de amistad con actitudes de total y recíproca aceptación. En efecto, la

exposición del problema se había desarrollado con una alternancia democrática de declaraciones por parte de ambos, connotadas por expresiones de completo respeto a las diferentes interpretaciones del fenómeno.

Si no hubiese existido el problema de la enuresis, habría parecido una ideal interacción entre padre e hijo. Por desgracia, este problema había trastornado esta idílica situación convirtiéndose en el motivo principal del diálogo familiar.

Cuando preguntamos si existía alguna excepción al problema, es decir, cualquier situación en la cual éste no se presentase, la respuesta fue afirmativa; cada vez que el hijo, por diferentes motivos, se ausentaba de su casa (salidas escolares, fines de semana en casa de sus amigos, etc.) nunca se presentaba el problema, aunque él siempre llevaba consigo su ropa de cama (hule y sábanas de recambio).

Esto nos llevó a una hipótesis de intervención, la de transformar la condición de total aceptación del problema por parte de los padres en una situación en la que el problema se volviese insoportable, como en realidad quizás lo era, por la eventual vergüenza cada vez que el hijo dormía fuera de casa. Para ello, teníamos que transformar la situación en una pequeña tortura para todos los miembros de la familia. Prescribimos al padre y al hijo una indicación realmente pesada en cuanto a cansancio y esfuerzo, presentada, sin embargo, con una forma de investigación diagnóstica sobre el problema. Al padre le asignamos la tarea, que debía compartir con la madre, de efectuar una observación sistemática de los momentos sintomáticos. «Durante las próximas dos semanas, queremos que todas las noches despierte a su hijo cada hora para observar si ha sucedido el episodio de enuresis, de tal modo que pueda traernos la próxima vez una especie de análisis preciso de los acontecimientos.» El padre, casi incrédulo, replicó: «¡Pero esto significa que tendremos que despertarnos al menos ocho veces cada noche!» «¡Exacto! —le contesté—, pero no sólo usted, ha de despertarlo también a él, por si acaso tuviese necesidad, que pueda ir al baño.»

Los dos salieron asombrados de nuestra consulta, pero resignados a seguir aquella fastidiosa tarea.

Después de dos semanas, el padre y el hijo volvieron explicando que había sido verdaderamente una tortura para todos. Padre y madre se habían alternado cada noche en despertar al hijo, que a menudo se había resistido, pero los diligentes padres habían insistido. Me presentaron una especie de diagrama preciso del flujo de los episodios de enuresis, del que destacaba claramente que éstos se habían concentrado en el horario que iba desde las doce y media a las tres y media de la madrugada.

Después de felicitarles por el pesado trabajo efectuado, les dijimos que esto nos permitía focalizar las intervenciones al espacio real del tiempo de riesgo. «Sin embargo —añadimos—, para ser más rigurosos, tendréis que despertar a vuestro hijo cada media hora, desde las doce y media hasta las tres y media.» «¡Pero así tendremos que estar despiertos durante tres horas, porque no podremos volvernos a dormir!», rebatió el padre. «Pero tenéis que hacerlo por el objetivo que nos hemos propuesto y, por otro lado, se trata de solo dos semanas», fue nuestra respuesta.

Salieron los dos de nuestra consulta otra vez con cara de resignación.

En la entrevista siguiente, que se desarrolló tres semanas después por problemas de organización, participó también la madre, que nos dijo que habían ocurrido cosas extrañas. Primero, el hijo se enfadaba cada vez más cuando le despertaban por la noche, pero ellos habían seguido insistiendo en seguir fielmente la prescripción, también porque después de unos diez días habían observado que los episodios sintomáticos se habían reducido a sólo uno por noche; el hijo, rebelándose, había pedido que le despertasen sólo una vez porque se lo merecía. Los padres, sin embargo, habían continuado despertándolo más veces, como estaba prescrito. La cosa curiosa para ellos era el hecho de que en la última semana ya no se había presentado ningún episodio de enuresis y no eran capaces de explicarse el motivo. El hijo manifestaba cada vez

más fastidio y rebeldía por el comportamiento de los padres, hasta decirles que quería hacerlo él solo con un despertador bajo la almohada, pero éstos, no fiándose de que se despertara, habían insistido manteniendo su atribución con el hijo.

En este punto fue necesario explicar a toda la familia que la intervención que habíamos seguido se basaba justamente en hacer emerger en el hijo una reacción de rebeldía en relación con la «tortura terapéutica», de modo que hiciera salir sus recursos hasta ahora calmados por una atmósfera familiar complaciente y permisiva. Los tres miembros de la familia se miraron y echaron a reír, y cerramos la sesión prescribiendo a los padres que aceptaran la petición del hijo de arreglárselas él solo con el despertador bajo la almohada. Pero si reapareciese tan solo un episodio sintomático tendrían que volver a reactivar la «tortura terapéutica».

Después de un mes, el hijo se presentó solo a la entrevista siguiente diciendo que todo iba ya mejor porque la mayoría de las veces se había despertado, había notado la necesidad de ir a hacer pipí, había ido y luego se había vuelto a dormir. Otras veces se había despertado sin la necesidad por lo que se había vuelto a dormir tras apagar el despertador. En la última semana, además, había querido verificar qué pasaba sin el despertador y lo que le había encantado realmente era que todas las veces que había notado el estímulo del pipí se había despertado y había ido al baño. En consecuencia, daba el problema por resuelto.

Sin embargo, el joven afirmó que había venido solo porque quería afrontar, con nuestra ayuda, las dificultades que tenía con las personas de su misma edad, en especial con las del sexo opuesto. Quería estar solo en este nuevo proyecto porque se había dado cuenta de que sus padres, a pesar de ser buenas personas y dispuestas, no eran capaces de ayudarle, al estar demasiado comprometidos por el vínculo afectivo que existía con él.

Obviamente aceptamos su demanda y a los pocos meses el joven afrontó con éxito sus dificultades hasta tener su primera relación amorosa.

Éste es un ejemplo de que también dentro de la más envidiable relación padres-hijos puede estar presente la insidia de la patología, cuando el esquema de relación se vuelve rígido y se repite en el tiempo. Nuestra intervención no hizo más que transformar una anterior complementariedad patógena (la interacción familiar aquiescente y protectora) en una provisional simetría terapéutica, que empujó también al joven hacia la autonomía personal.

Eran un padre y dos hijos, casi de la misma edad, venidos de una ciudad del norte de Italia.

La madre había fallecido hacía algunos años, después de una agotadora agonía personal y familiar debida a una forma de tumor particularmente devastadora. Después del trágico evento, la familia se había reorganizado con el reparto de roles para gestionar las actividades diarias. El padre, propietario de una empresa, dedicaba mucho tiempo a los hijos, y en particular al chico, estudiante universitario, que requería a menudo su participación para preparar los exámenes y ocuparse del coche, de la moto y de sus relaciones con las chicas, con las que parecía más bien poco hábil.

La hija, en cambio, había terminado sus estudios licenciándose en derecho y trabajaba de pasante en un despacho notarial.

Además de esto, había asumido todas las competencias familiares típicas del papel de la mujer, aunque el padre la ayudaba a llevar la casa. La joven, a pesar de estar prometida desde hacía algunos años, había retrasado voluntariamente su matrimonio para estar cerca de su padre y de su hermano. Por esto, su padre le había comprado una casa junto a la de la familia, que estaban reformando con vistas a su matrimonio.

El problema por el cual habían venido a pedir ayuda había surgido en los últimos meses, en los que el hijo había manifestado un notorio y preocupante cambio. Había comenzado a usar sustancias estupefacientes junto con algunos amigos en la discoteca. Siempre con este grupo, había empezado a hacer bravuconadas, como disparatadas carreras automovilísticas nocturnas, malgastar

dinero y actos de microviolencia urbana, entre los cuales un intento de estupro por suerte fallido.

El padre y la hermana, que habían notado los cambios en el joven pero infravalorado la situación, como ocurre a menudo en las familias, fueron avisados por las fuerzas del orden locales, justamente a causa de la denuncia efectuada por la joven que el grupo había intentado forzar.

Como el lector puede imaginar, el padre y la hermana se quedaron muy preocupados. Con su estilo mórbido, intentaron hablar con el joven haciendo hincapié en el afecto y en la razón, pero éste asumía una actitud de rechazo en sus relaciones tratándoles de pusilánimes, de personas «sin pelotas». Mientras más intentaban tener con él un diálogo razonable, más les agredía el chico violentamente cubriéndoles de injurias y amenazas.

En su casa había tomado posesión efectiva de algunas habitaciones, que cerraba con llave, diciendo que quería tener sus cosas sin ninguna intromisión familiar. Había dejado de ir a la universidad y pasaba el día vagabundeando, frecuentando discotecas, en correrías con los amigos, cambiando a menudo la noche por el día.

Durante nuestra entrevista, el hijo se había sentado entre el padre y la hermana, sonriendo maliciosamente, casi complacido, con la descripción que ambos hacían de la situación.

Ya que nos parecía extraño, preguntamos cómo había sido posible convencerlo a que viniese hasta nosotros, considerados todos sus anteriores rechazos y amenazas relativas a los intentos por hacerlo razonar. La hermana respondió que había acudido porque su padre le había prometido una recompensa en metálico.

Estaba claro que entre el hijo y la familia se había establecido una dinámica en que los intentos de solución, en lugar de reducir los comportamientos indeseados del hijo, habían acabado por alimentarlos. En particular, como es normal en estas situaciones, observamos una complementariedad entre la actitud mórbida y racional de unos y la posición dura y rígida del otro. Estas situa-

ciones pueden degenerar en la violencia de un hijo sobre el resto de la familia y llegar, a veces, como las crónicas de sucesos nos informan, a extremos trágicos.

Nuestra intervención tenía que enfocarse, antes que nada, en constituir una dinámica de signo contrario a la observada. En otras palabras, teníamos que interrumpir el círculo vicioso de la complementariedad patógena entre las acciones del joven y las de sus familiares. Para obtener este resultado, sin embargo, era indispensable provocar un cambio concreto en la comunicación y en la relación entre los tres.

En este sentido comenzamos a hacer una serie de preguntas provocativas al joven rebelde, que primero se negó a responder, pero después comenzó a responder de forma maleducada y amenazadora. El padre, que era una persona amable y de buenas maneras, intervino instándole a ser más educado y respetuoso con nosotros, a lo que el joven reaccionó bruscamente ofendiéndolo y, sacándose de la boca el chicle que masticaba, lo aplastó provocativamente en el brazo del sillón en que estaba sentado. En aquel momento el padre tuvo una reacción hasta ahora imprevista por todos ellos. Se levantó y le soltó una bofetada obligándole a recoger el chicle y a pedirnos disculpas por su comportamiento descortés. El joven, con la mirada atónita y la cara enrojecida, se disculpó inmediatamente, desenganchó el chicle del brazo del sillón y lo tiró a la papelera. Después se quedó sentado correctamente. El padre, por su parte, se disculpó por su irracional reacción.

Apenas restablecida la calma, hicimos notar al padre que su gesto «irracional» había conseguido, por primera vez en los últimos meses, una reacción racional en el hijo. El hombre nos miró asombrado diciendo: «¿Quiere decir que he hecho bien en pegarle y que quizás debería haberlo hecho antes?».

No pretendíamos, le explicamos, que hubiera debido ser o convertirse en un padre violento que llena de golpes al hijo para corregirlo de sus comportamientos indeseados. Sin embargo, en su situación, nos parecía necesario reestablecer una sana jerarquía familiar

y, sobre todo, impedir que el hijo fuera un déspota y el verdugo de la familia. Por eso nos había parecido un hecho positivo que, gracias a una indeseada pérdida de control, hubiese hecho notar a su hijo que ya no tenía en cuenta sus amenazas, que ya no estaba dispuesto a soportar sus abusos y que era capaz de proteger a la familia de su eventual violencia.

«Pero, ¿cómo?, ¿yo he hecho todo esto con una simple bofetada?», dijo sorprendido el padre.

«Usted hoy ha puesto la primera e importante piedra miliar de este nuevo camino para la relación con su hijo», explicamos. «Pero tendrá que hacer mucho más y podrá hacerlo sin violencia, aunque con firmeza y determinación. Apenas llegue a casa esta tarde, haga que su hijo reabra las habitaciones de las que ha tomado posesión y, juntos, límpienlas de todo aquello que representa lo que él ha montado estos meses. Haga que le devuelva las llaves del coche y de la moto, ya que, de ahora en adelante, deberá ganarse estos privilegios, volviendo a comportarse bien y asistiendo de nuevo a la universidad o bien empezando a trabajar.»

Lo que puede parecer curioso al lector, pero no sorprende en absoluto al que está acostumbrado a tratar con jóvenes de este tipo, fue que, durante el intercambio de opiniones con el padre, él permaneció atónito, completamente trastocado del repentino cambio de la situación.

La familia volvió a visitarnos después de un mes explicando que la situación se había restablecido por completo. En aquella ocasión preguntamos al hijo qué pensaba en función de todo lo que había pasado. El joven explicó que ahora se había reencontrado después de perderse y que estaba impresionado de verdad de lo que había ocurrido durante nuestra entrevista anterior. Dijo que nunca habría imaginado, antes, que su padre pudiese ser una persona tan decidida y capaz de hacerse respetar y que aquello había cambiado de golpe su manera de ver las cosas. Los amigos con los que había compartido correrías y «alucinaciones», ya no le parecían «héroes» a los que les gustan las cosas escalofriantes,

sino personas frágiles a la búsqueda de sí mismas, náufragos en una realidad juvenil confusa. Estaba agradecido a su padre y a su hermana, considerando que, después de la pérdida de su madre, lo habían hecho todo por él y no le habían permitido perderse en alocadas situaciones en las que había ido a caer.

Esta historia, con su aspecto dramático y su desarrollo casi teatral, representa para nosotros un extraordinario ejemplo de que, a veces, para cambiar una situación patógena es necesaria una «experiencia emocional correctiva», la cual, casi como por magia, trastoca el anterior equilibrio disfuncional de un modelo de relación, abriendo la puerta al cambio terapéutico. Cuando se trabaja con la familia y los adolescentes, a menudo los rituales de paso, habitualmente menos espectaculares que el descrito, desempeñan un papel fundamental.

Por otro lado, maestros de la terapia familiar como Don Jackson, Virginia Satir, Salvador Minuchin y Cloé Madanes, por citar los mejores, han demostrado desde hace años que intervenciones terapéuticas tendentes a provocar situaciones de fuerte carga emocional son eficaces para desbloquear situaciones patológicas en el interior de las dinámicas familiares.

Nos parece importante puntualizar que, en este caso, para resolver la situación, fue fundamental, en primer lugar, derribar la interacción entre el padre y el hijo. Es decir, hacer evolucionar una complementariedad malsana hacia una sana simetría basada en la autoridad del líder de la familia.

La antigua sabiduría define todo esto como «sacudir la hierba para hacer huir a las serpientes».

MODELO SACRIFICANTE

Cómo se forma

En este tipo de parejas, habitualmente uno de los puntos clave de su visión del mundo es el sacrificio, considerado como el comportamiento más idóneo para hacerse aceptar por el otro y para mantener estable una relación. El resultado es la falta de satisfacción de los deseos personales y la continuada condescendencia con las necesidades y con los deseos de los demás. Desde los inicios de la pareja se configuran tres salidas posibles:

- La pareja se ajusta en una relación complementaria con una aparente posición de inferioridad del componente que se sacrifica, el «altruista», y una aparente superioridad del otro, el «egoísta», que disfruta de los beneficios derivados del sacrificio del otro. Decimos aparente porque la carta del sacrificio puede jugarse también para dominar la relación.
- Se inicia una competición para ver quién se sacrifica más con vistas a objetivos externos (casarse, comprarse una casa); cada ocasión es un motivo de renuncia a vivir un placer presente con la coartada de aumentar un disfrute futuro.
- La parte objeto de sacrificio no se siente cómoda, evitando la resistencia del «mártir» que crea para él ocasiones de satisfacción, poco a poco lo habitúa a recibir, inicia así una alternancia funcional recíproca de dones y regalos que tiene su feliz resultado en el bienestar.

En los dos primeros casos empieza a consolidarse un modelo de relaciones familiares cuya estabilidad se debe a la constante repetición del comportamiento sacrificante, puesto en acción de forma indiscriminada en cada situación en la que se presenta un problema o es necesario superar una dificultad, ya sea en la relación de pareja o en relación con los hijos.

Modalidades comunicativas

En las familias en las que la modalidad de relación que prevalece es el sacrificio, se notan usualmente las siguientes redundancias comunicativas.

El contenido de los discursos gira siempre en torno a la idea central de que el deber de los padres es el de sacrificarse. El placer mayor es el placer de los hijos, del cónyuge, de los padres propios, de los parientes, amigos y no el propio. Parece que el asunto sea «ya se sabe que la vida es principalmente una cadena continua de obligaciones».

Las palabras «sacrificio» y «deber» son los términos más recurrentes, aquellos que confieren la impronta determinante de la filosofía de vida.

Sin embargo, muchos discursos hacen referencia también a la desilusión experimentada por el inexistente aprecio de las privaciones y renunciadas a favor del bien común.

Pero a menudo el incomprendido persevera en su comportamiento, con declaraciones explícitas del tipo «tú no entiendes mi sacrificio, si no me sacrificase yo...», etc., o bien asume silenciosamente actitudes de víctima.

Otros mensajes acaban de construir la visión del mundo sacrificante (que presenta aspectos depresivos). Se critican los comportamientos de aquellos padres que buscan el placer y que «descuidan a los hijos». Además, puede estar presente la idea de que el dejarse guiar hacia el placer traerá, muy probablemente, la desgracia. A veces, surge también una concepción de origen religioso del placer como transgresión que prevé un castigo.

Argumentos frecuentes de la comunicación tratan sobre la satisfacción ajena, sobre los propios dolores físicos y morales, sobre la ingratitud, la enfermedad, los sepelios, los muertos, las separaciones y, cuando la visión se extiende, aparecen incidentes, problemas ecológicos, guerras y epidemias.

Normalmente, los hijos intentan que los padres acepten su

diferente visión del mundo y de la vida, y les exhortan a divertirse más, a salir, a viajar, pero los padres responden que si los hijos quieren seguir vestidos a la moda, continuar sus estudios, tener su propio coche, etc., ellos tienen que continuar sacrificándose y dejar de hacer muchas cosas.

Relaciones

En las relaciones se presentan unos comportamientos que en otro lugar uno de los autores (Nardone, 1998) ha definido como «egoísmo insano» y «altruismo insano». «El comportamiento altruista, de hecho —como Elster (1979) resalta—, conduce a la construcción de interacciones sociales que se basan en la realidad de algunos que dan y otros que cogen, pero el altruista necesita egoístas insanos que cojan lo que él les da.»

Las relaciones son a menudo asimétricas y el que se sacrifica, aunque en apariencia humilde y sometido, está en una posición de hierro, porque a través de sus renunciadas obtiene una posición de superioridad, haciendo que los demás se sientan siempre culpables o en deuda. Esto crea un juego familiar que se fundamenta en un sistema de débitos y créditos con deslizamientos hacia el lado del chantaje moral.

La relación con los hijos se basa a menudo en el altruismo insano por el que los padres dan sin que se les pida; si su sacrificio no es apreciado se lamentan, se enfadan y tachan a los hijos de desagradecidos, o bien imponen inquietantes silencios; se quedan asombrados si alguien les dice que aprendan a recibir, que no se dejen ver y que den solamente cuando se les pida de forma expresa haciendo de este modo que su sacrificio sea reconocido y apreciado, porque esta posición va en contra de sus vivencias. A veces, estas personas pueden entender racionalmente lo que sería justo y razonable, pero emocionalmente permanecen clavadas en su repertorio usual de comportamiento.

Las reglas

En este caso hay que distinguir obligatoriamente las reglas que gobiernan el comportamiento de los padres y las de los hijos, porque son especulares.

LAS REGLAS DE LOS PADRES

1.^a regla: En la vida hay que sacrificarse por los demás y hacer lo que les gusta a los demás, para disfrutar de su placer o, sencillamente, para sentirse amados y aceptados.

2.^a regla: El placer es una experiencia que no hay que buscar, solamente el placer de dar a los demás es legítimo.

3.^a regla: Los padres, o uno solo de los dos, son la columna en la que descansa la familia y asumen sobre sí todo lo que incumbe a la vida diaria de la familia.

4.^a regla: Aquel padre que es exonerado de cualquier incumbencia familiar orienta todas sus energías en el trabajo. Sólo en algunos casos extremos puede no comprometerse en todos los frentes y convertirse en una especie de príncipe consorte.

5.^a regla: Los padres tienen la expectativa de que los hijos les recompensarán por todo lo que han estado haciendo por ellos, sea teniendo éxito en la vida u obteniendo todo aquello que ellos no han podido tener.

LAS REGLAS DE LOS HIJOS

1.^a regla: Es un deber de los padres dar a los hijos lo que necesitan o, por el contrario, es un deber del hijo satisfacer a los padres.

2.^a regla: Los padres tienen la obligación de mantenerlos sin límite de tiempo o, por el contrario, es un deber del hijo trabajar además de estudiar y contribuir al presupuesto familiar.

3.^a regla: En la vida hay quien se sacrifica y quien de esto saca beneficios.

¿Qué significados emergen?

- Si eres altruista los demás te aceptan pero te explotan.
- Cada sacrificio merece reconocimiento, aprobación y recompensa.
- El sacrificio no reconocido genera desilusión, resentimiento, descontento y la idea de que no se ha hecho suficiente.
- El placer es una experiencia que a menudo no puede permitirse.
- Cada uno es libre de elegir los espacios, formas y momentos del sacrificio.
- Los hijos, tanto varones como mujeres, son empujados a sacrificarse para conseguir el éxito.
- Todos los recursos de la familia están a disposición de los hijos, a fin de que tengan la posibilidad de destacarse.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

Los hijos, sobre todo los varones, son exonerados de cualquier tarea doméstica, son satisfechos en todas sus exigencias y difícilmente se les niega la moto, el móvil, el ordenador, la ropa de marca, las vacaciones en Inglaterra, etc., aunque esto cueste auténticos sacrificios. Los hijos han de sentirse iguales a los demás o tener, incluso, mayores oportunidades.

Los hijos se muestran poco entusiastas, descontentos, parecen apreciar poco todo este bienestar y más bien suelen detestar el modelo que proponen sus padres. A veces, incluso, desarrollan actitudes y comportamientos de rechazo o de violencia en la relación con sus padres. Este boicot no sólo reduce la tendencia, sino que la amplifica.

En efecto, el sacrificio no aprobado genera un esfuerzo mayor para sostener el sacrificio mismo.

En un sistema sacrificante los padres se lamentan de su vida

pero no toman ninguna iniciativa práctica para mejorarla. Emplean casi todas las energías en satisfacer las necesidades de la familia. Los comportamientos de renuncia son numerosos: no van al cine, al teatro, al gimnasio o de vacaciones. Es muy rara su participación en eventos de vida social, amistades, grupos culturales y políticos; la única excepción es el frecuentar grupos religiosos.

El marido puede estar poco implicado en lo que sucede en la familia, porque se sacrifica en el ámbito laboral o porque para huir del clima familiar poco alegre se busca distracciones e implicaciones en otros contextos. En algunos casos (especialmente si la mujer desarrolla síntomas físicos o formas de hipocondría) llega a parecerse mucho a la mujer.

Se observan también hijos que aceptan el modelo sacrificante y prefieren dedicar su propio tiempo más a los estudios que a la diversión. Éstos habitualmente ayudan a sus padres en todo y por todo, sacrificando su propio tiempo libre para hacer algo útil para la familia.

Algunos autores opinan que este sistema familiar «ya no está de moda», en contraste con todos los mensajes de la sociedad actual que empujan al hedonismo, al consumismo y al placer. Sin embargo, estos autores no consideran que esta organización familiar tiende, de todas formas, a garantizar a los adolescentes la adecuación a los estándares medios de sus coetáneos porque los padres quieren que el hijo tenga todo aquello que los demás tienen: vestidos, distracciones y *status symbol*.

La atmósfera que se respira en estas familias no es ciertamente alegre, está cargada de ansiedad y de preocupaciones, por lo que el adolescente tiende a rehuirla y a buscar refugio en las amistades, en el colegio o en el deporte; por desgracia, a veces en otras cosas. En nuestro trabajo hemos observado tres tendencias usuales en los hijos de estas familias:

1.º caso: La inserción en el mundo exterior presenta dificultades y obstáculos, porque el joven hiperprotegido no está acos-

tumbrado a las frustraciones y a los rechazos, que dan lugar a un regreso a la familia; el consecuente rechazo de los contactos con el exterior y el completo recogimiento sobre sí mismo puede llevar al trastorno de evitación social o a formas de patología psíquica más agudas, como las crisis psicóticas, trastornos de la alimentación y fobias.

2.º caso: Se encuentran dificultades de inserción pero se está dispuesto a todo con tal de no volver a respirar la sofocante atmósfera familiar. Se podrán buscar, entonces, contextos cuya inserción no se debe a capacidades propias sino por adhesión a comportamientos de grupo (ultras, nazis, *skins*, salas de juegos, bandas) donde será fácil encontrar ocasiones para desviarse. En este caso, el adolescente se vuelve a menudo violento, sobre todo en familia. Los padres son las víctimas designadas. Por desgracia, a veces, esto llega a ser un auténtico equilibrio familiar, hasta que ocurre algo grave.

3.º caso: El modelo de vida que se basa en el sacrificio es adoptado plenamente por el hijo. Esto puede llevar al adolescente a alcanzar objetivos importantes en su trabajo. Sin embargo, cuando el éxito profesional no llega, esta adhesión es el fundamento de crisis depresivas o trastornos anoréxicos. Los trastornos anoréxicos golpean sobre todo a las chicas, mientras que los depresivos son más frecuentes entre los varones.

Relatos

Acudieron a nosotros unos padres muy humildes, que entraron en nuestro estudio como si se estuviesen presentando a un proceso abierto contra ellos por un inquisidor. Se sentaron y nos expusieron su caso: tenían una hija de veintidós años que les agredía constantemente, verbal y físicamente, acusándoles de ser los culpables de todos sus problemas. Desde hacía algunos años, la hija había desarrollado un miedo irrefrenable a relacionarse con

la gente de su edad, porque se sentía siempre juzgada y, como se sentía desagradable, prefería evitar el contacto con los demás. De esto les culpaba a ellos, agrediendoles diariamente. En particular, la tomaba con la madre, que intentaba consolarla pero que, a cambio, sólo recibía continuas acusaciones, injurias y golpes. Se habían decidido a venir a pedirnos ayuda porque, después de varios intentos terapéuticos sin éxito, estaban realmente desesperados.

Al pedirles que nos describieran mejor el problema, nos explicaron que esta hija, que había llegado tras otras dos, era la persona sobre quien toda la familia había invertido más, ya que era la que tenía más facilidad para los estudios, mientras que sus dos hermanas mayores, ya fuera de casa, trabajaban una como dependiente y la otra como obrera, y estaban felizmente casadas. La hija había tenido siempre problemas con los de su edad; salía a menudo con alguien pero enseguida rompía repentinamente con auténticas crisis que se alargaban mucho tiempo. Durante estas crisis agredía constantemente a sus padres acusándoles de ser incapaces de ayudarla, pero sobre todo de haberla traído al mundo.

Preguntamos qué habían hecho ellos, como padres, para intentar ayudarla; por respuesta nos esbozaron un cuadro casi total de sacrificio familiar. Ambos trabajaban como operarios en una fábrica de cemento. La suma de los dos salarios era igual a la de un salario medio y, no obstante, permitían a su hija un estándar de vida francamente elevado, igual al de los hijos de profesionales destacados.

La hija tenía un coche propio, vestidos de marca, una habitación alquilada para ir a la universidad y dinero en abundancia. Los padres, además de trabajar en la fábrica de cemento, hacían otros trabajitos para redondear el sueldo y poder garantizar a su hija un estándar de vida igual al de sus amigos. A pesar de esto, la hija les acusaba continuamente de ser unos pobres muertos de hambre sin estilo. Cuando les preguntamos cuál sería el objetivo que una vez alcanzado pudieran decir «gracias, hemos resuelto el proble-

ma», nos contestaron sencillamente «que ella nos manifieste el afecto que nunca nos ha mostrado». En este punto preguntamos a los padres si estarían dispuestos a hacer cualquier cosa por resolver la situación. Respondieron que seguirían cualquier indicación nuestra.

Les prescribimos que asumieran lo que nosotros llamamos la posición de quien dice «lo siento, pero no puedo», interrumpir inmediatamente cualquier tipo de sacrificio. O aún mejor, utilizando su lenguaje y su lógica, les dijimos que se sacrificaran otra vez evitando sacrificarse para ayudarla, porque de otro modo empeoraría: usamos su sentido del sacrificio colocándolo en contra su sentido de sacrificio. De este modo los padres aceptaron la indicación. Les explicamos que tendrían que excusarse con su hija por su debilidad. Después de dos semanas, los padres nos dijeron que habían seguido las indicaciones al pie de la letra, declarando a su hija su incapacidad de seguir sacrificándose para poder garantizarle su estándar de vida, igual al del grupo de amigos que frecuentaba. Al principio la hija les agredió enfurecida, incluso golpeó a su madre, que, como de costumbre, evitó contárselo al padre; pero después de aquel incidente, comenzó a ser más respetuosa en sus relaciones. Incluso unos pocos días antes les había dicho «si me necesitáis, contad conmigo», lo que parecía una especie de milagro. A la pregunta de si todavía les agredía, respondieron que no había vuelto a suceder, pero que temían que volviera a pasar; sin embargo, veían a su hija menos tensa y nerviosa de lo habitual. Les pedimos que llevaron a cabo el siguiente paso de nuestro protocolo terapéutico. «Todos los días, de aquí a la próxima sesión, pregúntense los dos “¿qué podemos hacer que sea diferente de lo que normalmente hacemos, como si el problema con nuestra hija ya no existiese?”».⁶ Replicaron que esto no iba a ser una tarea fácil, ya que el problema persistía, aunque había mejorado. Les dijimos

6. Técnica del «como si» (Watzlawick, Nardone, 1997).

que tenían que ser diligentes y tener paciencia. Después de tres semanas el matrimonio volvió explicando que, de forma extraña, la muchacha había empezado a preocuparse: había ayudado a su madre en las tareas domésticas, se había quejado menos en casa y, sobre todo, les había agredido mucho menos.

Sobre este pequeño paso propusimos a la madre, de acuerdo con la hermana mayor –manteniendo, sin embargo, el equilibrio anterior–, que empezara, cada día, a hacer pequeñas descalificaciones en relación con su hija menor. Estas descalificaciones tenían que ser afirmaciones del tipo «discúlpanos, hemos intentado hacerlo todo por ti, pero nos hemos dado cuenta de que ahora no somos capaces de hacerlo». Después de algunas semanas, los diligentes y obedientes padres explicaron que había sucedido algo muy extraño: la hija había comenzado a ayudarles en las tareas de casa, estudiaba y, sobre todo, había abandonado toda forma de agresión en sus relaciones. Los padres, profundamente sorprendidos, pensaban que habían sido objeto de un encantamiento; pero les explicamos que aquello era sencillamente el resultado de su cambio de actitud y comportamiento, ya que hasta ahora habían secundado cada petición de la hija, para después ser puntualmente agredidos. En el momento en el que habían empezado a declarar su impotencia, la hija ya no podía agredirles, sino tan sólo preocuparse por permanecer en el estándar de sus amigos.

Les dijimos que todo lo que había sucedido hasta aquí había sido mérito de su capacidad de seguir al pie de la letra la pesada y difícil tarea que les habíamos asignado y que, sobre la base de este óptimo resultado, estábamos seguros de que podían dar unos pasos hacia delante. Así que les pedimos que continuaran con una especie de declaraciones de impotencia en las relaciones con su hija; decirle: «Tienes que perdonarnos, pero por desgracia ya somos viejos y tememos que de un momento a otro uno de los dos se derrumbe. Te pedimos que nos permitas renunciar a algunas de nuestras tareas porque ya no podemos más. No podemos aguantar más trabajos después de nuestro trabajo; por tanto, te pedimos

disculpas por no poder garantizarte todo aquello que te hemos dado hasta ahora».

Los padres, con su habitual humildad, aceptaron de buen grado. Después de algunas semanas volvieron y, con una expresión de felicidad, nos explicaron que su hija había reaccionado así: «No tenéis que preocuparos porque puedo encontrar un trabajo de media jornada, ya habéis hecho demasiado por mí». Nos explicaron, además, que su hija estaba estudiando con regularidad, salía con sus amigos y que no les agredía por sus incapacidades. Les felicitamos una vez más por haber logrado seguir nuestras indicaciones, que únicamente tenían que continuar, para evitar volver sobre sus pasos.

Después de cerca de un mes los padres se presentaron, esta vez con su hija, que había pedido expresamente una ayuda psicológica para superar algunos problemas que tenía en sus relaciones con los demás. Obviamente aceptamos la solicitud y empezamos a tratar el problema de la hija, que era lo que hoy está de moda en llamar «fobia social», o sea, una especie de fijación a ser rechazada por todos los demás, a pesar de ser una chica realmente atractiva e inteligente.

El tratamiento se llevó a cabo con éxito, según el protocolo usual puesto a punto por nosotros para este tipo de patología.

Lo que nos importa destacar es que, desde entonces, los padres no sólo ya no recibieron ningún tipo de agresión por parte de su hija, sino que incluso ella reconoció sus méritos y les dispensó atenciones que nunca habían soñado poder recibir.

Creemos que la contribución más importante a la curación de la hija fue justamente el abandono, por parte de sus padres, de aquella actitud sacrificante que siempre habían adoptado con ella, colocándola con las mejores intenciones en las peores condiciones. O sea, en el papel de tener que responder obligatoriamente a aquellos sacrificios con resultados en la vida capaces de justificar el esfuerzo de sus padres. En el momento en que los padres abandonaron el guión del sacrificio, dieron a su hija, final-

mente, la responsabilidad de realizar su presente y su futuro, liberándola del peso de su sacrificio. Esto hizo que la hija se diera cuenta de las dificultades propias y, no por ellos sino por sí misma, pidiera ayuda, con el resultado después de conseguir satisfacer las expectativas de sus padres sin hacerlo directamente por ellos, sino por sí misma.

Esta historia representa una situación ejemplar de cómo una actitud familiar sacrificante puede no sólo desfavorecer la realización personal del hijo, sino también inhibir completamente su capacidad. Y esto también ocurre en el caso de que sea el hijo mismo el que pide tales sacrificios.

Un psiquiatra se dirigió a nuestro centro para ser admitido en el curso de formación de Terapia Breve Estratégica: durante la entrevista de admisión surgieron algunos problemas personales importantes, por lo que no fue admitido en el Escuela. Después de este rechazo, volvió para afrontar y resolver sus dificultades.

En la sesión terapéutica el psiquiatra presentó de forma clara y concreta cuál era el problema de fondo que lo llevaba a ser inestable psicológicamente: se creía víctima de una relación morbosa con su madre que le tiranizaba a través de un particular «chantaje morab».

Siempre que pasaba unas pocas horas sin tener noticias de su hijo, la madre se emborrachaba, diciendo que lo hacía para calmar la ansiedad y la preocupación. Si, por el contrario, podía oír y ver a su hijo, su comportamiento era equilibrado. Esta relación patógena de la madre se daba también cada vez que el psiquiatra le decía que tenía novia. Cuando se encontraba en compañía de una mujer, su madre le telefoneaba llorando y con unas crisis depresivas que acababan en unas buenas borracheras. Sin embargo, el médico no conseguía tener el móvil desconectado, porque temía la reacción virulenta de su madre; así, ella podía localizarle más veces al día durante cualquier actividad. La situación había alcanzado niveles casi increíbles, considerada la edad, ya no joven, de

la persona y su profesión. Aún vivía con sus padres y, por miedo a la reacción de la madre, nunca había pasado una noche fuera de su casa, ni había salido de vacaciones, ni llevado una mujer a su casa. Tenía una relación amorosa que mantenía en secreto. De esta narración se deducía que el psiquiatra estaba implicado en una relación clásica «víctima-verdugo», dentro de la cual lo que mantiene la situación es un vínculo que se basa en una complicidad que se sostiene por las tentativas disfuncionales de no hacer empeorar las cosas. De este modo, él confirmaba a su madre la eficacia de sus acciones de control mediante el «chantaje moral» de las crisis depresivas y alcohólicas. Después de haber negociado las reglas terapéuticas, que el psiquiatra interesado en el aprendizaje de nuestro modelo terapéutico ya conocía bien, le prescribimos una maniobra tendente a dar la vuelta al mecanismo de comunicación patógeno entre madre e hijo:

«De aquí a la semana próxima, cada día deberás anticiparte a tu madre en las llamadas telefónicas, es decir, tendrás que llamarla tú a ella. Para ser exactos, tendrás que hacerlo 10 veces al día, más o menos cada hora, y tendrás que decirle: 'Mamá, ¿estás bien? Sabes, estaba muy preocupado por ti'. Después, una vez recibida la respuesta, te despides y haces lo mismo una hora más tarde.»

El psiquiatra, sorprendido y divertido por la idea, aceptó la invitación. En la semana siguiente nos explicó que su madre, primero, le había tranquilizado diciendo que estaba bien y después, gradualmente, había empezado a decirle que la dejara, hasta enfadarse por sus llamadas demasiado frecuentes. Durante aquellos días la madre no había manifestado crisis de ningún tipo, sino que más bien había procurado decirle al hijo que no se preocupara por ella y que se ocupara más de sí mismo y de su trabajo, ya que lo veía algo estresado. La terapia continuó con un juego al alza de las llamadas, no 10 sino 15 al día, con la misma fórmula. El efecto fue que la madre comenzó a insistir en que el hijo se cuidase de sí mismo y dejase de preocuparse por ella, incluso que se tomase unas vacaciones para relajarse. Pero él recibió instrucciones de

insistir con las llamadas telefónicas, empezando muy pronto por la mañana y acabando muy tarde por las noches. Después de un mes de tratamiento se observó que la madre no había vuelto a beber ni a tener crisis depresivas, ni le había chantajeado. Al contrario, se había vuelto muy atenta y buena con él, invitándole repetidamente a cuidarse de sí mismo, sugiriendo incluso que quizá necesitaba una relación amorosa para sentirse mejor y no preocuparse tanto por ella.

En este punto, programamos su primera noche fuera de casa en ocasión de un congreso. La madre no sólo no tuvo ninguna crisis sino que manifestó abiertamente su satisfacción por la capacidad del hijo en afrontar su primera noche fuera de casa.

De aquí en adelante la terapia continuó con un incremento constante de salidas fuera de casa, incluso prescritas por su misma madre, y con una reducción gradual de las llamadas telefónicas. El final terapéutico fue la declaración del hijo a la madre de su relación amorosa, presentándola, sin embargo, como una conquista reciente. La madre manifestó una gran satisfacción por todo aquello, quizás creyéndose artífice de los resultados. Nunca había sabido ser tratada de forma indirecta. «Arrojar el ladrillo para obtener el jade» y no «arrojar el jade para obtener el ladrillo» como había hecho anteriormente durante muchos años el joven psiquiatra.

MODELO INTERMITENTE

El modelo de relación entre padres e hijos que definimos como intermitente lo representan aquel tipo de situaciones dentro de las cuales las interacciones entre adultos y jóvenes están cambiando continuamente, es decir, las posiciones que asumen los miembros de la familia, los comportamientos recíprocos, en lugar de ser cohe-

rentes respecto a un modelo, como sucedía en los casos descritos anteriormente, están connotados por una ambivalencia constante. Por ejemplo, el padre puede alternar posiciones de hiperprotección seguidas de conductas democrático-permisivas, para después asumir el papel de víctima sacrificante. Toda la secuencia sin claros o aparentes motivos para tales cambios. Lo mismo vale, naturalmente, para los hijos, que mediante este modelo tienen constantemente en jaque a sus padres.

Aun cuando pueda parecer extraño, este modelo de relaciones familiares es más bien frecuente. También porque en una sociedad en constante evolución es casi natural intentar siempre nuevas estrategias, como si la propuesta en último lugar tuviese que ser siempre la mejor. Por lo demás, en un mundo de comunicación de masas que aporta continuamente nuevas soluciones a viejos problemas, resulta fácil estar confusos e inseguros de la validez de las propias posiciones y acciones.

Modalidades comunicativas y relaciones

En las interacciones cotidianas, los padres pueden pasar de posiciones rígidas a posiciones mórbidas, de posiciones que revalorizan a posiciones que descalifican, en sus relaciones con los hijos.

Por otro lado, los hijos envían continuamente mensajes contradictorios a sus padres, en algunas ocasiones son obedientes y colaboradores, y en otras rebeldes y opuestos. Una vez parecen capaces de asumir responsabilidades y otra completamente irresponsables. Este tipo de condiciones en las relaciones entre padres e hijos se observa cuando unos u otros manifiestan una fuerte incapacidad en mantener una determinada posición, incapacidad típica de las personas que se someten a sí mismas y a los demás a una continua revisión crítica hasta el punto de convertirse en naufragos en el mar de sus propias dudas sin ningún puerto seguro.

También en este caso lo que normalmente es una buena predisposición humana, es decir, la capacidad crítica en valorar posiciones y acciones, se convierte en algo patógeno cuando se exaspera.

Las reglas

1.ª regla: La duda ante todo.

2.ª regla: Someter toda acción propia a la autocrítica apenas surge la sospecha de que no es eficaz.

3.ª regla: Para prevenir daños mayores es bueno bajar los compromisos.

4.ª regla: No hay reglas fijas: la regla es objeto de revisiones continuas.

¿Qué significados emergen?

- Ninguna posición se mantiene de forma determinada.
- Nada es válido y tranquilizador.
- Se vive con el lema del compromiso y de la revisión de las propias posiciones.
- La constante es el cambio continuo.
- Ausencia de puntos de referencia y bases seguras.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

Las personas que han desarrollado este sistema de comunicación presentan habitualmente la característica de afrontar las situaciones problemáticas aplicando una estrategia sin mantenerla en el tiempo, haciendo así ineficaz cualquier intento de solución de los problemas, no porque la estrategia adoptada sea equivocada, sino por la prisa en ver resultados o por la duda de que la estra-

tegia escogida sea la idónea, sin darle el tiempo y la oportunidad de demostrarse eficaz.

Metafóricamente estas personas son como el que se ha perdido en el bosque y para salir toma primero una dirección, luego, asaltado por la duda de estar equivocado, da marcha atrás, pero sigue sin ver el camino de salida y cambia nuevamente de sentido, y así sucesivamente hasta dar vueltas continuamente sobre sí mismo y perderse trágicamente. Un ejemplo concreto lo representa el comportamiento asumido por los padres en sus relaciones con el hijo rebelde y vagabundo que rechaza cualquier tipo de indicación correctiva. Habitualmente, los padres primero intentan intervenir con sermones y argumentos que se basan en la racionalidad de sus posiciones y la irracionalidad del hijo; esto tiene el efecto del agua sobre el impermeable. A este intento fallido, le sigue una estrategia basada en la dureza, en restricciones y actitudes de castigo: el padre no le deja el coche, la madre no le da más dinero extra a su paga semanal. Entonces el hijo se rebela y amenaza ir a buscar el dinero a otra parte y usar el coche de la novia o de los amigos. Los padres se asustan y caen en el chantaje, se rinden y le dejan otra vez el coche y el dinero. De esta forma no sólo no producen ningún efecto, sino que incluso refuerzan la condición patógena porque el hijo habrá obtenido la prueba final del poder sobre ellos. Los padres a menudo reaccionan pensando que quizás deben valorar más al hijo, aunque éste no ha demostrado gran cosa para ser revalorizado. Por desgracia, ésta es también la sugerencia más frecuente dada por «especialistas» que a nuestro parecer ofrecen indicaciones más ideológicas que terapéuticas. En el intento de revalorizar al hijo se ofrecerán posteriores privilegios y oportunidades; por ejemplo, recuperar sus estudios en escuelas privadas o hacer un trabajo que le gusta basándose en la inversión económica y laboral por parte de los padres, con la esperanza de que haga florecer en el hijo buenas intenciones. Esta estrategia es, en la mayoría de los casos, desastrosa, porque las inversiones económicas y los esfuerzos se pierden y el hijo continua manteniendo su habi-

tual actitud insolente y exigiendo aquellos privilegios que cree de derecho natural. También en este caso las tentativas de corrección aplicadas por los padres llevan a contrarreacciones del hijo, que serán de nuevo corregidas y producirán nuevas reacciones y nuevas correcciones; se instaurará un círculo vicioso de soluciones fallidas que, si continúan en el tiempo, se organizarán como modelo repetitivo y redundante de las relaciones familiares. Hay que destacar, igual que en todos los otros modelos de interacción, que la tipología patógena de interacción puede estar también completamente cambiada respecto a nuestro ejemplo; es decir, cuando los comportamientos que hay que cambiar no son los del hijo, sino los de los padres. En este caso son los hijos los que cambian de estrategia continuamente, sin dar posibilidad a que ninguna de las acciones produzca efectos ya que se interrumpen precozmente.

Relatos

Hace algún tiempo, al entrar en nuestro instituto, nos cruzamos en la sala de espera con una señora de mediana edad que tenía buena parte de la cara tumefacta, tanto que nos quedamos muy impresionados por aquellas señales de agresión a una persona de aspecto benévolo y resignado.

Cuando la hicimos entrar en nuestro estudio, la paciente nos contó que había sido reducida a aquel estado por su hija de dieciocho años, que desde hacia tiempo sufría trastornos con frecuentes agresiones violentas en sus relaciones. La mujer nos describió una situación familiar más bien embrollada. La hija, fruto de un matrimonio anterior, vivía con ella, con su actual compañero y su hijo de trece años. Inmediatamente después de la desaparición del padre, la muchacha había empezado a manifestar una forma grave de trastorno alimentario (bulimia nerviosa) asociada a comportamientos de evitación social y violencia en las relaciones con su madre. La muchacha había sido sometida a toda una serie de

tratamientos farmacológicos y psicoterapéuticos, pero la situación iba empeorando. En el momento actual la joven, a pesar de que siempre había sacado buenas notas, hacía dos meses que había dejado el colegio, porque se avergonzaba de que la vieran gorda y desagradable, como se había vuelto desde hacía un tiempo.

Como de costumbre, le preguntamos a la madre qué es lo que había intentado hacer para ayudar a su hija y para limitar su violencia. La mujer dijo que intentaba continuamente hablar con ella, pero que aquellos intentos acababan casi siempre en peleas. Le preguntamos en detalle cómo reaccionaba ante las agresiones físicas de su hija: dijo que no conseguía hacer nada más que soportar pasivamente la violencia, para después hacer notar a su hija todo el mal que le había hecho. El lector ha de saber que la mujer era más bien corpulenta, mientras que la hija, que habíamos visto en la sala de espera, era baja y regordeta. Por tanto, pedimos a la madre que evitara, hasta la próxima entrevista, cualquier tipo de intervención correctiva sobre su hija —nuestra usual consigna de «observar sin intervenir»— con una única excepción: si la hija intentaba una agresión, ella, que nos parecía capaz de hacerlo, tenía que reaccionar en seguida, imponiéndole a su hija que se fuera a su habitación y que no volviera hasta haberse calmado. A esta indicación la madre reaccionó diciendo que esto era lo contrario de cuanto, hasta el momento, le habían aconsejado los especialistas a los que se había dirigido. En efecto, éstos le habían sugerido que apoyara a su hija sin reaccionar y que estuviera cerca de ella porque necesitaba afecto. Repetimos que aquella era una tarea fundamental que tenía que realizar para permitirnos ayudar a su hija a salir de su dramática situación.

Después de la entrevista con la madre, hicimos entrar a la hija, que nos pareció una persona dulce y delicada, pero con una gran rabia en el cuerpo y nos ofreció un cuadro realmente distinto de la situación, describiendo a su madre como una especie de víctima chantajista, capaz de hacerla sentir continuamente culpable y de provocarle las peores reacciones. El diálogo con la chica fue

largo: nos expuso sus problemas con la comida y en relación con su propio cuerpo, y sus dificultades en relacionarse con la gente de su edad, particularmente con los chicos, que se basaban en sentirse estéticamente indeseable. Le propusimos una ayuda directa para su problema personal con la condición de que interrumpiera cualquier acto de agresión a su madre; también porque —le explicamos— en realidad cada acción violenta suya no hacía más que incrementar los comportamientos ambivalentes de su madre. En consecuencia, cada vez que la agrediese, iba a provocar mayores injerencias.

La joven lo aceptó todo de buen grado, porque estaba realmente interesada en mejorar su aspecto, lo que es normal en los casos de trastornos alimentarios. El tratamiento de sus trastornos personales se llevó a cabo según nuestro protocolo de tratamiento para la bulimia nerviosa (Nardone, Verbitz, Milanese, 1999). Esto nos permitió guiar a la muchacha a superar sus problemas alimentarios y de relación. Pero aquí nos interesa sobre todo exponer la evolución de la dinámica de las relaciones con la madre que, como estará claro para el lector, representa un ejemplo perfecto de interacción intermitente. Dos semanas después de la primera entrevista, la madre nos contó que su hija se había comportado mejor con ella y que sobre todo había logrado no tener crisis bulímicas. Sin embargo, esto, más que hacer feliz a la madre, la había preocupado muchísimo porque, según ella, su hija se estaba deslizando hacia una forma de anorexia. Para estar seguros de la veracidad de estas declaraciones, indagamos sobre la dieta que la hija había seguido. La mujer nos explicó que su hija había repescado una de sus mil dietas, que se basaba en la disociación de las comidas, con aportación de 1.400 calorías diarias. Le hicimos notar que no parecía una dieta anoréxica, sino una correcta forma de control sobre la comida y que nos parecía asombroso que una muchacha bulímica desde hacía años fuese capaz de mantenerla durante dos semanas enteras. La señora replicó diciendo que, sin embargo, su hija se había adelgazado más de cuatro quilos y que

por esto estaba tan preocupada. Añadió que, después de más de diez días de tranquilidad, tras una discusión relativa justamente a esta cuestión, la hija le había agredido otra vez. Le recordamos que le habíamos recomendado que observara sin intervenir. Ella, curiosamente, se disculpó con nosotros casi como si hubiese comprendido que merecía aquella reacción. Mientras la despedíamos, antes de hacer entrar a su hija, nos informó del hecho de que la muchacha hacía tres días que había vuelto al colegio, como si aquello fuera un detalle insignificante.

La muchacha nos habló de una gran mejoría respecto a su problema alimentario, tanto que había vuelto al colegio y a salir con sus amigos. Dijo, sin embargo, que la relación con su madre le parecía realmente insostenible. Nos explicó con aflicción el episodio de su reacción violenta, ya que se había dado cuenta de que, en el momento en el que había cedido a la provocación, en realidad había dado nuevamente la razón a su madre. Continuamos con el trabajo sobre su trastorno alimentario, felicitándole sobre todo por la capacidad que nos había demostrado, añadiendo —en referencia a la relación con su madre— que pusiera en acción una estrategia aparentemente extraña e imprevisible para ella. Le prescribimos, concretamente, que se disculpara por su incapacidad en apreciar los esfuerzos que su madre había hecho por ella, que sólo ahora comprendía verdaderamente. Después tenía que pedir a su madre que la reprendiera y la corrigiera ya que ella lo necesitaba para continuar su camino de curación. En otras palabras, le pedimos que exhortara paradójicamente a su madre a estarle encima y censurarle. Para que aceptara esta prescripción, le dijimos que esto pondría a su madre contra la pared.

Después de quince días vimos de nuevo a las dos mujeres. Esta vez entró primero la hija, que nos explicó que las cosas iban mucho mejor: estaba mejorando en sus estudios y, sobre todo, en su relación con los demás, gracias al hecho que —habiendo adelgazado— se sentía mucho más cómoda. Después nos contó divertida el efecto de la prescripción relacionada con su madre: ésta había

quedado completamente descolocada tras su declaración y en realidad no la había criticado más. Sin embargo, a continuación explicó que, si bien la relación era menos tensa, aún había tenido un episodio de enfrentamiento. Esta vez no había sido ella la que había agredido a la madre sino al revés y ella había reaccionado sólo defendiéndose, tanto que nos enseñó las señales del enfrentamiento que tenía en los brazos y en el hombro: su madre, dijo, le había puesto las manos encima al descubrir que se había visto a escondidas con un chico algunos años mayor que ella. Continuamos el trabajo terapéutico con la chica y le sugerimos que evitara, si era posible, cualquier tipo de reacción incluso si había una agresión física, porque aquello llevaría, de todas formas, a que su madre se sintiera justificada.

Cuando entrevistamos a la madre sobre lo sucedido, manifestó toda su rabia en relación con su hija, ya que, sin duda, había mejorado en lo relativo a la alimentación, el colegio, el comportamiento en familia y de esto nos estaba francamente agradecida, pero ahora mostraba una especie de irrefrenable atracción en relación con los hombres. Intentamos hacerle notar que salir una vez con un chico algunos años mayor no significaba necesariamente ser una «mala pieza», pero ella contestó «conozco a mi hija y sé bien lo que es capaz de hacer». Contestamos que seguramente conocía a la muchacha mucho mejor que nosotros y que tenía que vigilarla, pero que si lo hacía demasiado activa y ostentosamente, ésta probablemente haría las cosas a escondidas y ella no podría intervenir. Por tanto, la invitamos a declararse más dispuesta en las relaciones con su hija justamente para que ésta se «descubriese».

La terapia con la madre y con su hija continuó durante algunos meses. La muchacha superó por completo los problemas de alimentación y de relación, pero sobre todo aprendió a gestionar a una madre para la que siempre había algo equivocado: si no estaba enferma era mala, si no era mala era una especie de prostituta, si no era una prostituta era una incapaz. En resumen, para aquella mujer el conflicto con su hija, quizás porque era testimonio

activo de su fracaso afectivo, parecía inevitable. Por eso, la única cosa que fue posible hacer fue guiar a la hija a no dejarse implicar en aquellos constantes mensajes descalificantes. La joven, hoy, después de haberse licenciado, vive felizmente con su actual compañero, a menudo va a ver a su madre y se comporta con ella como el que sabe aceptar y llevar a una madre con problemas personales sin resolver.

Por otra parte, como escribe Cloé Madanes, hacerse mayor significa saber determinar y aceptar las limitaciones y las miserias de los propios padres y, a pesar de ello, como adultos saber cuidarse de ellos.

MODELO DELEGANTE

Cómo se forma

La pareja, nada más formada, no desarrolla un sistema autónomo de vida, en un clima de plena libertad, sino que se inserta en un contexto de relaciones familiares fuertemente estructurado: el de la familia de origen de uno de los dos cónyuges. Pueden escoger la cohabitación o bien pueden mantener una cierta distancia física no habitando bajo el mismo techo; en este último caso, sin embargo, se realiza un intercambio de favores cotidiano (invitaciones a comer, a cenar, ayuda en las tareas domésticas).

Sin embargo, a menudo con una coartada de cobertura por motivos igualmente válidos (hijos únicos, padres viudos, frecuentes ausencias por trabajo, problemas económicos, de salud o de trabajo) el matrimonio no se convierte en la ocasión de oro para desvincularse de los propios padres, sino que todo se resuelve con la «adopción» de un nuevo hijo. El aspecto de comunicación más interesante que nos interesa subrayar es que un evento como el

matrimonio, al que nuestra sociedad atribuye un fuerte significado de emancipación-evolución, si se inserta en un contexto en el que aún están demasiado implicados los padres, no consigue realizar el momento de la emancipación.

Los hijos, en efecto, se encontrarán en la necesidad de adoptar continuos pactos si quieren organizar y mantener la convivencia.

La situación les lleva, por una parte, a disfrutar de unos beneficios y, por la otra, a aceptar compromisos. Los beneficios son económicos y logísticos, derivan de disponer de una vivienda y personas que asumen la gestión del hogar, de la alimentación y de la llegada de los nietos y también su cuidado, ventaja importante sobre todo si ambos neo-esposos trabajan. Todo esto podrá comportar la perpetuidad de su *status* de hijos con escasa asunción de mayores responsabilidades. En efecto, por agradecimiento o comodidad, la pareja continuará aceptando el modo de vida de la familia de origen, que difícilmente se cambiará. En el cuidado de los nietos los suegros/padres seguirán sus métodos, sus presupuestos educativos y, a pesar de los esfuerzos de los neo-padres en proponer nuevas orientaciones con discursos adecuados y convincentes, al final la costumbre y la tradición se llevarán la mejor parte. En estas familias la manera que parece más sencilla para mantener el equilibrio y la paz es la de dar el timón a la suegra/madre, tanto para la organización de la casa como para el cuidado de los nietos. Si esto sucede, lleva a una delegación/renuncia, total o parcial, a nuevos roles de los miembros de la joven pareja. De este modo puede verse obstaculizado el cambio hacia un nuevo modelo de interacción original y propio de la nueva pareja,⁷ los viejos padres continuarán relacionándose como en el pasado con el nuevo hijo y pretenderán que el yerno/nuera se adapte a ese estilo.

7. Scabini, Cigoli, 2000.

Este delegar de tareas educativas parece muy cómodo cuando los hijos son muy pequeños y dependen totalmente del que los cuida. Los problemas llegan a medida que los hijos crecen y requieren necesidades diferentes. El niño, y luego el muchacho, se encuentra que tiene tres o cuatro padres, cada uno de ellos deseoso de ser el predilecto y que compiten en consentir sus demandas para ver realizadas las propias necesidades educativas (te complazco para hacerme obedecer).

Si se crea esta competición, el nieto puede entender que la mejor estrategia es la de buscar cada vez quien le diga que sí. La situación que se deriva puede parecer un camino muy cómodo para los nietos porque les permite satisfacer todos sus deseos, pero termina por no darles ninguna regla (desde el momento que alguien les ofrece una diferente) que les oriente y limite su poder de obtener todo lo que quieren, alimentando su desorientación y su sentido de omnipotencia. Falta igualmente una figura «cualificada»; los abuelos pertenecen ya a una generación superada y, por tanto, salvo raras excepciones, no son modelos deseables, apropiados para ser imitados; los padres, que son incapaces, por agradecimiento o incapacidad de hacer valer sus ideas, resultan débiles, poco asertivos y, por lo tanto, poco convincentes como guías en los que confiar en momentos de necesidad.

Modalidades comunicativas

En las modalidades comunicativas, a menudo los gestos, las expresiones de la cara, los tonos de voz, contradicen todo lo que se dice con palabras, es decir, los mensajes no verbales contradicen a los verbales ya que para mantener la paz y la armonía puede ser arriesgado decir lo que se piensa. El desacuerdo se transmite con expresiones de la cara, gestos de resignación, ojos al cielo, tonos de voz irritados, guiños a la espalda de quien, en aquel momento, no se le puede llevar la contraria. Pueden aparecer,

tanto en los adultos como en los niños y en los adolescentes, intentos de esconder hechos, ideas, o sentimientos, con mutismos y finalmente mentiras.

Para subrayar la existencia de una jerarquía surgen las habituales cantinelas: «Recuerda que en el fondo serás siempre hijo mío... mientras vivas bajo este techo...». Pueden aparecer posturas de rigidez: «Puertas cerradas en salas y salones, objetos y muebles intocables».

Las relaciones

Las relaciones fluctúan: cuando están todos presentes se hace inestable la diferencia entre hijos y nietos, y se crea una especie de hermandad cómplice entre neo-padres e hijos, que, sin embargo, se rompe en ausencia de los abuelos, con la pretensión de colocar a la última generación en el peldaño más bajo que le corresponde.

En las relaciones con los nietos, los abuelos pueden sentirse particularmente responsables en cuanto se refiere a la incolumidad física y tienden a expresar su ansiedad-miedo respecto a nuevas experiencias, como el uso de ciclomotores o salidas en ausencia de los padres. Continuarán comportándose con los adolescentes de forma protectora como cuando eran niños. Esto puede crear malhumor y tensión en las relaciones entre abuelos y adolescentes con formas de falta de respeto.

Los padres, con la coartada de la presencia de los abuelos, pueden tender a estar poco presentes para evitar continuas discusiones y delegar la educación a los padres/suegros. Pero mientras puede ser relativamente fácil controlar y gestionar un niño, puede resultar fatigoso y difícil aguantar a un adolescente. En estos casos, el adolescente se esfuerza menos en conquistarse amplios espacios de autonomía.

Las reglas

1.ª regla: Somos y tenemos que ser una gran familia.

2.ª regla: No os acogemos pero seréis siempre nuestros hijos y las antiguas leyes que están vigentes en la familia continuarán válidas (de los abuelos).

3.ª regla: Aceptamos la convivencia y pero ahora somos autónomos y también nosotros podemos dictar leyes.

4.ª regla: Cuentan el progreso, los nuevos conocimientos, la tecnología (de los neo-padres y de los nietos).

5.ª regla: Cuentan la experiencia, la ancianidad y la sabiduría (de los abuelos).

¿Qué significados emergen?

- La armonía y la paz en familia se buscan a todo coste, poniendo en segundo plano, si es necesario, las exigencias propias.
- En esta casa todo queda como antes: las jerarquías, los horarios, las costumbres, la decoración.
- La adopción de novedades puede ser laboriosa y fuente de enfrentamientos.
- Puesto que las reglas de los abuelos y las de los padres no siempre coinciden, los hijos tenderán a seguir las más cómodas.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

El riesgo que corren los padres dentro de este modelo es el de perder el hilo directo con las exigencias y la evolución de los hijos, disminuyendo las ocasiones de intercambio, de enfrentamiento y de experiencias comunes. Y puede suceder que intenten com-

pensar las percepciones de inadecuación con regalos. Los abuelos, por su parte, cuando quieren demostrar o recibir afecto recurren a obsequios y al dinero. Con el resultado que estos nietos están inundados de bienes materiales que llegan sin una motivación precisa.

Es difícil que los adultos presenten líneas precisas y concordes en sus métodos educativos, sobre todo cuando los adolescentes comienzan a presentar necesidades relativas a salir, volver de noche, a ciclomotores, móviles, o prendas de vestir. A menudo se nota que lo que los padres critican o prohíben es mantenido y aprobado por los abuelos, y viceversa. Si una abuela, por ejemplo, critica el peinado o el vestido del nieto, la madre guiñándole el ojo puede aliarse con el joven contra quien ha expresado un parecer negativo. O bien si los padres lamentan los gastos excesivos y someten al muchacho a un periodo de restricciones económicas, los abuelos los financiarán a escondidas.

En obediencia a las leyes de la armonía se pueden esconder con mentiras hechos capaces de producir ansiedad, preocupaciones, reproches y conflictos (malas notas, multas, pequeños incidentes, hurtos repentinos, salidas con amigos, etc.).

Los adolescentes consiguen arreglárselas hábilmente en este pequeño laberinto familiar y encuentran siempre la manera de que acepten sus justificaciones para la vasta gama de experiencias que pueden permitirse, visto el amplio margen de autonomía de que gozan. Raramente sufren las consecuencias negativas de sus acciones porque encuentran fácilmente alguien que está dispuesto a remediarlas.

Problemas que surgen

De los relatos de adolescentes que viven en estas familias, surge su percepción de los padres como hermanos mayores que piden, a veces, su apoyo cómplice; raramente los consideran puntos de

referencia con autoridad. Por otro lado, hablan de los abuelos como intermediarios eficaces para obtener permisos, regalos, ayuda material o moral, pero tampoco a ellos, en general, les atribuyen el rol de interlocutores válidos en los momentos difíciles. A estos adolescentes les faltan ejemplos de comportamiento autónomo en el recorrido de emancipación-autonomía, ya que se dan cuenta a diario que sus mismos padres no han advertido la exigencia de dar grandes pasos en este sentido. En el momento en el que quieran poner a prueba, en direcciones poco conocidas, sus nuevas capacidades y habilidades, se encontrarán frente a guías que conocen territorios ahora abandonados (los abuelos), o a guías que aún se dejan guiar (los padres). En estas familias es raro que alguien asuma de forma decidida el papel de guía de los adolescentes. Los abuelos no sienten el deber de establecer los puntos fuertes y sobre todo de hacerlos respetar: esto incumbe a los padres. Los padres, por su parte, raramente se imponen a los hijos como detentadores de reglas y de poder y, por lo tanto, serán poco creíbles si, de improviso, intentan hacerlo.

Pueden surgir principios y reglas que los abuelos han puesto en práctica durante su crecimiento. En efecto, los abuelos, al sentirse investidos de responsabilidad en la relación con sus nietos, pueden enfatizar los aspectos de peligro y de imprevistos presentes en el mundo exterior al de la familia. Por tanto, es posible que frente a experiencias nuevas o desconocidas, se desarrolle en los adolescentes la complementariedad patógena; la evitación puede convertirse en la estrategia utilizada frente a las dificultades, con las consiguientes posibles apariciones de trastornos fóbicos, sea hacia ámbitos externos (monofobias, ataques de pánico, evitación social) o hacia cambios ligados al crecimiento con el intento de impedir las mutaciones fisiológicas (trastornos de la alimentación). Por otro lado, la simetría patógena es igualmente posible y puede llevar al adolescente a rechazar el modelo familiar y ponerse a prueba en situaciones de riesgo (asunción de sustancias o comportamientos transgresores hasta el límite).

Relatos

Era un caluroso día de verano: entramos en nuestro centro y encontramos la sala de espera llena de gente. Creímos que se trataba de un error porque teníamos como primera cita la de un paciente nuevo que venía de Nápoles. Cuando la secretaria abrió la puerta, el estudio quedó literalmente inundado por ocho personas: tres generaciones de la misma familia, dos abuelos, el hijo y su mujer, y dos hijos con sus respectivos consortes.

El problema era el hecho de que la segunda generación, es decir, aquel que al mismo tiempo era hijo y padre, presentaba un trastorno depresivo. Este trastorno había trastocado la estabilidad familiar, que involucraba a las tres generaciones, puesto que los abuelos, los padres y sus hijos casados, vivían juntos en un mismo inmueble.

Ahora el lector se preguntará cómo es posible que en un libro que habla de la adolescencia se incluya un trastorno de una persona que es padre de dos hijos ya casados. Pero considerando que estamos hablando de modelos de interacción familiar delegante, un padre de casi cuarenta años, con dos hijos ya casados de unos veinte años, con unos padres de algo más de sesenta a los que, como veremos, se les delega no sólo la educación de los hijos sino también su propia seguridad personal, representa para nosotros un «joven adulto».

No es casualidad que los que empezaran a describir el problema fueran justamente los abuelos, es decir, los padres del paciente designado; éstos nos describieron la condición del hijo, connotada por crisis depresivas que lo llevaban a quedarse días enteros en casa, llorando en su habitación. Su mujer, que trabajaba en unos grandes almacenes, tenía que ir a trabajar, y los padres, pensionistas pero en buena posición, se ocupaban de consolar y cuidar al pobre hijo enfermo. Los hijos del hijo, a pesar de estar casados, aún estudiaban y se reunían, como los abuelos, junto al padre deprimido. Nos pareció inmediatamente claro que lo primero que te-

níamos que intentar cambiar en aquella situación familiar era justamente el principio de delegación de la gestión de las relaciones del grupo entero a los abuelos. De hecho, la mujer explicó que el marido, ante cualquier tipo de problema con ella o con los hijos, iba siempre a pedir consejo a sus propios padres. Éstos siempre estaban dispuestos a dar su ayuda que, por otra parte, era absolutamente indispensable para toda la extensa familia. Eran los abuelos los que en realidad mantenían económicamente a los nietos casados en los estudios y en su vida familiar; eran aún los abuelos los que intervenían constantemente para ayudar a la pareja hijonuera ante cualquier tipo de problema y no sólo económico.

La intervención consistió en prescribir a toda la extensa familia que mantuviera, en relación con la persona deprimida, una actitud de desinterés y ausencia durante 23 horas y media al día, durante las cuales se tenía que evitar cualquier diálogo relativo al problema del hijo/padre. Sin embargo, durante media hora al día —exactamente media hora— después de cenar, toda la familia tenía que reunirse en el salón de los abuelos, en el último piso del palacio en que la extensa familia vivía, con la consigna de sentarse todos en unos cómodos sillones, a excepción del padre/hijo, que tenía que permanecer de pie, lamentándose por todos sus sufrimientos, durante media hora exactamente; el tiempo lo tenía que señalar un despertador colocado a propósito. Toda la familia tenía que permanecer en religioso silencio y escuchar. Una vez que sonara el despertador, todos tenían que volver a sus habitaciones evitando discutir o comentar las lamentaciones del enfermo.

La familia napolitana quedó complacida por una tarea que reunía a todos sus miembros durante media hora al día. Del mismo modo, el padre/hijo manifestó su aprobación por el derecho ratificado a lamentarse delante de toda la familia. Después de dos semanas regresó todo el grupo familiar. Sin embargo, esta vez comenzó hablando el padre/hijo, que manifestó su evidente mejoría de humor. Pero, sobre todo, declaró que para él había sido importante conseguir, por primera vez en su vida, declarar su sen-

sación de inadaptación en soportar la relación con su padre, con la consiguiente constante delegación hacia aquella figura de las responsabilidades relativas a su vida y a la de los hijos.

Al declarar esto, afirmó que durante las reuniones familiares le había sobrevenido una especie de «catarsis» en la cual sus conmovedoras declaraciones habían provocado la conmoción de todos y, en particular, la de su padre, que —llorando como él— le había abrazado disculpándose por su injerencia. Paralelamente también él se había disculpado con su padre por haberle pedido ayuda y protección constantemente en cosas que hubiera debido afrontar en primera persona, pero para las que nunca se había sentido a la altura.

Después de estas revelaciones, padre e hijo refirieron que habían comenzado a colaborar en dirección a la asunción de responsabilidades por parte del hijo/padre en relación con su rol de marido y padre, y que ya se habían visto resultados, que fueron confirmados por la mujer y por los hijos. La abuela/madre dijo que por fin había visto a su marido relajarse y manifestar menos preocupaciones, y a su hijo activarse y estar satisfecho.

Hemos vuelto a ver a este grupo familiar solamente para el seguimiento de control, tres meses y seis meses después. El padre/hijo ya no había vuelto a quedarse en casa, había asumido un papel activo en la gestión de los asuntos de toda la familia y junto con su padre se ocupaba de las inversiones del patrimonio familiar. No sólo esto, sino que había apremiado duramente varias veces a sus hijos a que continuaran sus estudios para poder licenciarse y tener autonomía propia. Ya no habían vuelto a presentarse crisis depresivas.

Este caso, si bien un poco particular y extremo, nos parece un buen ejemplo de la que hemos descrito como «interacción familiar delegante», o una dimensión de relación dentro de la cual alguien delega completamente sus responsabilidades a otro: sistema de interacciones que se sostiene sobre una forma de perfecta complementariedad patológica, porque donde existe una «persona que

delega» la mayoría de las veces existe también una «persona que se apropia». La intervención «terapéutica» consiste en utilizar estrategias que coloquen a cada uno en la condición de retomar obligatoriamente sus propias responsabilidades.

MODELO AUTORITARIO

Es un modelo relacional en el cual uno de los padres o ambos intentan ejercer el poder sobre los hijos.

Es un estilo que pertenece a las generaciones de antes o inmediatamente después de la segunda guerra mundial, pero que ha sobrevivido hasta el punto de ser el objeto de las fuertes discusiones de 1968, en las que surgía una clara división de los papeles entre el marido que detentaba el poder, el patriarca, y la mujer, a menudo ama de casa, que se dedicaba casi exclusivamente al cuidado de la prole. Era fácil hacer de padres en una sociedad donde todos eran rigurosos e intransigentes en su relación con los hijos, donde muchos valores, como la honestidad, el honor, el esfuerzo, la fuerza de voluntad, eran compartidos, al menos en teoría; donde había una fuerte adhesión a ideales religiosos y políticos. El adulto detentaba las reglas, imponía la disciplina y se presentaba como modelo ejemplar a imitar.

A pesar de que parece un modelo un tanto a contracorriente y superado, hay familias que todavía se inspiran en él. Tiene una mayor probabilidad de afianzarse en aquellas familias en las que los padres, o las familias de origen, están insertos en contextos sociales o laborales donde está vigente una jerarquía más bien rígida y que se intenta imitar en la familia. La mujer puede estar en una condición de vasallaje o igualarse al marido y ser también ella igualmente rígida.

Los hijos tienen poca voz y tienen que aceptar los dictámenes

impuestos por los padres, se les desanima y obstaculiza a seguir las modas o las diversiones del momento, y se les alienta en el estudio y en la adquisición de habilidades y competencias con las que obtener éxitos y afirmaciones personales. La vida en familia está marcada por el sentido de la disciplina y del deber, el control de las propias necesidades y deseos; aunque no faltan las posibilidades económicas, se condenan el derroche y la búsqueda de lo superfluo y se exaltan la parsimonia y la sencillez, a menos que el lujo no sea exhibición de poder. No es casualidad que en estas familias las mayores inversiones confluyan en el hijo mayor. Las diferencias de comportamiento en las relaciones de los dos sexos son evidentes.

Modalidades comunicativas

Cuando el padre es el único detentador oficial del poder, la atmósfera familiar en su presencia es más bien tensa, porque todos están muy atentos a lo que dicen o hacen para evitar suscitar las iras de este padre-patrón que, a veces, se manifiestan también de modo violento. Dolores o malestares físicos pueden convertirse en una escapatoria para huir de la tensión. En su ausencia, el clima es más relajado y entre la madre y los hijos puede establecerse una relación más genuina. Si la madre también se alinea en este estilo educativo, las comunicaciones se confían básicamente a los gestos, a los hechos, a los silencios más que a las palabras: los padres privilegian el monólogo y la afirmación de sus propios principios sin posibilidad de réplica y los hijos, por contraste, intentan el camino de la contestación aunque, la mayoría de las veces, sin éxito.

En estas familias se tiende a hablar poco y en las ocasiones oficiales (comida, cena, visita a familiares) los temas tratan del reproche al laxismo que impera en la sociedad y en la educación, previsiones sobre un futuro infausto y prohibiciones sobre los

modernos caminos de la perdición (discotecas, uso de sustancias, vacaciones).

La madre se convierte a menudo en hábil diplomática para hacer más aceptables, explicándolas, las razones del padre, o bien toma el papel de víctima que pide a los hijos ayuda o compensaciones para poder resistir en aquella situación.

Los hijos adolescentes que intentan contrastar las normas vigentes, difícilmente tendrán posibilidad de éxito: abandonarán su lucha levantando barreras comunicativas y viviendo fuera de la familia dimensiones clandestinas, o bien empezarán a hacer propias las premisas, los comportamientos y las orientaciones de los padres o, finalmente, obedecerán desarrollando formas de sufrimiento.

Relaciones

Se configura una jerarquía con el padre dominante y los demás en posición de vasallaje; la madre asume casi siempre el papel de mediadora cuando las posiciones son divergentes. Si el hijo asume las mismas posiciones y valores de los padres se establece una forma de complementariedad connotada por una danza de reglas rígidas y roles que respetar, dentro de los cuales aparece la posibilidad de comportamientos alternativos.

Si el hijo se rebela, los enfrentamientos pueden ser realmente violentos. En este caso es muy importante la posición que asume la madre, porque si se alinea con el hijo los enfrentamientos son, la mayoría de las veces, aún más intensos, y el padre arremete contra la mujer porque se siente traicionado. El resultado es que el hijo se llena aún más de rabia en su relación con el padre. La escalada simétrica puede resultar dramática. Por otra parte, este tipo de triángulo en la dinámica familiar es ya conocido por la mayoría de los lectores ya que es la base de muchos estudios psicológicos sobre la familia.

Las reglas

1.ª regla: Existen unos valores absolutos, inmutables y eternos de los que surgen las reglas que son indiscutibles.

2.ª regla: Cada uno debe pasar cuentas de sus propias acciones y hacer frente a las consecuencias que se derivan.

3.ª regla: La satisfacción de las necesidades y deseos se obtiene con el esfuerzo y produciendo resultados concretos.

4.ª regla: El orden y la disciplina son los fundamentos de la convivencia.

¿Qué significados emergen?

- Se obedece y no se discute.
- Los comportamientos aceptables son aquellos que se equiparan a la escala de valores propuesta.
- Los comportamientos inaceptables se evitan o se esconden.
- Los errores acarrearán castigos, a veces muy fuertes.

¿Cuáles son las consecuencias en las acciones de las personas?

El padre buscará ser el ejemplo viviente de lo que va predicando en la teoría. La vida de la familia estará compuesta de horarios precisos, ya sea en relación con las comidas como con las salidas y entradas, hábitos alimentarios y distribución de tareas específicas, que deben ser absolutamente respetados. A los varones se les exige, en general, un mayor esfuerzo en el colegio, el deporte, en la construcción de su posición social, respecto a las mujeres, a las que se les piden dotes de sumisión y docilidad.

A veces los hijos adolescentes acaban por aceptar las normas vigentes y adaptan su comportamiento para destacar, satisfacer a sus padres y recibir premios. Si no, más atraídos por los

placeres del mundo, se concentrarán menos en sus deberes y obtendrán la etiqueta de «vagabundo», comenzarán a frecuentar compañías y a desarrollar experiencias sin el conocimiento de la familia. En este punto existe la posibilidad de que se inicie un pulso entre padre/s e hijo, en el cual mientras más éste permanezca en la posición de «vagabundo» y de mentiroso, más el padre, sobre todo si lo descubre, aumentará los castigos hasta llegar a la violencia verbal y física, a la que el hijo podrá reaccionar, especialmente si es varón. Habitualmente esta situación evoluciona en dramáticas escaladas simétricas de violencia. Sin embargo, los hijos a menudo abandonan precozmente la familia, orientándose a recorridos de vida realmente alternativos a los que proponen los valores familiares.

Los adolescentes, si no se adhieren al modelo familiar, inician toda una serie de maniobras para sustraerse al clima de tensión que este modelo de interacciones produce: estar el mayor tiempo posible fuera de casa, hacer las cosas a escondidas y, apenas pueden, buscar ocasiones de estudio o trabajo en otra ciudad. Sin embargo, estas tentativas se verán, generalmente, obstaculizadas por los padres hasta que los hijos dependan económicamente de ellos y el hijo se encontrará en la situación en la que o negocia o se rebela. A menudo las madres median con éxito para los hijos y consiguen hacer lo suficiente para evitar que surjan ásperos conflictos. Por desgracia, otras veces el conflicto no puede evitarse y puede llegar a extremos de violencia familiar.

Cuando se exaspera el rechazo al modelo familiar por parte del hijo, éste, la mayoría de las veces, acaba por asumir posiciones radicales opuestas, que en realidad no son más que el reverso de la misma moneda. Por ejemplo, el que rebelándose al padre autoritario-fascista se convierte en un violento extremista de izquierda o bien, como está hoy más de moda, en un «pacifista violento». Finalmente, puede suceder que algunos hijos, justamente porque han tenido que afrontar muchos obstáculos en su camino de crecimiento, sean muy tenaces en no desanimarse frente a las

dificultades y, tolerando mucho, consigan antes que otros la autonomía para poder salir de casa. Por desgracia, en su futura familia propondrán de manera inconsciente el modelo del cual han escapado.

Relato

Eran dos hermanas, ambas bonitas y elegantes: parecían de la misma edad aunque entre ellas hubiese una diferencia de 10 años. La mayor nos expuso su demanda de ayuda, pero mientras hablaba la hermana comenzó a llorar y entonces ella la abrazó, maternal, haciéndonos notar el preocupante estado emocional de la muchacha.

El problema que presentaban era la relación de la joven con el padre, que nos describió como el ogro de un cuento. Era muy rígido en sus posiciones educativas: sólo permitía a la muchacha, aunque ya tenía 19 años, salir los domingos por la tarde un par de horas. Controlaba personalmente lo que hacía en aquel lapso de tiempo, a menudo siguiéndola a escondidas. La joven estaba tan aterrorizada que no conseguía mantener ni siquiera unos pocos segundos su mirada, aunque éste nunca había utilizado con ella formas de violencia física.

Por otra parte, como nos expuso la hermana mayor, la muchacha siempre había obedecido sin rebelarse pero sufriendo en silencio y, por lo tanto, nunca habían sido necesarios castigos violentos como había ocurrido con ella. De este modo, la exposición de la hermana mayor se fue dirigiendo hacia el relato de su vida familiar, de las bofetadas recibidas casi a diario, de la violencia psicológica sufrida, hasta su «huida» al matrimonio con su primer novio, del cual dijo estar absolutamente no enamorada; pero al menos, afirmó, ya no estaba obligada a vivir con aquel «monstruo» de padre. Ahora le urgía ayudar a su «hermanita» a salir de aquella terrible situación.

Sin embargo, nos dijo también, que a diferencia de ella su hermana no quería interrumpir sus estudios para trabajar y volverse independiente económicamente y alejarse de la familia. Su sueño, de hecho, era convertirse en médico o psicóloga.

La situación, para la hermana menor, presentaba una doble problemática: una situación muy difícil en la familia de origen y las presiones de la hermana mayor para que siguiera la dirección que ella había tomado a su tiempo para emanciparse de la figura paterna.

Después de haber escuchado a la hermana mayor decidimos hablar a solas con la más joven, porque creíamos que la presencia de la otra condicionaba fuertemente sus declaraciones. En efecto, apenas hubo salido la hermana mayor, nos explicó que a menudo se sentía culpable porque no hacía caso de las sugerencias de rebelión de su hermana, sobre todo porque ésta la llenaba de regalos y estaba muy encariñada.

La muchacha afirmó que, sí, estaba de acuerdo con su hermana en muchas cosas, pero que su ejemplo no le parecía el más adecuado, porque notaba en ella señales de una constante insatisfacción y paradójicamente, aunque viviese con el marido, volvía muy a menudo a casa de sus padres para discutir con el padre, con el pretexto de protegerla. Por lo tanto, quería que su proyecto de emancipación fuese bien distinto.

La cosa curiosa que luego nos describió fue el hecho de que, a diferencia de su hermana, ella evitaba constantemente oponerse al padre y cuando quería hacer algo que sabía que iba en contra de sus intenciones, lo hacía a escondidas, la mayoría de las veces con la silenciosa complicidad de su madre. Nos contó que salía con un chico sin que lo supiera su padre, con la connivencia de su madre, y en los días en que el padre estaba fuera de la ciudad por motivos de trabajo. Nos expuso que su problema era, por una parte, el temor constante a que el padre pudiese descubrir sus secretos y castigarla: por eso evitaba continuamente que sus miradas se cruzaran, por miedo a que él pudiese intuir sus mentiras; por otra

parte, gestionar la relación con su hermana mayor que, para protegerla, intervenía continuamente en su vida. También en sus relaciones con esta última estaba obligada a mentir para no entrar en discusiones. En este momento pareció claro que la situación era realmente distinta de como la había descrito la hermana mayor: la joven se hallaba atascada entre dos tipos de relación que la obligaban a mentir.

Sobre la base de todo aquello preguntamos a la muchacha cuál era el objetivo que quería conseguir gracias a nuestra ayuda. Con una lucidez sorprendente nos respondió que quería aprender a no tener miedo de su padre y a gestionar la relación sin discusiones, obteniendo poco a poco más libertad gracias también al apoyo de la madre; y, en segundo lugar, le gustaría establecer con su hermana una relación de más igualdad y salir de la posición de la pobre niña que hay que proteger. Añadió que, después del título de bachiller, le gustaría estudiar medicina o psicología y que esto le iba a suponer mudarse a otra ciudad, pero temía que su padre no se lo permitiese porque, en tal caso, huiría de su control. Después de haber definido estos objetivos, prescribimos a la muchacha que pusiera en acción dos comportamientos particulares, uno en relación con el padre y otro en relación con la hermana.

Sobre el padre, le pedimos que actuara cada día de la siguiente manera: al término de la comida, en vez de irse a la habitación para evitar el diálogo, tenía que preparar el café en lugar de su madre, servirlo a ambos y preguntarle a su padre cómo le iban las cosas en el trabajo, teniendo en cuenta que a menudo éste se lamentaba de estar estresado. Subrayamos que no era indispensable mirarle a los ojos, lo importante era hacerle hablar y escucharle. En relación con su hermana, le pedimos que hiciera lo que ya hubiera tenido que hacer si fuese médico, es decir, ofrecerle un espacio para que le explicara todas las vicisitudes pasadas y todo lo que, por el contrario, le hubiera gustado vivir. Añadimos que tenía que hacerlo de una manera muy delicada, sin hacer preguntas directas,

sino empujando a su hermana a que expusiera sus emociones. La joven sonrió y afirmó que desde su punto de vista no había nada más fácil ya que a su hermana bastaba con ofrecerle el camino para que partiera en largos soliloquios, a los que ella acostumbraba a oponerse con expresiones de enojo.

Nos despedimos de la muchacha diciéndole que daríamos una indicación complementaria a su hermana.

A esta última le dijimos que apreciábamos de verdad su generosidad en proteger a su hermana menor, que justamente gracias a sus esfuerzos no había sufrido su mismo terrible trato. Sin embargo, le explicamos que ahora, para ayudarla, iba a ser necesario un sacrificio más, ya que su hermana necesitaba confiar en sus propias capacidades para gestionar la relación con el padre y poder gradualmente emanciparse de él. Por tanto, le aconsejamos que redujera lo más posible sus intervenciones protectoras y se dirigiera a su hermana como si ya se hubiese convertido en una persona capaz de arreglárselas sola. Tenía que tratarla como a una de su misma edad a la que poder contar también sus dificultades.

Ésta fue una reestructuración estratégica tendente a orientar el sacrificio protector de la hermana mayor en una dirección que, respetando los principios, trastocase completamente el efecto.

Después de dos semanas volvimos a ver a la pareja de hermanas: hicimos entrar primero a la mayor, que explicó que había seguido al pie de la letra nuestras indicaciones y había observado en su hermana efectos realmente importantes. Ésta parecía más motivada en conquistar su propia autonomía, aparentaba ser menos frágil e inclinada a llorar y sobre todo apreciaba mucho el hecho de que ella se relacionaba como una amiga y no como una hermana mayor. La felicitamos y le dijimos que insistiera, vistos los buenos resultados.

La más joven nos refirió con manifiesta satisfacción que se sentía mucho mejor, ya que antes que nada el cambio de actitud de la hermana mayor le había aliviado de uno de los grandes pesos

de su vida. Además, cuando la había empujado a expresar sus propias emociones, ésta la había sumergido en explicaciones y confidencias que habían producido en ella sensaciones de ternura, tanto que en aquellas semanas sus encuentros habían sido mucho más serenos y dirigidos al diálogo, antes que a hablar de los problemas de su familia.

En las relaciones con su padre nos explicó que había seguido la prescripción, al principio, con esfuerzo y embarazo. Pero después, viendo las reacciones, la tarea había sido cada vez más ágil, hasta el punto de que se había quedado mucho tiempo hablando con su padre. Este último, de hecho, había mostrado mucha complacencia con ella, por su nueva actitud y el interés que manifestaba por sus problemas en el trabajo. La joven también nos explicó que, en el curso de las charlas que habían tenido cuando el padre se había quedado en la ciudad, había podido por fin mantener su mirada mientras hablaban, sin sentir el miedo a que descubriera sus secretos. La felicitamos por la capacidad que había demostrado y le pedimos que reflexionara sobre los efectos de su amabilidad y sus atenciones en relación con su padre y la animamos a insistir en aquella dirección.

Volvíamos a ver a las dos pacientes después de algunas semanas: ambas parecían mucho más relajadas, serenas y realmente mucho más satisfechas de la situación. La hermana menor declaró que se había dado cuenta de que su padre ya no la seguía durante sus salidas dominicales y que, por primera vez, le había preguntado qué le gustaría hacer al acabar el colegio.

Espontáneamente le respondió que le gustaría hacer un trabajo en el que poder ayudar a los demás, pero que hasta el momento había temido expresar exactamente sus deseos. Para su gran sorpresa, el padre le había dicho: «Espero que tú no quieras ser enfermera o asistente social, porque éstos son trabajos sencillos. Creo que tú quieres algo más elevado. Si no, para qué trabajar tanto, para ver a mi hija en una posición importante».

La joven, descolocada por esta afirmación, nos explicó que

estaba ansiosa por vernos y saber qué tenía que hacer para conseguir que la enviara a estudiar medicina o psicología.

Primero le hicimos notar que en el espacio de poco más de un mes había logrado cambiar la relación con su padre y con su hermana, y que todo aquello era mérito suyo. Después de esto, le dijimos que, a nuestro entender, ya que su padre había manifestado una ambición tan grande por tener una hija consolidada en una posición importante, ella sólo tenía que expresar sus deseos y añadir: «Hacer de médico o de psicóloga es lo que me gustaría, pero para estudiar una de estas dos disciplinas tendríais que trasladarme a otra ciudad y se que esto sería un gran sacrificio para toda la familia, ya sea por los costes, ya sea por el hecho de que debería estar sola lejos de casa; por lo tanto, quizás haríais mejor en escoger una de las universidades que hay en nuestra ciudad aunque francamente ninguna de éstas entra en mis planes».

Esta prescripción era directa de modo que al padre le fuese difícil negarle el permiso para alejarse de casa por un objetivo que habría «elevado» a toda la familia. Así fue. En efecto, algunas semanas más tarde la joven nos contó que su padre la había tranquilizado diciendo que estaría dispuesto a afrontar cualquier sacrificio por verle realizar sus sueños y alcanzar el objetivo de convertirse en «alguien». Obviamente, la muchacha estaba en el séptimo cielo por esta conquista que aún no podía creer que fuese cierta. Además de esto, nos explicó que la relación con su padre se había vuelto cada vez mejor y que éste se había empezado a mostrar más suave también en las relaciones con su madre, pero, por desgracia, no con su hermana, que no perdía ocasión para enfrentarse con él. Sin embargo, la realidad era que ahora el padre y la hija mayor no se peleaban por ella, sino que continuaban echándose en cara cosas de su pasado. En otras palabras, la situación actual estaba connotada por el hecho de que la hermana joven, que había salido de la posición de crucifixión entre padre y hermana, estaba construyendo una nueva manera de relacionarse entre ambos y ella misma; mientras que el padre y la her-

mana mayor se volvían a enfrentar de nuevo a causa de sus antiguos e irresueltos contrastes.

La hermana más joven superó brillantemente los exámenes y se matriculó en la facultad de Psicología: hoy es una joven y eficaz psicóloga, orgullo de su familia. Del eslabón débil de la cadena ha pasado al eslabón más fuerte porque ha roto la cadena. De hecho se ha convertido con el tiempo en el punto de referencia de todos sus familiares, incluido su padre. La hermana mayor, en cambio, después del éxito de la intervención sobre los problemas de la hermana, ha vuelto a pedirnos ayuda a causa de sus problemas personales no resueltos. La hemos guiado primero a aceptar las «miserias» de su propia familia y a considerar que, sin embargo, su rebeldía la ha conducido a mantener un vínculo de dependencia con la familia. O sea, aquella clase de relaciones en las que el hijo rebelde tiende a querer cambiar al padre (o a los padres), quedando implicado en una batalla perdida de antemano.

Esta segunda terapia fue ciertamente más laboriosa y dura que la primera intervención.

Esta historia representa un ejemplo de que, a veces, la mejor manera de trastocar un modelo autoritario patógeno es recurrir a intervenciones que tienden a oponer la suavidad a la dureza. Por otra parte, forma parte de la antigua sabiduría el hecho que a lo duro hay que oponerle lo blando y que, como afirma Lao Tse, «en la naturaleza el agua vence sobre todas las cosas porque se adapta a todas ellas».

En este punto se hace necesaria una aclaración: todo lo dicho hasta aquí, en cuanto a modelos de interacciones familiares que pueden evolucionar en sistemas patógenos de relaciones entre padres e hijos, no significa que la presencia de alguno de los modelos descritos corresponda necesariamente a la evolución de una patología en el adolescente.

Significaría asumir una posición determinística que está muy lejos de nuestra perspectiva.

El lector debe tener presente que de una misma situación familiar emocionalmente estresante puede surgir una persona psicológicamente frágil y con riesgo de patología o, por el contrario, una persona psicológicamente estable y con una capacidad superior a la media.

No existen determinadas condiciones que, sin excepción, conduzcan a determinados efectos, pero es la rigidez y la repetición de las modalidades interactivas en las relaciones entre personas, o entre la persona consigo misma, que lleva a la formación de problemas. Si en esta fase de relación con la propia realidad las personas no tienen la capacidad o la posibilidad de cambiar la modalidad interactiva, habitualmente se establece el círculo vicioso patógeno.

Por tanto, la formación de patologías o desviaciones es el efecto de complicadas interacciones y no de sencillas precondiciones. Tenga presente el lector que todo aquello que puede hacer mucho bien, en dosis excesivas puede hacer mucho mal. Y viceversa, un veneno en pequeñas dosis se convierte en una medicina. Ninguno de los modelos de interacciones familiares observados y descritos es patógeno en sí mismo; es su exasperada y reiterada aplicación que lo vuelve así. Una prueba de esto son también las intervenciones de solución presentadas, que al transformar, aunque sea un poco, las interacciones entre padres e hijos llevan a que surjan las cualidades terapéuticas ya insertas en las relaciones precedentes. Estas intervenciones no han sido un poco de «magia» sino solamente estrategias que han guiado al desbloqueo de los recursos obstruidos, bloqueados por círculos viciosos de interacciones y que, una vez sueltos, han dado lugar al cambio terapéutico.

En relación con esto, que esperamos haya quedado claro al lector, es importante destacar el hecho de que las intervenciones se basan en una lógica precisa relativa a los modelos de interacción: para cambiar una complementariedad patológica es necesario introducir en el modelo interacciones simétricas, y viceversa,

para cambiar una simetría patológica se tienen que insertar en el modelo de interacción aspectos de complementariedad. Esto, como se describe en los relatos narrados, produce una reacción en cadena, que partiendo de cambios mínimos ocasiona el trastorno total del modelo haciéndolo evolucionar hacia un nuevo equilibrio.

Capítulo 4

El adolescente moderno

Según las acciones del cuerpo se juzgan las del alma
ABAD DE CONDILLAC, *La lógica*

Blind
1875

1875

Después de haber descrito el fruto de nuestra investigación, referente a los modernos modelos de interacciones familiares, nos interesa asimismo ofrecer aquí una imagen del adolescente moderno. También en este caso recurriremos a una forma de modelización de las tipologías del joven/adulto que hemos encontrado con mayor frecuencia en nuestra experiencia.

Ciertamente ésta no quiere ser una representación exhaustiva del universo de los jóvenes de hoy, sino una imagen basada en el trabajo sobre miles de adolescentes efectuado en el último decenio.

A este respecto nos ha parecido importante exponer no sólo las características propias del adolescente moderno y su diferenciación entre varones y féminas, sino también las tipologías de interacciones entre los dos sexos en esta edad evolutiva. Esto podría parecer un cambio de atención hacia las problemáticas de pareja respecto al tema de nuestra exposición, pero, en realidad, el lector debe tener presente que tratar de la adolescencia omitiendo hablar de los aspectos sentimentales de las interacciones entre ambos sexos sería como contentarse con conocer sólo una de las dos caras de la luna.

Hay que considerar que las interacciones internas de las parejas jóvenes son las que evolucionarán a relaciones de pareja de padres y, por tanto, intentar prevenir una disfunción en las relaciones entre ambos sexos en la adolescencia se convierte en una de las mejores formas de prevención para los problemas de las futuras familias. Los jóvenes capaces de construir relaciones satisfactorias con el otro sexo desarrollan más autoestima y confian-

za en sus recursos propios que aquellos que viven esta realidad como problemática.

Y, además, parece evidente que los adolescentes capaces de interactuar bien entre ellos tienen realmente menores probabilidades de desarrollar problemas, patologías o conductas desadaptadas o antisociales.

Por lo tanto, ofrecer observaciones y sugerencias relativas a las interacciones de pareja parece, desde nuestro punto de vista, una etapa obligatoria en un libro sobre adolescentes y familias.

Además, las imágenes casi caricaturescas que utilizaremos para describir la moderna adolescencia (el varón patoso y la fémina decepcionada) no quiere ciertamente indicar que todos los jóvenes/adultos de hoy pertenezcan a esta categoría. Como en el caso de los modelos de interacción familiar, nuestra óptica en este trabajo está enfocada sobre la evidencia de las interacciones patógenas, pero somos conscientes de que existe también, por fortuna, la otra cara de la moneda. El lector, por tanto, ha de evitar considerar todo lo que se expone como el último sermón catastrofista de un grupo de predicadores fanáticos y lo ha de ver como la configuración de una realidad útil para tener coordenadas de referencia.

En otras palabras, lo que sigue quiere ser una contribución a los jóvenes para que asuman la responsabilidad de gestionar su propia realidad.

Considerando que, de todas formas, conscientemente o no, cada uno construye la realidad que luego sufre.

El varón patoso

Una de las características más evidente que se observan en la moderna adolescencia masculina italiana, y de la que a menudo se lamenta también el otro sexo, es la fragilidad psicológica acompañada por la carencia de sentido de responsabilidad y de la esca-

sa capacidad para asumir el liderazgo. Por otro lado, esto no es más que un posible efecto de la atmósfera de hiperprotección en la cual los jóvenes crecen hoy en nuestro país. Pero si esto vale para todos los adolescentes, en los varones parece realmente más acusado, quizás porque de ellos se espera más asertividad e iniciativa que en las mujeres. Algún autor define esta afirmación como un prejuicio histórico cultural machista, pero, más allá de presupuestos ideológicos, en la práctica diaria hoy se observan adolescentes varones inseguros e indecisos, en un porcentaje significativamente mayor que en las féminas. Hay quien sostiene, de nuevo ideológicamente, desde nuestro punto de vista, que el fenómeno de la fragilidad masculina de los últimos tiempos es el efecto de la mayor afirmación del sexo femenino en la sociedad, en la familia y en la pareja. También en este caso no se tiene suficientemente en consideración el hecho de que, si uno de los polos está arriba y el otro abajo, es de todas formas efecto de una interacción entre los dos elementos en juego y no solamente del mayor poder asumido por una de las partes.

De hecho, hoy se observa una acusada diferencia, sobre todo en la adolescencia, entre los dos sexos, en las capacidades de afrontar los obstáculos que se encuentran en la evolución relacional y personal.

El joven varón, en la mayoría de los casos, se muestra inseguro o indeciso de manera sufrida, o bien perezoso y desmotivado sin grandes preocupaciones. Sólo una pequeña parte parece impulsada por un deseo de afirmación corroborado por éxitos personales.

El moderno adolescente crece sin grandes presiones familiares hacia la adquisición de autonomía e independencia. Al contrario, parece que se le premie si permanece vinculado a la familia. Sin embargo, en los últimos años se ha observado una mayor frecuencia de hijos casados que viven junto a sus padres. Una observación histórica evolutiva, en efecto, nos permite poner de manifiesto sustanciales diferencias entre la vitalidad y el empuje

hacia la autonomía de las generaciones de varones adolescentes hasta los años ochenta, y el acomodamiento en el bienestar familiar de las generaciones de fines de los ochenta y de los noventa. Este aplastamiento psicológico por parte del varón es fuente de muchas dificultades entre los adolescentes, que no hacen referencia sólo a las áreas de la afirmación profesional-social, sino que embisten de forma particular la esfera de las relaciones entre los dos sexos. En esta realidad los jóvenes adultos actuales manifiestan serias dificultades, sea en el enfoque como en la gestión de las relaciones de pareja. Por lo tanto, no debemos asombrarnos de las recientes noticias de cruceros para pobres jóvenes «corazones solitarios» organizados por sus padres.

Ante todo se observa en el varón una casi total incapacidad seductora mientras que las mujeres jóvenes se muestran, desde este perfil, cada vez más avispadadas y atentas. Son cada vez más numerosos los fenómenos de grupos masculinos cerrados al otro sexo, el refugiarse dentro de la «manada» para huir del temor a exponerse en primera persona con las chicas. Por desgracia, esto puede conducir a actos de violencia de grupo en relación con las mujeres, como abusos sexuales o violencia de otro tipo.

La mayoría de las veces, hoy, son las chicas quienes seducen a los chicos y parece que son ellas las que mantienen la iniciativa en la pareja, pero, a nuestro parecer, no por voluntad de afirmación, sino más bien por carencias de la parte contraria (los problemas de adolescencia de la parte femenina serán el tema del apartado siguiente).

Parece que en los últimos años los jóvenes varones establecen con el sexo opuesto relaciones muy similares a las que tienen con su familia de origen. Es decir, relaciones connotadas por el hecho de que a ellos hay que dárselo todo sin demasiado esfuerzo. Tanto que, a menudo, la novia, trágicamente, se convierte en amiga de la madre que, sin embargo, estará siempre aliada con su hijo. Intentará facilitar el papel a la novia ofreciéndole su ayuda y su comprensión, pero lo hará únicamente para continuar protegien-

do a su hijo. Si las cosas van mal en la pareja de adolescentes, el joven, usualmente, busca y encuentra consuelo en sus padres, que se pondrán enseguida de su parte contra la bien conocida «crueldad femenina».

En el campo del trabajo se ha convertido ahora en costumbre que los hijos varones sigan las huellas de los padres. A este respecto, quizás no muchos saben que en los últimos años instituciones públicas, bancos y grandes empresas tienden a jubilar a los padres en favor de la inserción de los hijos en su lugar.

En el mundo de la consultoría de empresa es cada vez más frecuente la presencia de problemáticas conectadas con la inserción de los hijos en las empresas de los padres. Finalmente, está aumentando el fenómeno del joven profesional que crece en el estudio de su padre, que la mayoría de las veces continúa trabajando hasta una edad tardía justamente para favorecer al hijo, que no se esfuerza mucho.

El joven varón actual puede ser declarado frágil, inseguro y a veces un auténtico patoso de pleno derecho, puesto que casi todo en su interacción familiar y social lo empuja a recostarse en la comodidad que, bien entendido, él mismo pretende. Se observa la presencia de una funesta complicidad en las interacciones entre adolescentes masculinos, su familia y la sociedad, que no deja ver nada bueno para el futuro del «varoncito italiano». Dentro de este clima social familiar de relación no debe asombrar el masivo incremento de los problemas de la adolescencia, de las formas de psicopatología como trastornos ansioso-depresivos, fobias, obsesiones y compulsiones; así como el aumento de los casos de violencia, abuso de sustancias y alcohol, y la presencia de acusada conducta antisocial.

La f emina decepcionada

Después de haber descrito las preocupantes características del joven varón es obligado interesarse por la otra cara del planeta juvenil, la mujer. Queda claro que las dos caras del mismo planeta están en constante interdependencia y que a las características de uno corresponden las características complementarias del otro.

En lo que concierne al universo femenino se nota una mayor vitalidad y empuje en la afirmación personal de las últimas generaciones respecto a las precedentes. Nos parece demasiado sencillo imputar este comportamiento a la mayor emancipación conquistada por las mujeres como consecuencia de las batallas feministas, también porque en este sentido y en el último decenio hemos asistido a un significativo desencanto.

La causa de la afirmación del papel femenino no nos parece que dependa de una posición ideológica como podr a ser la del movimiento feminista, sino que creemos que esta emancipación se debe a una red más compleja de interacciones sociales, culturales y familiares.

La adolescente actual resulta estar, respecto a los varones, más orientada a la calidad de su formación personal, tanto en los estudios como en el trabajo, y más interesada en profundizar sus conocimientos en los ámbitos psicológico-social, literario y artístico. Ya esta primera observación denota una diferencia entre el mundo femenino y el masculino. Además, en las interacciones familiares, las féminas están menos protegidas que los varones; a menudo, en familias con hijos de ambos sexos se pide a la hija una mayor participación en el desarrollo de actividades útiles para la familia y se le atribuyen mayores responsabilidades. Hay que considerar también que biológicamente la mujer tiene que contar naturalmente con características que la hagan capaz de afrontar el dolor y la frustración. Realidad ésta que los varones no est n obligados, por naturaleza, a vivir.

Cuando los dos sexos empiezan a interactuar a nivel senti-

mental y sexual, las diferencias tienden a fundirse en un modelo, a menudo, de relación patógena.

Estamos hablando de que, en la mayoría de los casos, hoy se establece entre hombres y mujeres jóvenes una relación complementaria, basada en el hecho de que a la fragilidad y escaso empuje de afirmación de una de las partes corresponde una resistencia y un acusado deseo de afirmación de la otra. En términos concretos, el joven está muy contento de ser favorecido en su vida sentimental y sexual por mujeres emprendedoras y más seguras que él. La muchacha, por otra parte, se sentirá gratificada al ser ella la que dirige la dinámica de pareja ya que esto le refuerza su autoestima. Este mecanismo funciona hasta que la mujer llega a una realización personal y profesional que la satisface y —habitualmente— comienza a sentir la exigencia de tener al lado un varón capaz de estar a su mismo nivel o incluso capaz de llevarla más allá. Para aclarar este concepto, piénsese por ejemplo en una joven pareja en la que primero la mujer es feliz de tener consigo un compañero que ella controla y dirige, ya que esto le permite, en virtud de una escasa implicación emocional, invertir mucho más en los estudios y en la carrera. Al terminar los estudios, al inicio de la carrera, situación que la hace entrar en contacto con personas diferentes respecto a las encontradas durante su recorrido escolar, empieza habitualmente a pretender más, pero su compañero, desgraciadamente, no es capaz de corresponder a sus expectativas, ya que hasta aquel momento está habituado a un cómodo papel de varón «a remolque» de su compañera. En este momento, la mujer puede entrar en crisis y a menudo comienza a cuestionar su relación y a sentirse decepcionada. Es el momento en el que ella puede enamorarse de cualquier otro que, por desgracia, la mayoría de las veces, siendo lo opuesto al primer compañero, resulta ser igualmente equivocado. Se perfila de este modo una doble decepción que puede conducir a la joven mujer a mantener ambas relaciones, ya que ni uno ni otro son satisfactorios. Sin embargo, todo esto no la hace estar bien, porque choca con sus valores e ideales,

que habitualmente son los de una realización romántica en la pareja y en la familia, además de en la profesión.

Por tanto, aquello que primero era una complementariedad en la pareja, en un cierto momento se transforma en una simetría. Lo que los mantenía vinculados gira y los aleja. A este respecto hay que subrayar también que a menudo las mujeres jóvenes, motivadas hacia el éxito personal, consciente o inconscientemente, sacrifican mucho de su feminidad, sobre todo en cuanto concierne a la esfera erótica. Una vez llegada a la realización del primer objetivo, el profesional, manifiestan la necesidad de realizar también la otra dimensión. Por desgracia, la mayoría de las veces, tampoco en este nivel el compañero es capaz de responder a las expectativas. Entonces se dispara la búsqueda de otra pareja; búsqueda legitimada por la insatisfacción. La mayoría de las mujeres para conseguir traicionar a su propia pareja necesita construirse una motivación válida con el fin de evitar, al menos en parte, el sentirse culpable.

No debe sorprender, por tanto, el número creciente de jóvenes mujeres que se juntan con hombres mucho mayores que ellas, con una diferencia de 15 a 20 años. Del estudio de estas parejas resulta que las mujeres se sienten más satisfechas de su relación con un hombre mucho mayor porque, generalmente, están más atentos a satisfacer las exigencias de la esfera femenina, a pequeñas atenciones galantes, al cuidado afectivo y al esfuerzo y capacidad en la realización de un buen entendimiento erótico. Exactamente lo contrario de los varones jóvenes, demasiado habituados a recibir y realmente incapacitados para dar.

Sugerencias a los hombres en favor de las mujeres

Como hemos dicho en las páginas anteriores, la interacción entre ambos sexos parece, la mayoría de las veces, desastrosa, pero esto no significa que no haya esperanza. Es necesario que, tanto los jóvenes varones como las jóvenes mujeres asuman en primera persona la responsabilidad de un cambio, el cual obligatoriamente inducirá a un cambio en la otra persona. Como escribe Bernasconi: «una estrella que brilla mucho irradia su luz también a las estrellas que la rodean». Así, el que quiere cambiar a los demás, debe empezar mejorando él mismo.

En lo que hace referencia a los jóvenes varones, tendrían que preocuparse, mucho más de lo que hacen, en desarrollar sus capacidades personales, esforzándose en alcanzar un objetivo para el que se requiere su esfuerzo, evitando al máximo pedir ayuda a sus propios familiares o amigos, ya que esto acaba por confirmar, también en caso de éxito, su incapacidad en afrontar de forma autónoma las dificultades. La autoestima y la confianza en los propios recursos se construyen afrontando obstáculos, que nos permiten ponernos a prueba y descubrir y adquirir confianza en ellos. Aunque sociedad y familia tienden a querer proteger al joven, intentando hacerle sortear las dificultades, éste tendría que buscar batallas en donde combatir.

Por lo que respecta a la relación con el sexo opuesto, el joven varón ha de tener presente que el erotismo, desde el punto de vista de una mujer, es muy diferente al del hombre.

Para una mujer el erotismo es algo que no se refiere únicamente a la consumación del acto sexual. Es un universo mucho más complejo constituido por pequeños actos de seducción, de fantasías que se llevan a cabo durante la comunicación con la persona deseada, por un constante diálogo que nutre la pasión, lleva a la pareja a los primeros contactos físicos y culmina con la relación sexual, y no termina allí. Porque la otra cosa a menudo no tenida en consideración por los jóvenes varones es el erotismo que existe en la ter-

nura de los momentos que siguen a la relación, que para una mujer resultan grandes amplificadores del placer.

Otra cosa que las jóvenes mujeres piden a sus parejas es que les hagan sentir emocionalmente protegidas en los momentos de debilidad y fragilidad. Y los jóvenes de hoy raramente lo consiguen, habituados como están a recibir seguridad más que a darla.

Para finalizar esta pequeña contribución a las relaciones de los varones en favor de las mujeres, creemos que es esencial hacer hincapié en la necesidad para el joven moderno de que, por una parte, se mejore a sí mismo y, por la otra, preste más atención a los deseos y a las necesidades de su compañera.

Si tiene éxito en estas dos direcciones evolutivas, su probabilidad de tropezar con problemáticas personales se reduce drásticamente, porque gracias a estas experiencias habrá adquirido una sensación de confianza en sí mismo y en sus propios recursos que lo harán capaz de gestionar los problemas que encontrará en el camino de su vida.

Sugerencias a las mujeres en favor de los hombres

Queremos ofrecer algunas indicaciones también a las jóvenes mujeres con el fin de que puedan instigar en sus relaciones con el sexo contrario una espiral virtuosa en lugar de viciosa.

La primera consideración importante que una mujer debe tener en mente es que, si se comporta frente a los hombres de modo aquiescente y protector, no tendría que lamentarse si después su compañero no es capaz de darle lo que ella necesita. Porque en la pareja como en la familia, si existe un desequilibrio en las interacciones del dar y del recibir, uno de los dos se habitúa a recibir sin ningún sacrificio. Ésta, como ya hemos considerado, es la clásica forma de vínculo entre un altruista patógeno y un egoísta arraigado. El uno mantiene al otro. Sin embargo, el que tiene la posibilidad de romper el círculo vicioso es más el altruista que el

egoísta; entre el protegido y el protector, cambiar la música es más fácil para el que protege. La mujer joven tiene que, desde el principio de sus relaciones con el otro sexo, evitar ser la parte emprendedora y protectora de la relación, de otra forma, iniciará, conscientemente o no, la dinámica arriba descrita.

La otra consideración importante que las adolescentes no deben olvidar es que volverse demasiado disponibles las desvaloriza. Las mujeres manifiestan generalmente una excesiva transigencia en las relaciones con el otro sexo. Con esto se hace referencia no sólo a la seducción, sino particularmente a la disponibilidad en la relación: disponibilidad en comprender, disponibilidad en aceptar los límites del otro, en aceptar el ser amada por la pareja, disponibilidad en no ser valorada. La lista podría ser más bien larga, pero, resumiendo, entendemos que es la modalidad relacional mediante la cual muchas mujeres jóvenes hacen de tal modo que no sólo su compañero, sino todos los hombres, se sientan como «pequeños príncipes». Es decir, personas a las que todo se les debe tan sólo por el hecho de existir.

El efecto es que habitualmente los hombres jóvenes tienen una escasa consideración de estas chicas que se desviven por ellos. En otras palabras, queridas lectoras, pensad que si os comportáis como alfombras no os podéis quejar si os pisotean.

Lo que, para añadir a todo lo afirmado hasta aquí, las mujeres jóvenes actuales deberían tener en mente, respecto a los deseos y a las necesidades de la otra parte, es que para el hombre sentirse atraído epidérmicamente y arrebatado pasionalmente por su deseo en las relaciones con su propia mujer es el más fundamental de sus instintos naturales.

Equivale a decir que las mujeres jóvenes, al contrario de lo que se ha hecho durante decenios en la senda del feminismo y de otras ideologías, tendrían que prestar mucha atención y dedicar mucho cuidado a su feminidad. Por feminidad se entiende todo un complejo conjunto de conductas y comportamientos, comunicaciones verbales y no verbales, capacidad de dar y sentir placer.

No queremos ser malinterpretados: no proponemos un modelo de «muñequita estúpida», porque cuando hacemos referencia al término de deseo para un hombre y de cuidado de las características propias, obviamente nos referimos también a las capacidades intelectuales, relacionales y sociales que amplifican todo el resto.

Además, la mayoría de los hombres, también aquellos que se avergüenzan de expresar su propia fragilidad, adoran sentirse envueltos de cuidados dulces y afectuosos. Esto no quiere significar cuidados maternos o mimos infantiles, sino que indica toda una serie de pequeñas y grandes atenciones a las que los hombres, conscientes o no, son muy sensibles; les gusta que su compañera les trate, a veces, como si fuesen cachorros. Por tanto, las adolescentes deben intentar hacer sentir a su propia pareja aquella sensación de dulce y envolvente atmósfera relacional, efecto de delicados cuidados femeninos.

Las indicaciones ofrecidas a los jóvenes respecto a la interacción entre ambos sexos tienden, como todo lo expuesto en el libro, a transformar la que nos parece una espiral viciosa de relaciones varón/fémina, en una espiral virtuosa que conduzca a exaltar las diferentes características y hacerlas benéficamente complementarias, como dice el Tao: «la ola necesita una playa sobre la que romper, tanto como la playa necesita una ola que acoger». Así que se debe tener presente dentro de cualquier relación constructiva «el que quiere recibir debe empezar dando» (Lao Tse).

Epílogo

El método malo forma los espíritus falsos
ABAD DE CONDILLAC, *La lógica*



Al término de este largo viaje por el universo de la adolescencia y los actuales modelos de interacción entre padres e hijos, sólo queda recapitular sobre cuanto hemos descrito hasta aquí. Y creo que el mejor modo de encuadrar el tema es resumirlo en forma de metáfora.

Érase una vez un joven campesino chino que quería aprender artes marciales a toda costa. No podía permitirse los maestros de las grandes ciudades ni el acceso a una escuela pública, que estaban reservadas a las familias aristocráticas, pero se enteró de que un gran maestro se había retirado en unos bosques, en las montañas. El joven decidió encontrarlo y proponerse como alumno suyo: sin embargo, el maestro sólo estaba dispuesto a enseñar a poquísimos alumnos, con la condición de que le gustaran. Así que partió una buena mañana y después de seis horas de camino a través de bosques tupidos logró llegar al lugar donde el maestro se había retirado. Era un lugar bellissimo, donde discurría un arroyo que formaba una cascada y el aire estaba dulcemente perfumado. Llegado al lugar se dio cuenta de que el maestro dormía placidamente en la orilla del arroyo. Se sentó y esperó con paciencia. Después de casi tres horas el maestro se despertó. Se despezó, escuchó la petición del joven y le respondió: «Puede ser, pero ahora estoy demasiado cansado y tengo que dormir. Vuelve mañana». El joven regresó contento e irritado al mismo tiempo, la rabia aceleró su paso y así regresó en menos de cinco horas. En casa le esperaba el trabajo en el campo que había abandonado para poder ir a ver al maestro. Así que se fue a dormir muy tarde. Al día siguiente pensó que, ya que el día anterior se había equivocado de horario

para encontrar al maestro, tenía que organizarse de manera diferente. Por tanto, se fue a una hora distinta, pero más tarde porque había tenido que trabajar en el campo, lo que le obligó a caminar más deprisa para llegar a tiempo respecto a sus previsiones. Así que atravesó el bosque, saltó las zanjas, se llenó de arañazos en medio de las zarzas, pero logró llegar en el tiempo previsto. El maestro estaba durmiendo. Después de esperar casi una hora el maestro se despertó, se despertó lentamente y mirándole fijamente a los ojos, le dijo: «Aún tengo que descansar, así que vuelve mañana». El joven estaba enfadado de verdad: regresó casi corriendo, saltando las zanjas, esquivando las zarzas, de modo que logró regresar a su casa en menos de cuatro horas. Al llegar hizo todos los trabajos que no había podido hacer por la mañana, pero pensó que, para encontrar al maestro despierto, tendría que llegar aún antes. Así al día siguiente se despertó antes del alba, y a la carrera, porque tenía que regresar pronto a su casa para hacer unos encargos, consiguió llegar al maestro apenas había amanecido, pero éste dormía. Después de casi media hora el maestro se despertó y despertándose le dijo: «Perdóname, pero tengo que dormir. Tendrás que volver mañana». El joven, furioso, regresó corriendo aún a más velocidad, esquivando las zarzas, saltando las zanjas, casi como una gacela. Llegó a su casa en poco más de tres horas. Después hizo todas sus tareas en el campo y en su casa.

Todo esto se repitió durante más de seis meses: cada día el joven intentaba llegar en el momento en que se despertaba el maestro, pero este siempre dormía; y cada vez le pedía que volviera al día siguiente. El joven conocía tan bien el recorrido que, corriendo y saltando entre las zanjas, esquivando las zarzas, conseguía llegar hasta el maestro en poco más de una hora. Y en efecto, durante aquellos meses, había sido capaz de ir hasta el maestro, de hacer su trabajo en el campo y de ocuparse de sus ancianos padres. Un día llegó hasta el maestro y, sorprendentemente, lo encontró despierto, sentado y esperándole. El maestro, con una dulce sonrisa, le dijo: «Ahora podemos empezar a trabajar juntos, porque tú

ya has aprendido más de la mitad de todo lo que tengo que enseñarte».

Esta historia, desde mi punto de vista, contiene todo aquello que debería hacerse en las relaciones de la adolescencia, es decir, estimular a los jóvenes a comportarse, no tan sólo sin sustituirlos, sino —al contrario— retándoles y haciendo de manera que se merezcan aquello que quieren, a través de esfuerzos concretos. Lo que se alcanza con facilidad no parece importante, lo que se conquista adquiere valor.

Creo que éste puede considerarse el mensaje fundamental para los adultos que se relacionan con jóvenes, mientras que el mensaje para los jóvenes sería: «Nada tiene valor si no se ha conquistado».

Finalmente, para todos nosotros, sirve aquello que Robert Frost expresa en su aparentemente sencillo aforismo: «Cuando yo era joven iba con los viejos para aprender el pasado. Ahora que soy viejo voy con los jóvenes para aprender el futuro».

Bibliografía



- Acquaviva, S., Bellotti, E.G., Saraceno, C., *Ritratto di famiglia degli anni '80*, Laterza, 1981.
- Andreoli, V., *Giovani*, Rizzoli, 1995.
- Anonimo, *I 36 Stratagemmi: l'arte cinese di vincere*, Guida Editori, 1990.
- Bateson, G., *Naven*, 1958; *Steps to an ecology of mind*, Ballantines Books, 1972.
- Berg, I.K., Miller, Scott, D., *Working with the Problem Drinker*, 1992.
- Bernardini, I., *Una famiglia come un'altra*, Rizzoli, 1997.
- Bertrando, P., (a cura di) *Manuale di Terapia della famiglia*, Bollati Boringhieri, 1995.
- *Nodi familiari*, Feltrinelli, 1997.
- Bettelheim, B., *A good enough parent*, Alfred A. Knopf, 1987.
- Binda, W., *Diventare famiglia: la nascita del 1° figlio*, Angeli, 1996.
- Bollea, G., *Le madri non sbagliano mai*, Feltrinelli, 1985.
- Bowen, M., *Dalla famiglia all'individuo*, Astrolabio, 1979.
- Burbatti, G., Castoldi, I., *Il pianeta degli adolescenti*, Mondadori, 1998.
- Carra, E., Marta, E., *Relazioni familiari e adolescenza*, Angeli, 1995.
- Castoldi, I., *Meglio sole*, Feltrinelli, 2001.
- Crepet, P., *Le dimensioni del vuoto*, Feltrinelli, 1993.
- *Non li sappiamo ascoltare*, Einaudi, 2000.
- Cusinato, M., *Psicologia delle relazioni familiari*, Il Mulino, 1988.
- Damon, W., *Greater expectations*, 1995.
- De Shazar, S., *Keys to solution in brief therapy*, W.W. Norton & Co., 1985; *Putting difference to work*, W.W. Norton & Co., 1991; *Words were originally magic*, W.W. Norton & Co., 1994.
- Elster, J., *Ulysses and the sirens*, Cambridge University Press, Cambridge 1979.

- Fabbrini, A., Melucc, A., *L'età dell'oro. Adolescenti tra sogno e realtà*, Feltrinelli, 2000.
- Fiorenza, A., *Bambini e ragazzi difficili*, Ponte alle Grazie, 2000.
- Fisch, R., Weakland, J., Segal, L., *The tactics of change*, Jossey-Bass, 1982; trad. esp. *La táctica del cambio*, Herder, 1983.
- Gazzaniga, M., *The mind's past*, The Regents of the University of California, 1998.
- Giani Galino, T., *Famiglie 2000, scene di gruppo con interni*, Einaudi, 2000.
- Haley, J., *Strategies of Psychotherapy*, Grune & Stratton, 1963.
- *Uncommon therapy*, W.W. Norton & C., 1973.
 - *Problem-Solving Therapy*, Jossey-Bass, 1976.
 - *Leaving Home*, McGraw-Hill, 1980.
 - *Conversation with Milton H. Erickson M.D. Vol. I: Changing individuals*, vol. II: *Changing couples*, vol. III: *Changing families and children*, Triangle Press, 1985.
- Jackson, Don D., vol. I, II, *Communication, family and marriage*, Science and Behaviour Books, 1968.
- Kagan, J., *The nature of the child*, Basic Books, 1984.
- Laufer, M., *Adolescence and Developmental Breakdown, a psychoanalytic view*, Yale University Press, New Haven 1984.
- Lingiardi, V., *La personalità e i suoi disturbi*, Il Saggiatore, 2001.
- Madanes, C., *Sex, Love and Violence*, W.W. Norton & Co., 1990.
- Malagoli Toglatti, M., Ardone, R., *Adolescenti e genitori, una relazione affettiva tra potenzialità e rischi*, La Nuova Italia Scientifica, 1993.
- Malagoli Toglatti, M., Telfener, U., (eds.) *Dall'individuo al sistema*, Bollati Boringhieri, 1991.
- Maturana, H., Varela, F., *El árbol del conocimiento*, Debate 1996.
- Mead, M., *Sex and Temperament in three primitive societies*, 1935.
- *Male and Female*, William Morrow & C., 1949.
- Melchiorre, V., *La famiglia italiana, vecchi e nuovi percorsi*, Edizioni San Paolo, 2000.
- Minuchin, S., *Families & Family Therapy*, Harvard University Press,

- 1974.
- Mussen, P., Conger, J. J., Kagan, J., *Child Development and Personality*, 1979.
- Nardone, G. (ed), *Modelli di psicoterapia a confronto*, Il Ventaglio, 1988.
- *Suggestione-Ristrutturazione-Cambiamento*, Giuffrè, 1991.
 - *Paura, Panico, Fobie*, Ponte alle Grazie, 1993; trad. esp. *Miedo, pánico, fobias*, Herder 1998.
 - *Manuale di sopravvivenza per psicopazienti*, Ponte alle Grazie, 1994.
 - «La prescrizione medica: strategie di comunicazione ingiuntiva», in *Scienze dell'interazione*, 1994,1 (1) pp. 81-90; «Conoscere un prolema attraverso la sua soluzione: i sistemi percettivo-reattivi patogeni e la psicoterapia strategica», in Pagliaro, G., Cesa-Blanchi, M., (eds.) *Nuove prospettive in psicoterapia e modelli interattivo-cognitivi*, Angeli, 1995.
 - *Psicosoluzioni*, Rizzoli SuperBUR, 1998; trad. esp. *Psicosoluciones*, Herder 2002; *Oltre i limiti della paura*, Rizzoli SuperBUR, 2000.
- Nardone, G., Watzlawick, P., *L'arte del cambiamento, Manuale di terapia strategica e ipnoterapia senza trance*, Ponte alle Grazie, 1990; trad. esp. *El arte del cambio*, Herder 1992; *Advanced Brief Therapy*, Jason-Aronson, 2000.
- Nardone, G., Verbitz, T., Milanese, R., *Le prigionie del cibo. Vomiting, anoressia, bulimia. La terapia in tempi brevi*, Ponte alle Grazie, 1999; trad. esp. *Las prisiones de la comida*, Herder 2002.
- Nardone, G., Mariotti, R., Milanese, R., Fiorenza, A., *La terapia dell'azienda malata*, Ponte alle Grazie, 2000.
- Oliverio Ferraris, A., *Crescere*, Cortina Editore, 1992; *Zone d'ombra*, Giunti, 1995.
- Ornstein, R., *Multimind*, Anchor Books.
- Petter, G., *Problemi psicologici della preadolescenza e dell'adolescenza*, La Nuova Italia, 1990; *Il mestiere di genitore*, Rizzoli BUR, 1992.
- Phillips, A., *Saying no. Why it s important for you and your child*, Faber and Faber Limited, 1999.
- Pretropolli Charmet, G., *Un nuovo padre: il rapporto padre figlio nell'adolescenza*, Mondadori, 1999.

- Sanavio, E., *Psicoterapia cognitiva e comportamentale*, La Nuova Italia Scientifica, 1991.
- Satir, V., *Conjoint Family Therapy. A guide to theory and technique*, Science and Behaviour Books, Palo Alto, California 1964.
- Scabini, E., (ed.), *L'organizzazione famiglia tra crisi e sviluppo*, Angeli, 1990.
- Scabini, E., Cigoli, V., *Il familiare*, Cortina Editore, 2000.
- Scaparro, F., *Talis Pater*, Rizzoli, 1996.
- Skorjanec, B., *Il linguaggio della Terapia Breve*, Ponte alle Grazie, 2000.
- Spock, B., *Dr. Spock on Parenting*, Simon and Schuster, 1988.
- Sponchiado, E., *Capire le famiglie*, Carocci, 2001.
- Street, E., Downey, J., *Brief Therapeutic Consultation*, John Wiley & Sons, 1996.
- Thom, R., *Parabole e catastrofi*, Il Saggiatore, 1990.
- Ukmar, G., *Se mi vuoi bene dimmi di no*, Angeli/le comete, 1997.
- Van den Brouck, J., *Manuel à l'usage des enfants qui ont des parents difficiles*, Éditions Universitaires, 1979.
- Watzlawick, P., (ed.), *Die erfundene Wirklichkeit*, Piper und Co. Verlag, 1981.
- Watzlawick, P., Nardone, G., *Terapia Breve Strategica*, Cortina Editore, 1997.
- Watzlawick, P., Beavin, J., Jackson, Don D., *Pragmatic of human communication: a study on interactional patterns, pathologies and paradoxes*, W.W. Norton & Co, 1967; trad. esp. *Teoría de la comunicación humana*, Herder 1999.
- Watzlawick, P., Weakland, P., Fisch, R., *Change: principles of problem formation and problem solution*, W.W. Norton & Co., 1974; trad. esp. *Cambio*, Herder 2000.
- Wilde, O., *Aforismi*, Mondadori, 1986; trad. esp. *Paradoja y genio*, Edhasa 1994.



Giorgio Nardone es psicólogo y docente de Técnica de Psicoterapia Breve en la Escuela de Especialización en Psicología Clínica de la Universidad de Siena. Fundador y director del Centro de Terapia Estratégica de Arezzo, desarrolla su actividad de psicoterapeuta y dirige la Escuela de Especialización en Terapia Breve Estratégica. Es el exponente más destacado entre los investigadores de la llamada Escuela de Palo Alto, y sus investigaciones en el campo clínico le han llevado a poner a punto innovadores y eficaces modelos de Terapia Breve específicos para formas particulares de patologías (como los trastornos fóbico-obsesivos o los trastornos alimentarios). En su creativo y al mismo tiempo sistemático trabajo se inspiran terapeutas y estudiosos de todo el mundo. Giorgio Nardone imparte conferencias y seminarios en Italia y en el extranjero, es autor de numerosas obras traducidas a muchos idiomas, entre las que recordamos *El arte del cambio* y *Terapia breve estratégica* (ambas con Paul Watzlawick); *Miedo, pánico, fobias*; *Psicosoluciones*; *Prisiones de la comida*.

Emmanuela Giannotti, psicóloga/psicoterapeuta, es investigadora asociada al C.T.S. de Arezzo y responsable del Centro Afiliado de Terapia Estratégica de Lucca.

Rita Rocchi, licenciada en filosofía y psicología; profesora. Especializada en terapia estratégica, colabora en las actividades de estudio e investigación del C.T.S. de Arezzo.

Nuevos modelos de familia contemporánea

Hiperprotectora: ponerse en lugar de los hijos considerados frágiles, o la profecía que se autorrealiza.

Democrático-permisiva: padres e hijos son amigos, o la falta de autoridad.

Sacrificante: los padres se sacrifican constantemente por dar el máximo a los hijos y viceversa, o el sacrificio te hace bueno.

Intermitente: los miembros de la familia oscilan de un modelo al otro, o de todas formas estás equivocado.

Delegante: los padres delegan a los demás su papel de guía, o no cuentas conmigo.

Autoritario: los padres ejercen el poder de forma decidida y rígida, o el más fuerte es el que manda.

ISBN 84-254-2332-5



9 788425 423321

Herder

www.herdereditorial.com